

intervalo **ALBUM**



10 OBRAS COMPLETAS de



Héctor Pedro Blomberg • Cristóbal M. Paz • Armando Fernández • Stan Drake • Antonio Rosso

Pedro M. Mazzino • Francina Siquier • Pier Michele • Augusto Paladión • Pitt Marber

intervalo

ALBUM



índice

PORTADA «La verdad oculta» (Fox).

Fantasmas en la casa del lago;

por Pitt Marber

4

En mis ojos el mar,

por Francina Siquier

17

El banquero de la calle Tacuarí,

por Héctor P. Blomberg

30

Pregunte por Agatha,

por Pier Michele

37

Historias de hombres y mujeres,

por Cristóbal M. Paz

51

El juicio,

por Augusto Paladón

60

Juliet Jones,

por Stan Drake

70

“La nonna Simona”,

por Antonio Rosso

96

Otra vez Deborah,

por Armando Fernández

106

El paraguas de papel y la lluvia en las manos,

por Pedro M. Mazzino

115

El Martín Fierro,

por José Hernández (para coleccionar)

129

fantasmas en la casa del lago

POR PITT MARBER

DIBUJOS DE VOGT

Intervalo Álbum 166 - 11/67

Era un castillo la casa de los Korber, ni siquiera parecía una mansión acorde con la fortuna de Harold, el último integrante de la dinastía llamada a desaparecer. Porque la casa del lago, era algo que Harold Korber quería olvidar: un viejo dolor que se alzaba en las tierras que denominaban la parte sud-este del Lago Ness, en Foyers, Escocia.

Deténgase un momento, Mark. Quiero mostrarle el paisaje a Irene.



Irene tenía la mitad de los cincuenta y cuatro años de Harold. Era hermosa y alegre. Por eso, a simple vista, resultaba extraña la pareja que formaba con su flamante esposo.

¿Crees que en verdad va a gustarte el lugar? No es el más apropiado para una luna de miel.



Pues me gusta. Me gusta todo lo tuyo, Harold. Sobre todo esa casa que... te espanta. ¡Crearemos nuevos recuerdos para ella!

Continúe, Mark.



Callado y obediente, Mark colocó el cambio, y el auto comenzó a subir la cuesta que concluía frente a la casa. Hacía unos años que trabajaba de jardinero en la mansión que Korber poseía y habitaba en Inverness, donde pasaba su tiempo administrando la herencia recibida de sus antepasados.

Era viudo cuando conoció a Irene, cuando el amor de Irene lo obligó a renegar de su promesa de no volver a casarse, de no reincidir en lo que le había causado tanto dolor y pena.

A mi hijo le gustaba colgarse del portón cuando era pequeño.



Nunca olvidaré su risa, la risa de mi pequeño Richy.



¡Harold, por favor! Me aseguraste que no hablarías de todo eso. Vinimos a inaugurar recuerdos, no a revivir angustias.

Era verdad. Se lo había prometido a Irene, cuando ella insistió en pasar en la casa del lago la luna de miel. Pero ahora, el dolor regresaba.

Lo siento, querida, no puedo evitarlo. ¡Odio todo esto! Aquí se destruyó mi hogar..., mi primera felicidad.



¡En esta casa murió mi esposa y en esta lago se ahogó Richy! No debimos venir.

Eso pasó hace años, Harold. Te ayudaré a olvidar. Mi amor borrará esa parte de tu pasado. Júrame que no hablarás más de lo que ya no existe. Podría perjudicarte. ¿Olvidas a tu corazón enfermo?



- De acuerdo. Tú lo puedes todo, Irene, todo.

Se besaron. Y Mark los miró sonriendo, cerrando el garage donde había ubicado el auto. El había estado allí unas semanas antes con los pintores y los albañiles que remozaron en lo que fue posible la vieja finca abandonada.



(Sí, Irene, sí... ¡lo puedes todo con el viejo Korber. Todo...)

Muéstrame la cocina, Harold. Decidimos no traer a la servidumbre. Cocinaré para ti y enviaremos la ropa al lavadero. ¡Quince días de hogar íntimo!



Aquí está. Es como una aventura lo que intentamos, Irene. Me rejuv. necé tu ánimo. Tú yo y solos, quince días... Apenas si notaremos la presencia de Mark. Es eficiente y callado...



Mark se encargaría de la compra y de las provisiones; del arreglo de las pequeñas cosas cargadas de vejez y telarañas, y del jardín. Porque a Irene -se lo había dicho muchas veces-, le gustaban las flores.



Ven a observar esta vista, querida. Desde aquí se domina el lago.

¡El tétrico Lago Ness! Donde habita un monstruo que aterra a los habitantes de sus riberas. ¡Nunca me asustó esa estúpida leyenda!



Ni a mí... hasta que Richy se ahogó en él. Muchas noches, después que encontraron su cuerpo desfigurado por el agua estuve desvelado, insomne...



¿Otra vez, Harold? ¡Cierra esa ventana! Creo que deberé tender un telón entre el lago y la casa, para que cumplas tu promesa.



Es verdad. Contigo aquí, todo será distinto.



El viejo cierra la ventana ahora, Red. Y ese hombre que estuvo con los obreros y pintores lleva una valija a la pequeña casa del jardinero.



¡No hay duda, se instalarán aquí! Ya no podremos usar la antigua propiedad de los Korber para nuestras correrías, Jim.



Pero intentaremos desalojarlos. ¿Probamos ahora nuestro equipo?



Jim y Red. Vivían en una de las casas vecinas, fincas que antaño fueron granjas administradas por el abuelo de Harold y ahora formaban un villorrio incluido en los suburbios de Foyers.



Ahora no, Red. Esta noche... Los fantasmas aparecen de noche, ¿no?

Caminaron sonrientes los dos hermanos hacia la casa de sus padres. Ellos, como todos los demás pobladores de la vecindad, conocían la historia de Richy.

Tienes razón. El viejo Korber se impresionará. Dicen que casi enloqueció cuando su hijo se ahogó en el lago. ¡Lo echaremos de allí!





¡Comienza la función de los fantasmas! Sólo espero que papá y mamá no sospechen que estamos aquí a esta hora.



Fue una música lejana que subió de tono. Que pareció acercarse desde el fondo del tiempo. Irene la oyó primero.

(¿Qué es eso? Mark no me dijo nada sobre algo samejante.)



Cuando la música cesó, comenzó a vibrar una voz grave y profunda, que repetía un nombre:

HAROLD KORBER...
HAROLD KORBER...
¿ESTÁS AHÍ, HAROLD
KORBER?...

El dueño del nombre despertó asustado. Se alzó lentamente en el lecho, y mientras buscaba la llave interruptora de la lámpara, dijo:

¡Irene! ¡Despierta, Irene!



Cuando la luz se encendió, la voz se acalló. Pero Harold siguió aterrado.

¿Oíste eso? La música, esa voz llamándome... ¿La oíste, Irene?

No. Debiste soñarlo. Estás inquieto, querido. Trata de tranquilizarte y duerme. No pasa nada. No puede pasar nada.



tenía miedo Harold Korber, pero al mismo tiempo lo avergonzaba su angustia infantil, que lo volvería ridículo a los ojos de su joven esposa. Apagó la lámpara y se hundió entre las sábanas. Y la voz regresó, abajo, y él no pensó en fantasmas, si no en su conciencia angustiada por una culpa que le reprochaba.

HAROLD KORBER
¿ESTÁS AHÍ?...



¡Esta vez no lo soñé! Tuviste que oír esa voz, Irene. ¡Tuviste que oírlo!



No oí nada. Recuerda a tu corazón enfermo, Harold. Trata de calmarte. Estamos solos. Y Mark, demasiado lejos en su casa del fondo. No hay ninguna voz.



¡ Otra vez encendieron la luz!



Por esta noche es suficiente. Podrían sospechar y ubicar el pariente que ubicamos en los fondos, Red.

Sí, continuaremos mañana. Ese viejo Korber debe asustarse hasta que lo gremos hacerlo regresar a Inverness. Volvamos ahora.



Más allá, en la casa del jardinero, Mark maldecía la lluvia.

(Deberé postergar mi primera visita. Dejaré huellas en el barro del sendero que une esta casa con la grande.)



(Será mañana, amigo Korber. Mañana verás el rostro disfigurado de tu Richy, regresando del pasado, para detener muy pronto tu corazón de viejo tonto que dejará su fortuna a su joven esposa.)



¿Pero es verdad que no oíste nada, Irene?

Absolutamente nada. Es tu antigua angustia, Harold. Olvidala y vuelve a dormir. Dejaremos la luz encendida.



Le costó, pero una hora después, los ruidos de Harold volvieron a sonar rítmicos en el cuarto silencioso.

(No lo entiendo. Mark dijo que su birla las escaleras; que aparecería de pronto en esta habitación.)



(Con la máscara que simula el rostro de Richy, para iluminarla luego con su linterna y aterrorizar a Harold, que despertaría viéndola. Nada me informó sobre esa voz. No parecía la de él.)



El efecto, sin embargo, había sido excelente. El plan comenzaba a rodar. Duraría muy poco el infortunado Korber, y ella y Mark tendrían lo que ambicionaban desde que se conocieron.

(Primero fui su eficiente secretaria, ahora su esposa...)



(Pocos días más y seré su viuda y muy rica, estimado Harold. ¡Nadie logró tanto en tan poco!)



Cuando Mark se acercó a la casa a la mañana siguiente, ella y Harold desayunaban.

Ahí llega tu jardinero, querido. Le preguntáremos a él si oyó algo anoche.

No es necesario. Me tomaría por un...



Se lo preguntó, no obstante. Y Mark dijo la verdad cuando respondió.

¿Una voz? No, no la oí. Mi casa está alejada de todos modos. Pero no oí ni vi nada extraño. Y estuve leyendo hasta muy tarde.



(Finges muy bien, Mark. Hasta yo misma estoy convencida que no oíste nada. Deberías explicarme algo, enseguida.)



Harold no conducía nunca su automóvil, cumpliendo la indicación médica de no excitar su corazón enfermo. Eso ayudaba el propósito de Irene, que poco después besó a su esposo antes de dirigirse al auto.

No me extrañes demasiado, querido. Mark me llevará al pueblo a comprar algunas cosas. No tardaré.



Los vio alejarse por el sendero que bajaba al camino principal. Y se quedó mirando el lago, que lucía sombrío en el gris de la mañana donde el Sol era ausencia.

(Era su voz, sí. La voz de Richy que me seguirá siempre que esté en esta casa.)



(Debo convencer a Irene de la conveniencia de regresar a Inverness. Será inútil traer nuevos recuerdos en un sitio que sólo representa dolor para mí.)



¿ Habías en serio, Irene? ¡ Te repito que no fue cosa mía! No hice nada por la lluvia. El barro hubiera dibujado mis huellas, y si el viejo moría aunque...



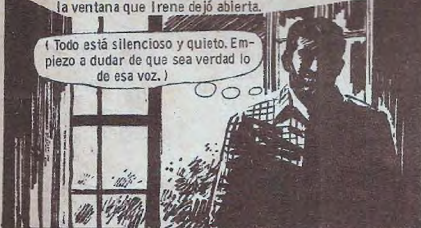
¡ Pues yo no creo en fantasmas, Mark! ¡ Of esa música y esa voz repitiendo su nombre. ¡ La oí! Algo está sucediendo en la casa del lago.



¡ Lo averiguaré esta noche! ¡ Postergaré lo nuestro para saberlo!

No hubo lluvia cuando las sombras ganaron la finca de Korber. Esa noche, Mark dejó la máscara con que pensaba asustar a Harold, para transformarse en detective. Entró por la ventana que Irene dejó abierta.

(Todo está silencioso y quieto. Empleo a dudar de que sea verdad lo de esa voz.)



Pero la voz llegó, conducida por un cable oculto que la traía desde el granero de la casa cercana. Repetía un nombre.



(Ahí está! Suena clara, precisa, en el silencio de la casa.)

Irene se estremeció esta vez en el dormitorio. Esperó la luz que encendería el terror de su esposo. Pero las sombras continuaron, porque Harold se quedó inmóvil en el lecho.

(Es la voz de un muchacho como Richy. Pero Richy está muerto, y su voz callada para siempre.)



Temblaba evocando a su hijo. Al dolor antiguo se sumaba la inquietud de una nueva incertidumbre. No se había dormido esperando la voz. Para convencerse que no era un sueño.

¿ La oyes ahora, Irene? No enciendas la luz. Sólo dime si oyes la voz.



No, Harold, no.



... SOY TU HIJO RICHY, HAROLD KORBER, VETE DE AQUÍ! ABANDONA ESTA CASA QUE YO ODO!



...VETE DE AQUÍ...
¡ VETE, HAROLD KORBER!...

(Continúa esa voz. Parece transmitida a través de un amplificador. Viene de algún lugar y retumba en el silencio.)

Mark seguía a oscuras. Por eso no vio la mesa que sostenía el jarrón. Y el jarrón cayó cuando tropezó con ella.

(El ruido alertará a Korber. ¡ Debo salir!)



Harold encendió la luz, inquieto por el nuevo ruido. Y la voz cesó. Irene sabía que Mark estaba investigándola.

Si, Harold, sí. Of ese ruido abajo. Algo se rompió al caer. Pero no oigo la voz.

Yo tampoco ahora. Te parecerá tonto, pero tengo miedo. Baja a ver, ¿quieres?



Vio el jarrón hecho pedazos y la ventana abierta. Cuando volvió al dormitorio, dijo algo para tranquilizar a Harold.

El viento pudo volcar el jarrón, al colarse por la ventana abierta. Pero ningún viento crea voces. Duérmete ahora.



El no contestó. Siguió inmóvil, quieto. Y ella pensó en su corazón. Era otro el plan tramado por Mark, pero el resultado podía ser producido también por esa misteriosa voz.

¿Estás bien, Harold? ¿Ocurre algo malo?

No lo sé... Te dije que no debíamos venir... Baja otra vez, telefona al doctor Foster, en el pueblo.



Le dio el número y ella bajó. Y descolgó el aparato haciendo girar el disco repetidas veces.

(No llamaré a nadie. ¿No es lo que queríamos conseguir? Da lo mismo que el síncope lo produzca un terror que no creamos.)



Regresó al cuarto después y dijo a Harold que no lograba comunicarse con el doctor Foster.

Trata de dormir. Ya se te pasará. Yo estaré a tu lado, velando tu sueño, querido.

Es el corazón, Irene. Lo siento como aquella vez, cuando Richy fue traído desde el lago.



Se durmió casi al amanecer e Irene también. Cuando ella despertó, no lo vio en la cama. Vistió su bata y bajó.

¡Harold! ¿Qué has hecho?

Acabo de llamar al doctor. Aún sigo mal, pero las luces del día alejaron mi otro miedo.



¿Sabes quién es Foster? El que me atendió cuando sucedió lo de Richy. Conoce mejor que nadie mi enfermedad: la vio nacer. Vendrá al mediodía.



Una nueva complicación: Foster. Mark lo vio llegar en su viejo auto. Casi tan viejo como él.

Está arriba, doctor. Lo obligué a permanecer en el lecho.

Hizo bien, señora Korber. Lo veré enseguida.



Cuando el médico subió, ella se acercó a Mark.

Acaso Harold lo haga permanecer aquí. ¿Averiguaste lo de esa voz?



Aún no. Haremos esto: narcotiza el café del doctor esta noche y no enciendas la luz cuando la voz se repita.

El diagnóstico de Foster fue concluyente: un síndrome cardíaco provocado por la angustia.

Está al borde del síncope. Le di un calmante ahora. Debo quedarme aquí. Lo siento.

Es trágico, doctor. Estábamos de luna de miel. Decidimos pasarla en la casa del lago, y...

Y ahora él no puede moverse del lecho. Está peor que la primera vez que lo atendí, cuando murió su hijo. No debí regresar nunca.

Esa noche, luego de la cena, Foster se sintió repentinamente somnoliento.

Voy a acostarme. Llámeme si le vuelve la crisis a su esposo.

Descuide, doctor, lo haré. Veré junto a Harold hasta la mañana.

Mark no tardó en llegar. La encontró abajo.

Vete junto a Harold. Yo esperaré la voz para ubicar de dónde sale. ¡No enciendas la luz!

De acuerdo, Foster no se desesperará hasta mañana. Pero, por favor, descubre el misterio de esa voz. Empieza a inquietarme.

¡Ahora, Jim! Deben estar acostados. No hay luces.

¡Vuelven los fantasmas a la casa de los Korber! Papá dijo que hoy vio al doctor Foster. El viejo no tardará en irse.

La música fue como una señal que guió a Mark en las sombras.

(Parece brotar del piso. Hay un sótano; lo vi cuando estuve dirigiendo los arreglos. Bajaré.)

Harold tornaba a la angustia. No creía en fantasmas. Sólo conjeturaba con esa voz.

(Sí, es verdad. Tal vez el recuerdo que no debí remover. Quizá sea mi conciencia quien trae a esa voz... ¡Yo me despreocupé de Ríchy cuando su madre murió!)

(Y Ríchy salió a vagar por el lago, solo. ¡Mi inconciencia mató al único hijo que tuve! Esa voz es el remordimiento. Debo irme de aquí.)

...HAROLD KORBER ¿ME OYES?

¡Enciende la luz, Irene! ¿Oyes ahora? Ha vuelto la voz. Y no hay viento esa noche.

Cálmate. El doctor dijo que trataras de dormir. No oigo nada, Harold. Estoy a tu lado; nada puede pasarte.

Desde el granero de la casa vecina, Red alertó a su hermano Jim sobre una luz que se movía en la casa de Korber.

Parece que alguien anda con una linterna en el... sótano. ¡Deja de transmitir!

Sí, ¿crees que pueden haber descubierto todo?

La voz se acalló en la casa del lago. Pero Mark, de todos modos, ubicó el parlante fijado al tirante de madera.

(El cable sale por el cobertizo de atrás. Si-suiéndolo, me conducirá al que tramó esto.)



Lo condujo al granero. Al llegar a él, Jim y Red lo abandonaban.

Vamos a casa. Mañana sabremos si descubrieron algo en lo de Korber. Si no es así, por la noche proseguiremos nuestro plan.



(Conozco a esos muchachos. Los vi rondando entre los obreros y pintores que mejoraban la casa. Les preocupaba saber si el viejo vendría a ocuparla otra vez. Era el reducto de sus juegos.)



No le costó imaginar el resto; concluir que todo era una pesada broma que pretendía asustar a Korber y alejarlo de allí. Pero no se molestó por el éxito de su investigación. Era una variante insospechada que podría ayudar a su propio plan.

(El viejo se agravará día a día... y Foster dormirá todas las noches narcotizado.)



(Cuando analice las causas del síncope de su paciente, Irene dirá que también oía esas voces. Lo guiará hasta el sótano y hallará el parlante. ¡Culparán a esos chicos de asesinato indirecto!)



Foster dejó su cama muy tarde, visitó a Harold y recibió una nueva versión de su angustia.

Era una voz. Decía ser mi hijo Richy. También hubo un ruido antes de anoche. ¿Son pesadillas, doctor?

En su estado, es posible. Oí-vídelas.



Y abra las ventanas, Korber! ¡Hace un hermoso día de sol!



Desde lo alto los vio el doctor Foster, eran Irene y Mark, arriesgándose demasiado y hablando animadamente.

(Creía que la joven señora Korber estaba más preocupada por la salud de su esposo. Me gustaría saber qué le dice al jardinero.)



¿Te das cuenta, Irene? Eso nos ayudará después. Alejaré toda duda si alguien tuviera una leve sospecha. Esta noche usaré la máscara.



¡Oh, Mark! Piensas en todos los detalles, pero quiero que eso termine pronto. ¡Para estar contigo lejos, juntos para siempre, disfrutando el dinero de Harold!



Vuelve a la casa ahora. El viejo puede necesitarlo y ese doctor haber despertado ya.

Todo está en orden, querido. Fíjate en la ventana del dormitorio. Sigue cerrada.



Esos muchachos vecinos nunca sabrán cómo nos ayudaron con su radiotransmisor. Hasta la noche, Mark.

Sí, hasta la noche. Trata de mantener la calma cuando veas el rostro del fantasma que visitará al viejo.



Red y Jim también mantenían la calma, ayudando a su madre en los quehaceres de la mañana.

¿Qué les pasa hoy a ustedes? ¿Por qué no están vagando por el lago como todos los días en sus vacaciones?

Queremos estar contigo hoy. ¿Te molestamos?



¿Molestarme? ¡Me asombran! Pero... alguien se acerca a la casa. Sí, es el doctor Foster.

¿El doctor... Foster? Viene de la casa de Korber. Nos vamos al lago, ¿verdad, Jim?



Intentaban salir, cuando el médico los vio y los detuvo con su voz.

No, muchachos, no se vayan. Es con ustedes con quienes quiero hablar.



Foster regresó casi al mediodía a la casa del lago. Irene lo esperaba en la entrada del comedor.

El almuerzo está listo. Casi me asustó su ausencia, doctor.

Mi enfermo dormía. Sólo quise aprovechar el día de sol para pasear por el lago. No puedo hacerlo todos los días, señora.



Comieron en silencio, hasta que el médico dijo, luego de beber el café que siguió al postre.

Me gusta más su café de la noche.

¿Sí? Pues en la cena le daré doble porción.



Se sentía demasiado segura Irene para sospechar de ese hombre de aspecto bondadoso, que parecía un viejo doctor de pueblo, amante de la buena mesa y de los paseos al sol. Por eso tampoco se extrañó cuando le pidió:

Necesito unas medicinas para su esposo. ¿Podría ordenar a su jardinero que vaya a buscarlas a mi casa?



Mark salió en la media tarde y ella, Irene, hubo de quedarse junto a Harold, en su cuarto, vigilando al sueño demorado por el sedante que Foster le aplicó al enfermo.

(Me dijo que si despertara, le diera otra dosis de esas gotas tranquilizantes.)



(Debo obedecer su indicación; el doctor Foster tiene que grabarse una buena impresión de mi esposa solícita y cariñosa del viejo Korber.)



¿Qué hacía Foster mientras tanto? Ni ella ni Mark lo sabrían aún. Pero era algo extraño, algo que dejó dudas en la inquietud de los hermanos Jim y Red.

¿Crees que cumplirá su palabra?

Lo prometió, ¿no? Nosotros cumpliremos la nuestra: nada a nadie de lo que pasó, Red. A nadie.



Cuando Mark volvió del pueblo, Foster se sentaba a la mesa para la cena.

¿Está todo, doctor? Su señora dijo que había recibido un llamado telefónico suyo.

Sí, está todo. Esto ayudará a mejorar a Korber. Gracias.



Después, el jardinero estuvo observando la comida de la pareja. Hasta que vio a Foster bebiendo su taza de café.

(¡Tómalo todo, viejo tonto! Dormirás placidamente hasta la mañana. Mientras tu paciente se acerca a la muerte.)



Ha sido una excelente comida, señora Korber. Voy a dormir ahora. Ya lo sabe: llámeme si su esposo me necesita.

Buenas noches, doctor.



Cuando Foster se fue, Irene hizo un gesto desde la ventana, y Mark se alistó a entrar. Más tarde, cuando ella subió a su cuarto, él esperó la voz. Y la voz llegó.



¿AÚN NO ABANDONAS LA CASA, HAROLD KORBER? ¿AÚN ESTAS AHÍ? SOY RICHY, TU HIJO...

Harold despertó. Se quedó inmóvil, escuchando su pesadilla repetida y angustiante.

(No alarmaré a Irene. Esta noche no. Es mi imaginación. No puede haber nadie en la casa.)



...¿ME OYES, HAROLD KORBER?

(Es mi remordimiento. Estoy imaginando esa voz, y esos ruidos que parecen pasos en la escalera.)



...¿POR QUÉ ESTAS AÚN AHÍ?



Los ruidos dejaron la escalera y entraron al dormitorio. No pudo más el desesperado Korber, y levantó la cabeza de las sábanas.

¡No! ¡No es posible! ¡Despierta, Irene, aléjalo de aquí! ¡Es Richy, con su rostro desfigurado del día que lo trajeron!



Irene fingió dormir, a pesar de los gritos de su esposo. Era lo convenido. El terror traería el síncope, o lo aceleraría. Pero la voz que brotaba del piso bajo subió su tono, entonces...



NO TENGA MIEDO, SEÑOR KORBER. LOS FANTASMAS NO EXISTEN... NADIE PODRÍA REGRESAR A SU HIJO DE LA MUERTE

Mark titubeó. No sabía qué hacer. Esa voz, aliada de su plan canalla, se le volvía de pronto un rival insospechado.

¡Sí, no existen los fantasmas. Estoy imaginando todo esto.

NO, NO LO IMAGINA, KORBER. HAY UN ARMA EN SU MESA DE NOCHE... ¡TÓMELA!

Harold obedeció y un revólver relució en la penumbra que creaba la linterna que temblaba en la mano de Mark. Irene alzó la cabeza, demasado asustada para atinar a nada.

¡No!

¡DISPARE A ESE FANTASMA, KORBER!
¡DISPÁRELE!

La máscara cayó del rostro del jardinero y apagó su linterna. Después giró, intentando escapar de allí.

¡Quieto, amigo mío! Los fantasmas no temen a las armas de fuego. No huyen...

¡Doctor Foster!

La patrulla policial no tardó en llegar a la casa del lago. Y al inspector que venía con ella, no le costó forzar la confesión de Irene y Mark. Al amanecer, se los llevaron al pueblo. Harold aún no podía creerlo.

¿Y supo todo cuando los vio hablar juntos en el invernadero, doctor?

¡Sí, bajé enseguida y me acerqué en silencio. Tenían un buen plan, y esos muchachos iban a darle más efectividad. Pero yo los convencí de que colaboraran con la justicia y se salvaran de un castigo.

Me prestaron el equipo de radio. Lo demás ya lo sabe, Korber: fueron ellos los que cayeron en la trampa. ¿Está usted bien?

¡Sí. Sus tranquilizantes me hicieron superar el impacto emocional.

Las medicinas modernas son muy buenas: las que Mark me trajo hoy, sirvieron para contrarrestar el efecto del narcótico que su esposa puso en mi café. El gusto del día de la noche alertó mis sospechas.

Mientras su jardinero estaba fuera de la casa, yo coloqué el equipo de radio en mi cuarto.

¡Eran un par de canallas! Pero no contaron con su habilidad de médico forense, doctor.

Nunca olvidaré lo que hizo usted cuando Richy fue hallado ahogado. Todo el pueblo lo creyó muerto por ese monstruo del Lago Ness.

Los fantasmas no existen. Ni esa clase de monstruos. Sólo los hombres pueden volverse monstruos cuando la ambición los ciega hasta volverlos asesinos.

Jim y Red se alegraron cuando vieron partir a Foster con Korber. Nunca más planeaban otra broma. A nadie. Y, de todos modos, la casa del lago quedaba abandonada otra vez. En ella, el viejo Harold dejaba un pasado de dolor y la última ilusión de amor de su vida. Un amor falso que pudo llevarlo a la muerte.

FIN

Las obras de Intervalo solo están en:
columberos.blogspot.com.ar ¡Imperdibles!

MOMENTO HUMORÍSTICO



CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE

JARABE Y

GRAGEAS



Consulte al odontólogo. Buches con
CLORANGIOL SOLUCION antiséptico, des-
odorante, calmante eficaz.
CLORANGIOL SOLUCION,
para la salud de su boca y garganta.



Clorangioli

SOLUCION

EN MIS OJOS, EL MAR...

Por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE ÁVILA

Intervalo Álbum 166 - 11/1967

Esta historia empezó el día de mi casamiento, precisamente cuando las dudas e indecisiones debían desaparecer, cuando terminaba una etapa de mi vida para dar comienzo a otra. Algo sucedió en mi interior en ese día, que me hizo ver las cosas diferentes y al desdibujarse los contornos, las sombras me cercaron.



No me reconocí vestida de novia y me busqué en cada rincón de la vieja casa en la cual me educara mi tía. Murmullos de voces llegaban hasta mí, murmullos de pasos alejándose antes de acercarse.



Hablaban de mí, pero no podía contestar a sus preguntas. Todavía no.



¿Será feliz Virginia?

La sentencia salió de los labios marchitos de tía Eulalia.



Bueno, cada uno se cava su propia sepultura.

No hubo réplica de parte de Carmen, mi mejor amiga, que me miraba con una injustificada tristeza. Salí de mi dormitorio para enfrentar a todos los familiares y conocidos que me abrían paso y me saludaban en silencio. ¡Qué abrumada y sola me sentía!



Únicamente Jaime me habló y hubiera sido preferible que callara.



Raimundo no quiso venir. Y tú sabes el motivo.

Toda la poesía de las noches de primavera, unos tímidos besos, mi adolescencia toda estaba en ese nombre, el de mi primer novio.



Sentí una angustia terrible que me ahogaba.



Pedro Luis...

Los brazos de mi marido me estrecharon. Faltan sólo dos horas para que tomemos el tren, Virginia. Creo que tendrías que cambiarte de ropa.



En su voz estaba el triunfo. Pese a todo, Pedro Luis había logrado hacerme su esposa. Y una vez más supe que lo quería, al mirarme en sus ojos grises, impenetrables para los demás.



Algo rosa, algo celeste. Algo nuevo, algo viejo... Repetí recuerdos. Y cuando ya iba a quitarme mi vestido de novia, entró mi tía Eulalia.



Este es un adiós definitivo, Virginia.

No digas eso, tía.



Desde hoy no estaremos en tu mundo. El te lleva al suyo.

Me había ido acostumbrando a los tristes vaticinios de mi tía, a su resistencia a que me casara con Pedro Luis, tratando de justificarme al pensar que yo era para ella su pasado, presente y futuro y no se resignaba a que me alejara de su lado, pero esa despedida colmaba mi resistencia.



Trataré de cambiarte, de hacerte a su medida y de que nos olvides.



El me quiere tal y como soy. Y no es como tú lo imaginas.

Tampoco tú puedes saber cómo es un desconocido.



Mis ojos se llenaron de lágrimas y la palabra "desconocido" pesó en mi corazón como una loza. La dulce y comprensiva Carmen intervino.

No hay un tiempo determinado para sentir amor y cuando se quiere a alguien, nos hace el efecto de conocerlo de siempre.



Dos meses era en verdad muy poco tiempo pero había bastado para nosotros. Quise huir de esa habitación y de mi tía lo antes posible, pero los tules se enredaban en mis cabellos, se enroscaban en mi cuerpo y me retenían allí.



Posaban una fuerza extraña, me inmovilizaban casi y más tarde, ya en el tren, sentía en mi cuello aún la angustia de ese tui que oprimía mi cuello hasta casi ahogarme, como obligándome a no partir. Y casi con desesperación miré el camino que quedaba atrás y aquel otro que estaba ante mí.



¿No es una ciudad maravillosa?

Estaba muy cansada y de inmediato me dormí en los brazos de Pedro Luis para no ver la distancia entre mi ayer y mi futuro lleno de incógnitas. París nos esperaba y nos recibió con una sonrisa pálida pero tibia.



Fueron días y noches de dicha egoísta que no dejaron ningún recuerdo, aunque Pedro Luis vivía con intensidad cada minuto en esa ciudad en la que no nos considerábamos extraños. Se mostraba comunicativo y exuberante, así que muchas veces pensé en algo que me dijera Carmen.



"Vivir en un lugar tan solitario, alejado de todos durante meses para escribir sus novelas, revela que es antisociable."



"¿Que quizá odia el trato con la gente. Si es así, te sentirás muy sola a su lado, Virginia."



Pedro Luis no huía del bullicio, de las gentes, de las luces, de todas esas cosas, en fin, que a mí me fascinaban. Sólo una noche lo noté extraño. Hablamos ido a bailar a un lugar típico de Boulevard Clichy...



Sí, tú a mas todo lo que inspira miedo, como los niños. Y quizá por eso me quieres.



¿Era eso cierto? ¿El respeto que me inspiraba era en el fondo temor? No pude contestarme esa pregunta porque de pronto me inquietó ver la palidez de su rostro, el centelleo de sus ojos aceros.

Me encanta esto, aunque me da cierto temor estar aquí.



Una mujer había pasado junto a nosotros, rozándonos con su perfume. En la oscuridad pude ver sus cabellos muy rubios y tuve una visión muy fugaz de su rostro. Pedro Luis quiso que nos fuéramos enseguida de ese lugar y me llevó a pasear junto al Sena.



Al día siguiente, también nos fuimos de París. La "luna de miel" había terminado. Se esfumaron muchos recuerdos, pero quedó ése de la mujer rubia que le impresionara tanto ver aunque yo en ningún momento hablé de ella.



Allí, en plena Costa Brava, construida sobre rugosas rocas que emergían de un mar muy azul, nos aguardaba nuestra casa. Un pequeño castillo unido a la playa por un puente en miniatura, muy decorativo.



¡Es más bello de lo que imaginé!

Conocía esos pueblecitos pintorescos que nacen en verano para morir en el invierno, aunque realmente viven con todo su encanto en esos inviernos soleados y solitarios, pero ése era un poco distinto a todos, más pequeño, más bello y eminentemente, más lejano a la gran ciudad.



En invierno llegamos nosotros y quedé impresionada por la hermosa casa, aunque atemorizada por sus líneas severas, sus muebles antiguos, su silencio lleno del murmullo incansable del mar.



Imaginé que te gustaría.

La mujer que evidentemente cuidaba de la casa nos observaba en silencio. Pedro Luis le hizo una pregunta:

Se han ido todos los turistas, ¿verdad?



La mujer lo miró con cierta inquietud y tardó bastante en contestar.

Si, señor.



Con tono un poco imperativo me indicó entonces mi marido lo que tenía que hacer.



Arregla con María las cosas de la casa. Ella vendrá cada mañana.

¿No vive con nosotros?



María atiende a su marido. Y además, me agrada la intimidad de una casa sola.

Mi silencio a esa brusquedad suya no fue el primero. Recorrimos las habitaciones de encaladas paredes en las que había tapices, cuadros, escudos... Los muebles eran de estilo renacimiento, casi negros. En las chimeneas de mármol ardían troncos de oloroso pino.



Suntuoso y austero. Un sentimiento tierno y cálido nació en mí.

Aquí escribiste tus novelas. Todo esto debe estar poblado por esos seres que imaginaste y a los cuales diste vida.



Comprendo que necesites de este aislamiento y silencio para inspirarte.

También necesito de ti.



Entonces hice la pregunta que callara durante esas semanas.



¿Por qué te casaste con mí?

No me contestó con palabras huecas, pero hubiera preferido no escuchar la verdad que salió de sus labios.



Estaba cansado de otras cosas, de falsedad y ambición. Tu pureza es algo nuevo para mí. Algo que necesito.

MI primera recorrida por el pueblo me enfrentó con hurañas mujeres vestidas de negros ropajes, con taciturnos, marineros viejos que remendaban sus redes con casas muy blancas pero muy pobres.



Los días comenzaron a ser un poco difíciles de pasar. Por las noches, yo tenía miedo cuando él se encerraba durante horas en la biblioteca y sola en mi dormitorio escuchaba el bramido del mar que golpeaba contra las rocas.



En mis cartas a tía Eulaia, Carmen y Jaime ocultaba ese miedo. Hablaba de niñerías y de futuros deseos. Un día decidí ir yo misma al pueblo a echar al correo esas cartas, pero...

Déme, señora, yo me encargaré de eso.



Su voz era perentoria. Sus modales algo bruscos e inusitados.

Préfiero ir al correo yo. Así caminaré un poco.

(Pero el señor se va a enojar)



Me molestó su insistencia y que pensara que mi marido iba a enojarse porque yo misma llevara al correo mi correspondencia.

No creo que deba usted preocuparse por eso, María.



Sin embargo, más tarde comprobé que la mujer había tenido razón. Cuando regresé del pueblo, el ceño de Pedro Luis estaba fruncido.



No me agrada que vayas al correo. En adelante entregarás todas tus cartas a María y ella las cursará.

Me molestó su actitud. Estuve a punto de protestar, ya que parecía querer ejercer un control sobre mi correspondencia, pero preferí el silencio. Y esa noche me alegré de que se quedara escribiendo hasta el amanecer. Comenzaba a percibir un mensaje en el murmullo del mar.



Un poco desafiante, lo enfrenté una mañana.

Me encargaré yo misma de las compras. Eso me ayudará a entretenerme.



En su voz no hubo reproches sino súplica.

No tardes demasiado. Ya sabes que me gusta sentirte cerca.



Era una mañana de sol luminoso y no obstante el cielo estaba gris. Amarillo y gris. Dos colores que siempre me había gustado combinar, tal vez porque representaban para mí la alegría de la tristeza, dos sentimientos nunca totalmente separados en mi existencia.



Luz y sombra en ese amarillo y gris que me rodeaba. Olvidé mis compras que no eran urgentes y comencé a caminar por el acantilado y fue así que descubrí la casa de la colina, casi suspendida sobre el mar. Luego, en el pueblo, hice una pregunta:

¿Vive alguien en esa casa de la colina?



Deben ser artistas de cine. Ella es joven y bonita pero tiene una mirada dura y no me parece buena.



Si, una mujer que debe ser americana.

¿Está sola en esa casa tan grande?



No siempre. Vienen grupos de gente extraña, hombres con barba y chaquetas de gamuza. Mujeres muy raras.

MI curiosidad se había despertado, y a partir de ese día, en mis paseos, me acercaba a la casa. Una tarde vi bajar de un auto a una mujer de esplendente cabellera rubia.

(Se parece a la mujer de París...)



Su imagen había quedado retenida en mi mente porque estaba segura de que, al verla, Pedro Luis había cambiado. Dudas nuevas se mezclaron a viejas dudas que callara, quizá por temor a saber.



MI descubrimiento coincidió con la llegada de una carta que Pedro Luis llevó.



Debes haberte cansado ya de mí, de lo contrario no le habrías escrito esa carta a la que hace referencia.

¿De manera que había revisado mi correspondencia! Como no me consideraba culpable, le di explicaciones.

No pensé que te molestara que le contara cosas íntimas, mi vida aquí, mis estados de ánimo, mis sueños...



Esa novela que debes terminar con urgencia te obliga a trabajar muchas horas y me sentía un poco sola.



Supongo que trataste de buscar compensaciones.

¿Tanto te molesta que alguien venga a visitarnos por una semana?



De pronto me sorprendió su ternura.

¡Pobre pequeña! He sido demasiado exigente. Por supuesto que no tiene nada de malo que venga Carmen.



Quería defender nuestra intimidad, prolongar nuestra luna de miel, pero creo que no se destruirá eso, ¿verdad?



"¿Eres feliz, Virginia?" La pregunta estaba en los ojos de Carmen, aunque no en sus labios, y yo no me atreví a contestar.



Pedro Luis se mostró comprensivo y para charlar libremente era él quien daba largos paseos cuando se cansaba de escribir.



Al ver cómo lo miraba, Carmen hizo un comentario:

Lo quieres mucho, ¿no es así?



Sí. Tiene una personalidad maravillosa que aún guarda incógnitas para mí pese a conocerlo ya bastante.



No es como tía Eulalia lo imaginaba ni como lo creías tú.

Por el contrario, estoy segura de que es tal y como yo pensé.



Mi amiga se había quedado muy seria. Y ya nada pudo borrar de mi ánimo el efecto de esas palabras suyas que podían significar mucho. Esa tarde, en su último paseo por el pueblo, pues regresaba a la mañana siguiente a Barcelona, la llevé hasta la casa de la colina...



...deseando compartir un secreto, compartir un temor. De nuevo vi el auto y descendir de él a la mujer aquella y también pude ver a un

hombre.

¿No es ése...?



Mi reacción fue inmediata. Tenía que mentirle.

Sí, es Pedro Luis. Ella es amiga suya. Mejor dicho, la esposa de un editor amigo. Es mejor que no nos vean.



No simpatizo con ella y eludo siempre visitarla aunque eso me ocasiona alguna discusión con Pedro Luis.

Comprendo. Bajemos por aquí entonces.



Antes de que aquel hombre viera el rostro hacia nosotras, ya estábamos emprendiendo el camino de regreso bajando por las rocas hasta la playa. Y esa noche, a solas con mi marido...

No pudiste verme en ese lugar, Virginia, porque a esa hora estaba en el pueblo conversando con el médico.



Además, no conozco a esa mujer ni me he acercado jamás a su casa. Tu imaginación te habrá hecho creer que...

¡Pero sí también te vió Carmen!



De pronto me pareció un desconocido, un enemigo.

¿Puedo preguntarte si realmente se convenció de que era yo?



Le había explicado mi reacción, la mentira que dije a mi amiga y sabía que no iba a permitirle que me pusiera en evidencia. Con mi silencio acepté la derrota.



¿Estás segura de no necesitar nada?

Mi amiga se disponía a partir. Se llevaba algunas cartas vacías de todo contenido emocional y la imagen de una nueva Virginia, capaz de mentir, capaz de ocultar su miedo. Carmen tuvo un solo instante de vacilación.



Era preciso que de nuevo disparara sus dudas.

Segurísima. Aquí lo tengo todo y soy feliz. Díselo así a tía Eulalia, a Jaime, a... todos.



Lo que pasó a partir de ese momento no puedo contarlo en forma coherente. Mi memoria sólo ha retenido escenas sueltas. Visiones de Pedro Luis ascendiendo la colina para ir al encuentro de aquella mujer. Pedro Luis mintiendo, dominándome, infundiéndome un miedo que crecía minuto a minuto en mi interior.



Deseaba huir pero me sentía retenida allí en la casa hermosa pero cada vez más siniestra. Mi cuerpo se veía azotado por mil vientos y en mis ojos ya sólo estaba el mar.



Ese mar que me llamaba con insistencia, ofreciéndome paz.

¡No. Dios mío! No me permitas eso. ¡No dejes que enloquezca!



Un rostro, un nombre casi olvidado, me dio nuevo valor.

Raimundo...



Un día, la novela que con tanto entusiasmo estaba escribiendo Pedro Luis, llegó a su fin. Sus ojos tenían un brillo extraño.

Es tu obra, Virginia. Me serviste de modelo para la protagonista. Conseguí lo que anhelaba al casarme contigo.



La serenidad precisa para dedicarme a mi trabajo. Y la contemplación de un espíritu bello y puro como el tuyo.



No hablé de amor, porque a los tres meses de haberme casado con migo ya me era infiel. No hablé de mi sufrimiento, porque no le importaba. Era un ser egoísta. Débilmente atiné a decir:



¿Podremos irnos de aquí ahora?

de ninguna manera, querida! Me siento suficientemente inspirado para comenzar mi próxima novela.



¿Acaso no eres feliz a mi lado?



¡Cuánto cinismo! Por un instante, al ver su rostro tan cerca del mío, pensé que quizá todos los encuentros con la desconocida fueran de mi imaginación. Pero no, lo había visto con ella, y también había visto a aquella mujer en París.



¿Por qué no podía yo reaccionar como otra mujer lo hubiera hecho, increpándole, exigiendo, imponiendo condiciones o adoptando una decisión? Sólo supe huir hacia mi refugio en la playa de nuevo, para encontrar allí los fantasmas de mi pasado.



"Cada uno se cava su propia sepultura..."



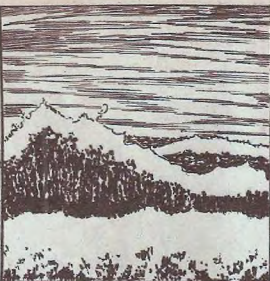
"¿Serás feliz, Virginia?"



"Sabes que nunca te olvidaré; que te he querido siempre!"



Cuando quería mirar de cerca esos rostros, mis ojos se llenaban de mar. El agua azul me envolvía; olas gigantes me aprisionaban, llevándome cada vez más adentro, allí donde hacías de luz se quebraban en mil colores, hacia una profundidad en la cual las algas y los corales me retenían con fuerza gigantesca.



De pronto experimenté una paz inmensa y dejé de luchar. Aquella visión alucinante de mi agonía se disipó. Alguien me llamaba.



Las voces de mi tía y de Carmen se hicieron más reales. Abrí los ojos y vi también sus rostros.

¡Por fin te has despertado!



Dijiste que ibas a dormir un rato porque te dolía la cabeza, pero te has pasado la tarde en la cama.



La cabeza me dolía aún pero una alegría inmensa me embargaba. La historia que he relatado y que empezó con una boda, no fue más que una pesadilla vivida con una intensidad pavorosa.



Enseguida me visto. Os agradezco enormemente que me hayáis despertado.



Apúrate, Pedro Luis hace un rato que te espera.



Pedro Luis Borrás, mi novio en la realidad, me aguardaba. Quise ir a su encuentro con la misma emoción de siempre, pero no pude.

¡No puedo dejarme influenciar por un sueño.



Si bien en la vida real Pedro Luis era un escritor, si bien hacía muy poco tiempo que nos conocíamos, su personalidad era totalmente distinta a la del protagonista de mi pesadilla. Sólo algunos detalles coincidían.



Pedro Luis se adelantó a recibirme al pie de la escalera e iba a besarme cuando noté el cambio de mi rostro y mi instinto retrocedió.

¿Qué te pasa, querida? Estas muy pálida...



Había perdido mi voz. Había perdido de nuevo la noción del tiempo. ¿Seguía durmiendo o estaba despierta? Y si estaba en realidad despierta, ¿cómo era posible que allí, en el salón de mi casa, estuviera la mujer rubia de París, aquella de la casa de la colina de mi sueño?



Pedro Luis se dio vuelta para ver hacia donde miraba yo, y entonces...

Nunca le había hablado de mi prima Nuria. Disculpame por ello. Termina de llegar de un largo viaje.



Quería conocerte y me he permitido traerla sin avisarlo.



En efecto, Pedro Luis nunca me había hablado de ella. Yo jamás la había visto, entonces, ¿cómo pude verla en mis sueños tal cual era en la realidad?



Aún hoy me pregunto si ese sueño mío fue producto de mi imaginación exuberante o tuvo algo de premonición. Nunca lo sabré, porque no quise arriesgarme tampoco a comprobar si las cosas sucederían tal y como las había yo soñado. Y esa misma tarde decidí mi futuro.



Me ha dicho Pedro Luis que cuando os caséis, vais a vivir todo el año en El Castillo.

Nuria trató gentilmente de congraciarse conmigo. Sus labios sonreían al pronunciar amables palabras, pero sus ojos tenían "una mirada dura" especial.



Pedro Luis contestó por mí.

A los dos nos gusta mucho el mar y la soledad.



Por supuesto, estaba tan aturdida, tan impresionada, que me pareció descubrir entre los dos primos una mirada de inteligencia. Carmen, ante un silencio mío que ya era demasiado evidente, trató de bromear.



Pero no se salvarán de que yo vaya a visitarlos.

También en broma, contestó él:



Te advertí que defenderemos nuestra intimidad. Así que no esperes una invitación.

No pude más. Me ahogaba.



Excúsenme, por favor. No me siento muy bien.

Subí corriendo la escalera para encerrarme en mi dormitorio, pero Pedro Luis me alcanzó en el pasillo.



¡Suéltame, te lo ruego!

Estás extraña. Me miras como si no me vieras.



Tuve que darle una explicación racional de lo que me sucedía. Y al hablar, me sentí liberada de un gran peso.

Me he dado cuenta de que nunca te he querido. Lo siento, Pedro Luis. Sólo me sentí deslumbrada por tu personalidad...



... por tu aureola de escritor.

¡Cómo puedes decir eso!



Puedo decirlo porque he vuelto a ser la muchacha sencilla que tú conociste, capaz de decir siempre la verdad.



Y esta verdad mía, dicha a tiempo, es mejor para los dos.



Pedro Luis se fue de mi vida tan rápidamente como entrara en ella. Ahora todo sigue igual que antes y eso se lo debo a un sueño.



Sólo me resta esperar que un día, en el momento preciso, Raimundo o yo demos el paso necesario para acercarnos de nuevo. Sé que la espera no será larga, porque lo quiero y me quiere, y eso lo saben también tía Eulalia y mi amiga Carmen...



... que me acompañan con su silencio sin preguntas, con su comprensión de siempre.



GOTTAS DE ALEGRÍA

ADRIANA



-¡Oh, me había olvidado! ¡También traigo un esposo de Europa!



-El me prometió el Sol, la Luna y las estrellas, pero fue muy evasivo cuando le pedí que lavara los platos.

El gran regalo infantil

PROYECTOR

**CINE
GRAF**

\$ 1.589.



y ahora...

NUEVOS TITULOS EN COLORES

para agregar a su maravillosa colección, los números 31-32-33 y 34 de la presente lista.

A TODO COLOR
\$ 45.-

BLANCO Y NEGRO
\$ 35.-

- | | |
|--|---------------------------------|
| 1 La vida del Gral. San Martín | 1 Guerra con los marcanios |
| 2 El jefe de la perrera | 2 El hipo de Pancho |
| 3 La galera mágica | 3 Mimi en las 7 desgracias |
| 4 Millonario por un día | 4 Cascarrabias en culpas ajenas |
| 5 El héroe de ratschin | 5 Travesuras del gato negro |
| 6 El burrito cantor | 6 Tabuto en la selva |
| 7 Lios en un concurso | 7 El corsario-rojo |
| 8 Capercuza roja | 8 Puños y balas |
| 9 Dubarkon el terrible | 9 Blanca Nieves |
| 10 Descubrimiento de América | 10 Galerita |
| 11 El ciervito valiente | 11 Guerra interplanetaria |
| 12 El elefante bueno | 12 La isla del tesoro |
| 13 La Cientista | 13 Dívolo a muerte |
| 14 Flechas vengadoras | 14 El "Jido de las pistas |
| 15 Combate aéreo | 15 Puño fuerte |
| 16 El satélite artificial | 16 "Scarface" |
| 17 La pelta del siglo | 17 El planeta "X" |
| 18 Aladino y la lampara maravillosa | 18 Baile en las nubes |
| 19 Vida de Domingo F. Sarmiento | 19 Marineros y trompadas |
| 20 Vida del Gral. Belgrano | 20 Un par de pillos |
| 21 La bella durmiente | |
| 22 Vuelo a la luna | |
| 23 Mundo extraño | |
| 24 La tercera huella | |
| 25 El llanero justiciero | |
| 26 La perra Jessie | |
| 27 La Revolución de Mayc | |
| 28 Rat Rasterson | |
| 29 El gato con botas | |
| 30 Pinocchio | |
| 31 El maravilloso mundo de la Zoología | |
| 32 El lobo y los 7 cabritos | |
| 33 El interesante mundo de Botánica | |
| 34 Mercedita la castañera | |

En Jugueterías
y Ópticas de todo
el País

INTERIOR.

Si en su localidad no hay
existencia solicite su
pedido directamente a
Cine Graf S.R.L. Cor. Ates 1256,
acompañando cheque
o giro sobre Bz. Aires.
Agregar \$ 100.- para flete.

Egidio Esteban/2019

el banquero de la calle Tacuarí

Por HECTOR PEDRO BLONBERG



ADAPTACIÓN

DE DIBUJOS DE ARANCIO

Intervalo Álbum 166 - 11-1967

Terminaba 1871. Buenos Aires estaba diezmada y enlutada por la terrible epidemia de abril; nada menos que la fiebre amarilla...

... y entre los que se abrazaban con parientes o amigos de esta parte del universo, vagaba la triste mirada de un mozaletete.

¡Güülo Conza!
¡Güülo Conza!

Aquien dijo al joven inmigrante que ese señor Conza se había ido a Montevideo.

¿Qué hago ahora?



... cuando en el antiguo muelle de la Gran Aldea empezaron a desembarcar los humildes pasajeros del "Bergg" de bandera italiana. Era el dieciséis de diciembre...

Con la ayuda de dos compatriotas, Carlo Lanza pudo ir a la Banda Oriental. Allí, más complicaciones. Giulio Conza se había visto complicado en la revuelta de Aparicio.

Murió don Giulio. Hace tres meses.



El joven Carlo tomó con serenidad la difícil situación.

¿Usted necesitaba un tenedor de libros, señor Alderini?

¿Italiano? ¿De qué parte?



Carlo Lanza le resultó simpático al almancenero napolitano, y el recién llegado a América pronto tuvo trabajo. Pero no estaba conforme con la capital, empobrecida por la cruenta guerra civil...



...y como era un muchacho ambicioso, luego de juntar una discreta cantidad de pesos de plata, sacó pasaje para Buenos Aires.

Un millón de gracias por sus atenciones, señor Alderini.



...y horas más tarde se hallaba en "la ciudad de sus sueños".

(Esto sí, Carlo. Aquí progresarás rápidamente.)



Por cierto que el muchacho genovés no tenía grandes deseos de trabajar, sino de hacer fortuna con el menor esfuerzo posible. En Montevideo se había informado minuciosamente.

(Hotel Marítimo. Veamos, Carlo.)



HOTEL MARÍTIMO

Carlo había quedado deslumbrado por la ciudad de las calles angostas y los altos campanarios, que viera tuzamente unos meses atrás. Embarcó en el "América" -el mismo que luego se incendiaría en una tragedia memorable...



Era un viejo pero agradable edificio, ubicado en la calle Corrientes casi esquina 25 de Mayo, cuya propietaria, una simpática anciana genovesa, recibió alegremente al apuesto paisano.

Como no, mi pobrecito: te ayudaremos.



Con nuevas relaciones, a quienes había cautivado por su alegría y juventud, Carlo empezó a conocer Buenos Aires; el lugar que iba a ser teatro de sus "hazañas" durante varios años.



Cuando creyó estar encaminado en algo fácil y rendidor, descubrió que uno de sus socios en las noches de juerga había volado con una importante suma de dinero.

No quisiera que equivocaras el camino, Carlo.



Sitios de esparcimiento como el "Alcázar" de Victoria al 700, o los garitos que abundaban en el abigarrado barrio de la catedral, vieron pasar al joven que en ocasiones iba casi lujosamente ataviado.



La bondadosa dueña del "Hotel Marítimo", que quería a Carlo como a un hijo, lo convenció para que se quedara a trabajar con ella.

(Por ahora no tengo más remedio.)



Era un excelente empleado, y los libros comerciales del hotel nunca estuvieron mejor llevados.

¿Así no es mucho mejor, hijito?



En el "Nacional" leyó una mañana: "Dependiente, joven de buena presencia, necesitamos. Tienda Costa".



Uno de los señores Costa decidió que el empleado se fía ese agradable paisano llamado Carlo Lanza. Este, con astucia, hizo creer al dueño de la tienda que era hijo de un aristócrata arruinado, allá en Ligure...



Buen mozo, impecable en su vestimenta, simpático, se fue relacionando. Algunas clientas lo distinguían con su preferencia.

Esperaremos a que se desocupe el señor Carlo. Gracias.



ilejos estaba Carlo Lanza de conformarse con tan poca cosa! Esperaba su oportunidad ansiosamente, pero los meses pasaron y tuvo que seguir con la contabilidad del hotel.



Había dos hombres más ante las importantes vidrieras de la afamada tienda de Perú y Moreno.

(Me parece que te ganaron de mano, Carlo.)



... y desde esa misma mañana ocupó el puesto vacante.

(Tiene una clientela muy importante, y eso puede venir bien, Carlo.)



Sin embargo, aquellos menesteres no satisfacían al ambicioso Carlo Lanza.

(Si no te casas con una mujer de dinero...)



En esa mañana de primavera atendió a un joven que iba en busca de un par de guantes.

Me gustan. Envíelos a esta dirección.



La tarjeta decía: -Caprile y Picasso. Cambios. Giros. Cangallo 536.

¿A nombre de quién, caballero?

Alberto Caprile. Soy yo.



Yo también creo que usted no tiene que seguir perdiendo el tiempo detrás de este mostrador.

Varias veces más fue el hijo de uno de los dueños de la casa de cambios. Carlo hizo una excelente amistad con él.



Fue entonces cuando Carlo tuvo la revelación de su destino. Por aquellos años de copiosas corrientes inmigratorias, eran varias las agencias de cambio que funcionaban en la ciudad, produciendo grandes utilidades a sus propietarios; sobre todo en el negocio de giros, desdeñados por los bancos.



Dos meses más tarde, al producirse una vacante, Carlo ingresó en la de Caprile y Picasso. Tuvo suerte desde el primer día, pues ese veinticuatro de enero conoció a Luisa Maggi.

El padre de la bonita muchacha era un importante embalsamador de aves, con negocio en la calle Corrientes al 715.

Tantas veces me detuve ante estas vidrieras, señorita!



Las gentiles maneras del hombre atrajeron a Luisa.

Venga por el negocio, cuando pueda. Papá le enseñará lo que usted llama "misterioso oficio".



Es nuevo en la casa, ¿verdad?



Las guitarras que producían música para las noches porteñas, acunaron el romance de Luisa y Carlo.

Aquí encontrará el hogar que perdiste en tu país.



Carlo Lanza no quería que ella se hiciera muchas ilusiones. Tampoco deseaba perderla.

El dinero lo ganará yo. No quiero nada de lo de tu padre.



Muy extrañas ideas comerciales tenía ese hombre joven y desesperado por nadar en la abundancia. Las mantuvo en secreto por espacio de varios años, mientras trabajó en la de Caprile y Picasso. Ni siquiera las confió a Luisa Maggi.

(A veces me resulta muy rara la conducta de Carlo.)



Con sus ahorros, Carlo alquiló una casa de la calle Tacuarí, casi esquina Victoria. Un frente de estilo español, con dos imponentes balcones de hierro forjado. Demasiado para él, pero...

(Dentro de un tiempo podré sacarle provecho.)



Los patrones en la casa de cambios estimaban al correcto y diligente Carlo Lanza.

La clientela está encantada con él.



Eran casi todos compatriotas humildes y trabajadores que depositaban sus ahorros o remittan sus giros por intermedio de esa firma. En la mayoría de los casos, pedían ser orientados por el empleado Lanza, el que los atendía con desusada cortesía.



Al cabo de los años, Carlo cayó enfermo y tuvo que guardar cama. Con extraña desesperación intentó reanudar sus tareas.

¡No exagere, hombre! ¡O se queda en cama, o todo será peor!



Caprile y Picasso tuvieron que tomar otro empleado, mientras durara la ausencia del eficaz Lanza. No era buen mozo, ni de fácil sonrisa, pero Hilario Pérez sabía hacer su trabajo. Y, de paso, descubrió lo que otros no habían sabido ver.

¡Observe, señor Caprile! ¡Otra estaba más!



Porcentajes ilegales sobre los giros -algunos no llegaron a Italia-, anotaciones falsas en los libros, y otras retenciones de dinero, denunciaron el turbio accionar de Carlo Lanza. El señor Caprile y su hijo se presentaron en la coqueta vivienda de la calle Tacuarí...

... y luego de larga conversación con el enfermo -quien exageró su verdadera afección hepática-, los bondadosos señores Caprile lograron que el "simpatío malhechor" prometiera devolver lo que no le pertenecía en el término de un año.

Como necesito trabajar, voy a instalarme por mi cuenta.



Nadie creía en la posibilidad de que ese hombre "mercado" lograra prosperar con su casa de cambios y giros instalada en la calle Tacuarí. Pero como los Caprile prometieron a su vez que no trascendería la mala conducta del empleado, Carlo Lanza tuvo otra magnífica oportunidad. Y la aprovechó...

En pocas semanas, el "banquero" atraía las enfurecidas miradas de sus contentos comerciantes.

¡Es hombre de suerte y hará fortuna!



Durante sus últimos meses de empleado, Lanza había dicho secretamente a su clientela: -Si llevo a establecerme, cobraré intereses y comisiones reducidas. No como estos señores.

... atrayendo hacia la agradable casa de la calle Tacuarí a muchos clientes de Caprile y Picasso. Un golpe de efecto fue sin dudas las dos bonitas empleadas que el astuto Carlo tomó para que atendieran el mostrador.



Aquellos infelices creían ciegamente en Carlo Lanza, a pesar de algunas aisladas advertencias. Les gustaba ir, conversar con el atractivo mozo, y con las sonrientes empleadas. Después dejaban el dinero, ganado con trabajo y esfuerzos.



Por esos días de euforia comercial, Carlo había dejado de ver a Luisa Maggi, y la joven enamorada se lo explicó a su padre. El anciano tenía un buen cliente en el comisario Fernández Ivar.

Antes me parecía un excelente individuo, pero...



En aquellas épocas legendarias, en que la máquina policial resultaba de muy lento andar, el vuelo de aquel sonriente como siniestro milano no pudo ser evitado. Los denonados esfuerzos de todos los que quisieron impedir la fuga del estafador, fracasaron, y nadie pudo saber jamás...

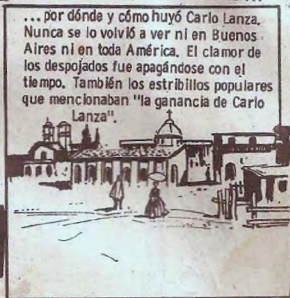


...en Italia. -Cuando joven cometí un crimen espantoso, padre- expresó el moribundo.

Fue... en América, y...



Hacia tres años que Avelaneda ocupaba la presidencia, y faltaban otros tantos para la sangrienta revolución de Tejedor, cuando en lo que aún era la Gran Aldea, gritos de ira y desesperación escaparon de labios de miles de italianos. Esa mañana, al ir las empleadas del "banquero" Carlo Lanza...



... por dónde y cómo huyó Carlo Lanza. Nunca se lo volvió a ver ni en Buenos Aires ni en toda América. El clamor de los despojados fue apagándose con el tiempo. También los estribillos populares que mencionaban "la ganancia de Carlo Lanza".



Un joven servidor del acaudalado Remo Ucarelle -así se había hecho llamar Carlo Lanza desde su regreso a Europa- escuchó las palabras finales del anciano arrepentido...

...a cumplir con sus tareas cotidianas, hallaron las puertas cerradas. Temiendo por la vida del solitario, fue solicitada la ayuda policial. Se revisó la casa hasta el último rincón.

¡Razón tenía el señor Maggi! ¡Era un ave de rapiña!



Y así pasaron los años, pero no del todo el oscuro recuerdo del repudiado estafador. Hasta 1917 - nada menos que cuarenta años después - cuando el rugido de la guerra europea, que acallaba todas las voces, permitió apenas que la de un desesperado anciano llegara hasta el monasterio de Triuschl...



...y las difundió rápidamente por todo el pueblo.

¡No puede ser! ¡Debe delirar el pobrecito!

¡Yo digo lo que escuché, y nada más!



Como dijimos antes, el horrible estruendo del conflicto bélico no permitió que la noticia llegara a América. Y así se apagó a vida del malhechor y consiguió huir en una abutaba bolpero que jamás -gún sus últimas bras- sintió la di-de esa fortune habida.



El Gran Juez había vivido en su razón hasta el final, atormentándolo, haciéndole pagar muy cara su vieja deuda con aquellos hombres humildes y confiados; sus víctimas en la fabulosa estafa ocurrida en el Buenos Aires del siglo pasado.

FIN

RINCÓN ALEGRE



-Debes llamar enseguida para que vengan a arreglar el televisor o nos quedaremos sin sirvienta.

\$
980.-
POR MES



No 507. URBOTOM. Sulzo, acero inoxidable, 21 rublos, SUMERGIBLE. PROTEGIDO CONTRA GOLPES. calendario, malla acero regulable, \$ 8.000.- ó 10 cuotas de \$ 980.-

CREDITOS

EN TODA LA REPUBLICA

Informes: agregar \$ 20.- estampilla



\$
600.-
POR MES

No 519. Elegante y moderno reloj Sulzo, para dama, enchapado en oro, cuadrante de lujo, muy moderno, \$ 5.000.- ó 10 cuotas de \$ 600.-

Huberman S.R.L.

JOYEROS - Cap. \$ 400.000.-

Av. CALLAO 232 - PISO 1º

T.E. 45-9379 - Buenos Aires



-Juan me dijo que llamaría a las 8, pero no crean que me va a tomar por tonta. No lo esperaré más que hasta las once.



-Nada especial. Me daría por bien conforme si luego aparentara veinte años menos.

PREGUNTE POR AGATHA

Intervalo Álbum 166 - 11/1967

Por PIER MICHELE

DIBUJOS DE LUCHO OLIVERA

Ya no le queda nadie desde que su hermana murió, hace un año. Entre usted, ella dijo que no lo anunciara.



Alguien que no supiera nada de los Voggan, para que investigue un pasado cuya verdad deseo conocer. Se trata de Agatha, mi hermana.



Se le notaba la soledad. En los gestos pausados, en ese decaimiento de desesperanza y abulia que dejan los días vacíos.

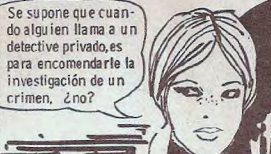
Agatha tuvo menos suerte, o más dicha, no lo sé. Se la llevó tía Amy, una solterona amarga que con ella, acaso, quiso compensar los hijos que nunca tuvo.



St. señor Debrisse, mademoiselle Monique lo aguarda arriba, en su cuarto. Sígame.

Monique Voggan. Me sorprendió su aspecto sombrío, casi lúgubre. Me hizo sentar con una ademán de su mano y su voz sonó profunda sobre las ecos de la lluvia.

Se supone que cuando alguien llama a un detective privado, es para encomendarle la investigación de un crimen. ¿no?



Agatha Voggan. Empecé a conocerla cuando Monique bajó los ojos y se introdujo en las sombras de un ayer indistinguible para mí.



Nacímos en Amiens, de padres muy pobres, que murieron cuando ella y yo, que éramos gemelas, cumplíamos quince años.

Pero no quiero influenciar su investigación, señor Debrisse. Necesito que usted me traiga el pasado de Agatha. Que recopile su vida en ese tiempo que estuvimos separadas.



La lluvia martillaba los techos, y sus ecos resonaban en la casa, en el silencio ancho de la casa de esa mujer desconocida que me había telefonado en la mañana a mi oficina de París.

¿Vive sola aquí la señorita?

Sola.



En realidad nos contratan para esas cosas, pero hay excepciones, señorita Voggan.

Esta es una de ellas, señor Debrisse. Busqué su dirección en la guía; necesitaba un desconocido.



Nos recogieron dos tías de mi padre. Estaban enemistadas entre sí. A mí me trajeron aquí, a París. Mi vida fue un calendario de días iguales que repitieron sus horas aburridas y solitarias.

No quería, no debía preguntarlo, pero lancé las dos preguntas aun sospechando que podía herirla.

¿Para qué?

Estoy sola; estaré sola hasta el fin de mis días. Pude compartir con Agatha un montón de vida. El destino trazó otro plan.



Ahora quiero saber qué pasó en la ausencia; quiero revivir el tiempo que no la conocí a mi hermana. ... para evocar como si lo hubiese compartido. ¿Entiende?



Dejé la casa y a Monique Voggan bajo la lluvia y la soledad, su vida en el mismo silencio que las acompañó siempre, que ubicó su tiempo en semanas sin aventuras y sin apremios.

Entendí algo más, el otro por qué de la búsqueda que me encomendaba: necesitaba vivir lo que su hermana había vivido para sentirse menos vacía, menos sola. ¿No eran gemelas?



No iba a alojarme; no debía preocuparme por ese pescador que sospeché el tamaño de mi billete por el corte de mi traje sport. Iba a buscar el principio del hilo que formaría la madeja del pasado de una mujer.

(Quizá conoció mejores tiempos alguna vez.)



El viejo nos dejó solos. Fue a atender a algunos parroquianos que bebían en las mesas.

Me llamo Caryl. Y si quiere saber algo de Agatha, tendré gusto en hablarle de ella. Aquí no puedo hacerlo con nadie, ahora... Venga, sentémonos. Le serviré un trago.



Entendí. Estaba en presencia de una súplica que no podía contestar, pero sí consolar juntando un lapso de vida que ella, Monique, usaría para llenar su multitud de horas vacías.

Agatha volvió a mí cuando ya era tarde para prolongar el reencuentro, para resarcirnos de la ausencia: murió una semana después que la traje aquí.



Estaba lejos, lejos aún de saber que dos seres, aunque no sean gemelos, aunque, como Agatha y yo, hayan nacido desconocidos, pueden hermanarse en un pasado común, en un mismo itinerario de geografía distinta pero con idénticas circunstancias de desencuentros.



Próxima parada Granville.

¿Amy Voggan? Sí, fue la dueña de esto, hace años. Cuando esto era realmente una hostería.

¿Recuerda a su sobrina Agatha? La traje aquí cuando quedó huérfana.



La copa de ginebra de Caryl se mantuvo intacta todo el tiempo. Sus ojos, como los de Monique en París, se entrecerraron para viajar al ayer.

Era bonita, muy bonita. Tanto como no había visto otra antes. Su tía la puso a trabajar con ella en la hostería.



No pudo contarme nada de lo que pasó desde que nos separaron. Confío en usted, señor Debrisse. Tengo la dirección de la casa donde tía Amy llevó a Agatha la primera vez. Vaya, pregunte por ella.



Granville, más allá de la estación ferroviaria hay un caserío costero, un villorrio de pescadores que huele a sal y a fatiga del mar entre redes oscuras y muelles de vejez y soles.



¿La hostería "Normanda"? Es aquella, al fondo de la calle. Si va a alojarse allí... no se lo aconsejo. Hay un nuevo hotel.

¿Es usted pariente de ella? Todo el mundo se olvidó de los Voggan en el pueblo.

¿Todos, papá? Yo no. Yo no me olvidaría nunca de Agatha Voggan.



¿No le dejan un solo día de descanso, Agatha?

Vete de aquí, Caryl. Tía Amy se molestaría al verte conmigo.



¿Y tú? Sólo me importa saber si tú también te molestas cuando me ves cerca tuyo.

¿Importa eso? ¿Te importa realmente a ti, Caryl?



"Creí que me amaba. Hacía dos años que había llegado a Granville. Dos años que había soñado con su nombre casi todas las noches."

Algún día nos casaremos, Agatha. Ahorro todo lo que mi padre me da por ayudarlo en la pesca.



"Las habladurías siempre corrieron en este pueblo. La tía de Agatha se enteró..."

¿Es verdad? ¡Contéstame! Todo el mundo habla de ti y ese Caryl Fourget!

Sí, es verdad. Lo quiero, tía.



"Pudo creerme. Pude convencerla de la verdad. Pero una noche, mi padre se embriagó en el bar. Amy Voggan quiso echarlo."

¡Fuera de aquí, Fourget! ¡Odio a los que beben más de la cuenta!



No deberías tratarme así, Amy. Somos casi socios, ¿no?

"Sí, me importaba. Mucho. Empezamos a vernos por las noches, cuando su tía la enviaba a su cuarto y atendía sola a los pescadores que acortaban sus horas de descanso bebiendo en el bar."

No está bien que hagamos esto. Me siento engañando a tía Amy.

Deja de pensar en ella, ¿quieres?



Sí, Caryl, sí. Pero pienso en mi tía. Deberé dejarla sola. Está vieja y enferma.

¿Sólo piensas en ella? Recogí tu orfandad, pero te hace trabajar en su negocio, ¿no?



"Agatha cambió desde ese día. No hacía más que repetirme una pregunta..."

Dicen que tu padre te impulsó a mí, Caryl. Que busca casarte conmigo para que, cuando tía muera, seas tú el dueño de la hostería que él siempre ambicionó... ¿Es cierto?



Mi hijo hará de Agatha su esposa, muy pronto... y tú no serás inmortal... estás enferma... ¡Este negocio será de un Fourget entonces!

¿Tú lo obligaste a enamorarse a mi sobrina? ¿Es verdad que lo hiciste?



Ven, vamos a caminar por la playa. Hay luna. Me gusta escuchar tu voz bajo la luna, cerca del murmullo del mar.



"Un día, tiempo después, alguien nos vio juntos en la playa. Descubrió el secreto de nuestros encuentros ante los otros que bebían en el bar de la hostería."

Era Caryl, sí, el hijo de Fourget. ¿Con Agatha?

Fourget siempre quiso el negocio de Amy Voggan. Su hijo puede hacer el puente.



¡Es mentira! Te amo por lo que eres, no por lo que puedes darme. ¡Créme, por Dios!



Sí. Dentro de todo es una hermosa muchacha. Y no podrás romper esa unión nunca, Amy, ¡nunca! ¡La "Normanda" será de un Fourget!



"Amy Voggan levantó los ojos en ese momento. Acaso había forzado esa falsa confesión de mi padre porque sabía que Agatha estaba escuchando en lo alto de la escalera del piso alto."

¿Lo oíste todo? ¿Comprendes ahora la verdad, Agatha?



Sí, tía... toda la verdad.

¿Sabe usted dónde está ahora? Para mí ya no existe el amor, no existirá nunca. Dígale que la quise de verdad si puede verla. Que fue lo único bueno que tuvo este pueblo...



En el tren, esa noche, pensaba en Agatha. Y en mí, Caryl, lo que había pasado con el amor de Caryl, se parecía a lo de Solange, la hija del abogado socio de mi padre.

(Solange dijo amarme, en París, cuando fue la primera mujer que despertó mi corazón...)



¿Ni siquiera por mí? Si no lo haces, olvídate de haberme conocido.

¿Lo hiciste por eso, Solange? ¿Quisiste enamorarme sólo para que tu padre tuviera un cómplice que posibilitara sus maniobras sucias?



La voz de Caryl Fourget se veló de emoción, se tiñó de tristeza cuando concluyó su relato.

Dejamos de vernos. No quiso mi explicación. No me dio la oportunidad de probarle que mi padre sólo habló, sólo mintió por furia, por estar ebrio.



Mentí por omisión. ¿Para qué decirle que estaba muerta? Fue su padre, el viejo Fourget, que había concretado su ambición, poseyendo la hostería, quien me informó después...

Caryl no lo sabe, no quise que lo supiera: las Voggan se fueron a vivir a Angers, un pueblo minero cerca del río Loire.



...Y yo creí en su amor. Pero Solange era bella, demasiado bella.

¿Por qué te fijaste en mí, Solange? Soy muy poco atractivo para ti. Tu hermosura desentona a mi lado.

Me gustas, Jean Paul.
¿No basta eso?



Sí, sólo por eso. Fue cruda y cruel cuando me lo dijo, al saber que entre su amor y mi padre prefería ser digno y resignarme a perderla. Y la perdí, junto a mi primera ilusión. Ahora que estaba recomponiendo el pasado de Agatha Voggan, el mío renacía en pantallazos. Y ya teníamos un mismo desencuentro en común. Pero Solange nunca me había amado, y Caryl sí había amado a Agatha, que se resistió a creerlo.



Pero es el dueño de la hostería ahora. ¿Qué pasó después?

Siempre fue terco mi padre. Convenció a los pescadores para que no pisaran ese sitio. Y Amy Voggan tuvo que ceder. Le vendió el negocio por unos miserables francos. Y se fue con Agatha.



La vieja harpía puso un comedor para los obreros de las minas en la calle Ruan. Espero que se haya arruinado.



No, no bastaba. Porque después, apenas unas semanas después de descubrir que nos amábamos, Solange me dijo...

Es un simple favor, querido: mi padre necesita esos documentos. Si tú los sacas del escritorio, del tuyo...

¡No lo haría nunca! Jamés engañaría a mi padre por nada.



En Angers no me costó ubicar la calle Ruan. El viejo comedor para mineros aún existía.

¿Pero usted qué quiere saber, amigo? Le digo que Amy Voggan dejó esto hace años. Estaba enferma.

Lo sé. Pero me interesa hablar con alguien que haya conocido a su sobrina.



¿Es usted de la policía? ¿Está en otros días esa muchacha?

„No soy policía, soy... un pariente de Agatha Voggan.



„Comía aquí desde siempre, pero entonces las cosas estaban mal en las minas. Agatha me fiaba cuando su tía no atendía el negocio, obligada al reposo por su enfermedad.”

¿Cuánto le debo ya, Agatha?

„Olvídelo. Me pagará cuando todo mejore, André.



„Me costaba aceptar su ayuda. Pero la necesitaba. Estuve durmiendo en la cocina del comedor mientras duró la enfermedad de su tía Amy.”

Lo siento, André. Mi tía está bien ya. Atenderá el negocio hoy.



Entiendo. No me quedará esta noche. Gracias, Agatha. Consuela conocer gente de su bondad.

„Me ubicaron en seguida. Yo no tenía ningún temor porque no era el ladrón. Pero arruiné a Agatha.”

¿Es verdad lo que dice este hombre?

„Sí. Dormía aquí todas las noches, en la cocina. Lo habían echado de su pensión. Quise ayudarlo, tía.



El dedo sucio del dueño del comedor indicó una mesa, en el más oscuro rincón del salón.

Siéntese allí y espere. André llegará en seguida a comer. El puede hablarle de Agatha.



Cuando todo mejore... Nunca, tal vez. Nos moriremos de hambre aquí.

¿Dónde dormirá esta noche? Sé que lo echaron de su pensión.



„Esa noche hubo un robo en el comedor. Se llevaron el dinero de la caja y Amy Voggan llamó a la policía.”

¡Deben encontrar al ladrón! ¿Qué clase de seguridad ofrece esta ciudad a los comerciantes?



Investigaremos.

¡Te aprovechabas de mi enfermedad!



Era un hombre mustio, callado. Primero titubeó. Luego se dejó llevar por la evocación eligiendo sus palabras con cuidado, como si pisara un terreno cenagoso que podía hundir sus pies a cada paso.

Era buena. Pero nadie le creyó cuando aquello sucedió. Y su tía menos que nadie.



Por ahí. Estoy acostumbrado al desabrigo. Todavía quedan galpones vacíos en Angers.

Hace frío ahora, André. Déjeme ayudarlo. Puede quedarse aquí; dormirá en la cocina. Le bajaré unas mantas.



„Hicieron preguntas los policías. A todo el vecindario. Alguien dijo algo muy importante...”

Hum... no me gusta hablar sin saber, pero esa muchacha, la sobrina de la Voggan... Todas las mañanas, al abrir el negocio, salía un joven de allí.



Cálese, Amy. No he conocido a ninguna tan limpia como su sobrina. ¡Aleje de su mente esas sucias ideas! ¿O también su alma es avara como sus manos?



"Me acusó de robarle Amy Voggan. Y echó a su sobrina de su casa. Pero ocurrieron dos cosas: casi en seguida el verdadero ladrón fue apresado por otro robo y confesó el del comedor. Ouedé libre y busqué a Agatha."

Siento lo que pasó por mí.

Debía suceder, no es su culpa.



¿Qué hará ahora? Está sola. Hay trabajo otra vez en las minas. Me emplearon sin problemas. Ganaré dinero. Puedo ayudarla, pagarle lo que hizo por mí.



"No acepté mi ayuda. Conseguí ubicarse en una tienda como vendedora y se alojó en una pensión de mujeres. Entonces descubrí que la amaba. Empezamos a vernos los domingos."

Estuve pensando, Agatha. Usted y yo... parece que el destino nos quiso solos para juntarnos. Puede ser ahora. Si quiere...



"Iba a declararle mi amor. A ofrecerle matrimonio. Un hogar bueno. Pero entonces sucedió lo otro. Una tarde la busqué a la salida de su tienda..."

¿Agatha? Ya no trabaja aquí. Volvió con su tía. Está muy enferma y mandó llamarla.



Como Caryll, André tenía los ojos húmedos al terminar su historia. Vestía buena ropa ahora; tenía trabajo seguro en las minas, pero había perdido al amor.

Después de enlodar su nombre, la tía Amy no tuvo reparos en aceptarla a su lado cuando se sintió morir sola.



Cerraron el comedor una semana después. Y no volvía ver a Agatha. Nunca más. El médico que atendía a su tía aconsejó internarla en un hospital de las montañas.



André no sabía cuál. Me lo dijo el dueño actual del negocio cuando volvía preguntárselo.

Se marcharon a Langrés. Al "Hospital Saint George". Pero dígame la verdad, amigo, ¿no es usted de la policía?



Ya le dije que no. ¿Por qué habría de serlo?

-No lo sé. No me gusta hablar. Pero alguien trajo una noticia hace un tiempo. Agatha Voggan estaba envuelta en un llo en Langrés. Narcóticos, creo.

Todo el mundo olvidó ya su caso. Sólo André se molestó al enterarse. Para él, claro está, la muchacha siempre fue buena.



Para los otros no era más que un caso. Cuando alguien se convierte en un caso, los otros dejan de referirse a él como a un ser humano: en un caso no hay ni sufrimientos ni vergüenza, ni angustia ni dolor. Rumbo a Langrés pensaba en André y su amor que no pudo ser...

(Yo también tuve uno igual, André, no sabe cómo lo comprendo.)



Se llamaba Denisse, Y empezó a borrarle el recuerdo amargo de Solange. A crearle una esperanza nueva.

Tengo miedo, Jean Paul, mucho miedo. Miedo de amarte y perderte.



No me perderás, Denisse. Todo saldrá bien. Te quedarás.

Cabían tantos sueños imposibles en París. ¿Por qué no el nuestro? Todo radicaba en el nombramiento del padre de ella como ingeniero de una importante empresa petrolera.



Mañana lo sabremos. ¡Papá quiere tanto ese puesto! No sabe que si lo consigue, deberé acompañarlo en su viaje, lejos de Francia.

Fue simple: el padre de Denisse consiguió el nombramiento. Y nuestro amor fue un par de maños moviéndose desde un andén y una ventanilla de tren.

(Adiós. No sabes cuánto te llevas de mí, Denisse.)



Así, simple como una nube cortando el azul, como una hoja volteada por el otoño. Así fue el amor de Denisse. Agatha y yo, André y yo, teníamos un 'no pudo-ser' semejante a nuestro ayer. Ya eran dos los desencuentros que me hermanaban a Agatha Voggan. Y aún quedaba el "Hospital Saint George". Un oscuro edificio perdido en los montes nevados de Langrés.



El doctor Jourdan me atendió en su despacho. Volvió a preguntarme lo mismo que el dueño del comedor de Angers.

¿Es usted de la policía? Suponía que el asunto estaba archivado ya.



Soy... periodista. Me interesa el "affaire" Voggan.

Sí, sí... ustedes nunca se conforman. Trate de atenuar la publicidad. Usted sabe: el prestigio de mi hospital...

Me interesa Agatha. Sólo ella, doctor Jourdan.



Salimos al jardín. Detrás, lejos, como telón de fondo, las montañas guardaban el silencio misterioso de los grandes.

¡Mademoiselle Agatha! ¡Una criatura inolvidable! Llena de bondad, de amor... Se sacrificó por su tía.





- Al año de estar internada aquí, Amy Voggan se quedó sin medios. Pero Agatha insistió en dejarla. Había hecho un curso rápido y la nombramos enfermera. Con su sueldo pagó los gastos,

"Pero un día, el doctor Leonard Giron, que atendía a la enferma, le comunicó una triste noticia..."



Deberá sufrir, Agatha. El hospital carece de esa droga capaz de calmar el dolor de tu tía.

¡Leonard! ¡No podemos dejarla sufrir!

Son los últimos días de su vida. La medicina se apiada del que sufre. Es tan inhumano acortar la vida como permitir el dolor. ¿No podemos conseguir esa droga en otro lado?



"Leonard y Agatha se amaban. Al menos, ella había creído en su amor. Lo había visto preocuparse por su tía, hacer todo lo posible para curarla cuando aún la curación podía ser."

¿Sabes quién puede conseguir heroína en Langrés? ¡Sólo los traficantes!



¡Pues la buscaré allí! Será la única vez que su infame comercio sirva para algo noble.

¿De verdad te animas? Conozco el domicilio de uno de ellos. Yo no podría arriesgarme. Pero si eres tú quien va...



Comprendo, Leonard. Te arriesgas por mí. Nunca mi amor podrá recompensarte...

¿Lo crees? Me recompensa esto: saber hasta donde eres capaz de ser egoísta; saber que harías cualquier cosa por calmar el dolor de los seres que amas...



Si, Iré. Puedo ahorrar algo de mi sueldo... con eso pagaré.

No. Deja que sea yo quien pague la droga. Déjame que, al menos, te devuelva algo por lo que haces por tu tía.



"La bondad del hombre que amaba le sirvió de consuelo a su dolor. Y empezó a visitar a un traficante en secreto. Compraba la heroína y se la entregaba al doctor Giron para que él se la aplicara a Amy Vogan."

A nadie, Agatha, a nadie. Esto debe quedar entre tú y yo.



Comprendo, Leonard. Te arriesgas por mí. Nunca mi amor podrá recompensarte...

¿Lo crees? Me recompensa esto: saber hasta donde eres capaz de ser egoísta; saber que harías cualquier cosa por calmar el dolor de los seres que amas...



"Por supuesto, Agatha no ignoraba que tratar con un traficante la ponía en peligro, pero los seres como ella siempre están dispuestos a transar con su propia desgracia si ello proporciona felicidad a los que aman. Un día, sin embargo, advirtió que su tía seguía sufriendo. A pesar de la droga, la calma no ganaba su cuerpo condenado a la muerte."



"La encontré llorando junto al lecho de la paciente..."

¿Flaquea ahora? Hay que resignarse a la inevitable, Agatha.

Si, doctor Jourdan... pero si al menos ella no sintiera dolor.



Las drogas calmantes llegarán de París en quince días. Entonces se sentirá mejor.

No es verdad. Ninguna droga la calmará ahora. La heroína que le aplica Leonard. La que te aplicaba antes...



"La frase mutilada alertó mis sospechas. Me había llegado una denuncia anónima sobre una venta clandestina de heroína en mi hospital. No lo creí hasta ese momento. Entonces empecé a vigilar a Leonard y a Agatha."

¿Es necesario más aún, Leonard?



"Ella dormía en el hospital. Por eso me intrigó que saliera esa noche de lluvia. Y que se dirigiera por el camino embarrado hacia el pueblo cercano."

(¿Qué puede ir a buscar? Ni siquiera va a encontrarse con Leonard; él está de guardia esta noche.)



"No entré en el pueblo. Torcí hacia los suburbios en el primer cruce. Apurando el paso y sin sospechar que la seguía. Por fin, cuando la vi detenerse frente a la casa del hombre cuyo comercio conocía, ya no tuve dudas."

(¡Es ella quien compra la heroína a ese canalla! Supongo por qué lo hace.)



¡Un momento, Agatha! ¡No llame a esa puerta!

¡Doctor Jourdan! Me siguió usted...



Si, sospechaba que su desesperación la impulsaría a una locura semejante. Volvamos al hospital, ¿quiere?

¿Sabe... todo ya? Mi tía Amy... Ella no debe sufrir si hay algo que puede calmar su dolor..., Leonard...



"Había un policía en mi despacho cuando llegamos. De cualquier modo, todo debía aclararse esa noche."

Espero su autorización, doctor Jourdan. Tengo una orden de arresto para uno de sus médicos. Detuvimos al principal traficante de drogas de Langrés: mencionó a...



Si, ella si. Estoy sola ahora..., siempre estaré sola.



La noticia sirvió para algo bueno: su hermana gemela, Monique, la ubicó por ella y vino a buscarla. Se fueron juntas una tarde. A París, donde Monique tiene una casa que heredó de la tía que recogió su orfandad.

"Entonces le hice una revelación que sabía iba a dolerle, pero que era tan inevitable como una verdad."

Si, lo sé todo. Pero hay algo que usted ignora: hace semanas que su tía no recibe una gota de ningún calmante. Analicé su sangre esta mañana.



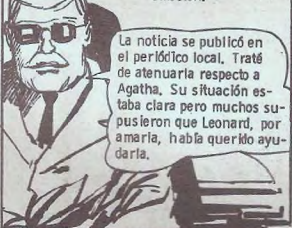
¡Leonard me engañó! Dijo que le aplicaba la heroína...

Lo sé: a Leonard Giron. Yo también tengo pruebas contra él.

Hay otra persona complicada en el caso: Agatha Voggan. ¿No es la joven que lo acompaña? Servía de enlace a Giron.



El doctor Jourdan tosía para disimular la voz velada por la emoción del recuerdo. Pero sus ojos mostraban algo más que emoción.



La noticia se publicó en el periódico local. Traté de atenuarla respecto a Agatha. Su situación estaba clara pero muchos supusieron que Leonard, por amaria, había querido ayudarla.

Dejé el "Hospital Saint George" al atardecer. El sol moría en alguna parte, detrás de las montañas altas, silenciosas, blancas. Ya tenía el pasado que Monique buscaba. El ayer de una mujer que no había conocido, pero que hubiera amado, porque habíamos compartido juntos, en la distancia, las mismas angustias de amor.



"Envidié sus lágrimas por ese hombre que se había servido de su piedad para lograr sus miserables propósitos."

Alguien vende la droga en el hospital. Tengo una denuncia, ahora sé a quién acusar.



"Ante la evidencia, Leonard confesó que vendía la heroína al doble del precio que le pagaba al traficante. Y aclaró cómo había engañado a la mujer que lo amaba para que se arriesgara por él. Agatha lloró cuando su tía murió el día siguiente."

Ya pasó todo, señorita Voggan. Dejé de sufrir.



Y ese hombre era incapaz de amar a nadie. Sólo dijo la verdad.

¿Cuándo se fue Agatha de aquí?



Las mismas, porque pensaba en Marión cuando descendí del tren en París y me encaminé al encuentro de mi extraño cliente.

(Tú, Marión, fuiste igual que Leonard Giron: un doloroso engaño... el último.)



Creí que me amaba. Por eso me dolió el tiempo ausente que debió postergar nuestros encuentros cuando mi padre enfermó.

Vine a buscarte a tu estudio, Jean Paul. ¿Tampoco hoy saldremos juntos?

Mi padre sigue mal. Me necesita a su lado, Marión.



Era un presentimiento o una necesidad de saber. No lo sé. Pero me quedé esperándola. Afuera, en el auto. Un poco más allá de su casa. Hasta que otro auto se detuvo y la vi bajar con un hombre.



Ha sido una espléndida velada, Marión. ¿La repetiremos?

Supongo que sí. Me resultas divertido, ¿sabes?

Yo también te necesito. Pero está bien. El tiempo no se acaba todavía. Esperaré. Me quedaré en casa leyendo. Voy a darte un montón de cultura.



¿Nada más que divertido? Tu me resultas... encantadora.



Yo le creía aún. Hasta la noche que señaló el dolor de la verdad inesperada.

Estoy bien ya, Jean Paul. Anda, da una sorpresa a Marión. Ve a su casa y llévala a cualquier parte. Diviértanse.



No me vio, sino hasta que el auto que la trajo volvió a partir y mis pasos le hicieron girar la cabeza.

¿Tú? Pensé que estarías con tu padre enfermo. Yo...



No es necesario explicar nada, Marión. Hubiese preferido escuchar antes esta explicación.

Fui. Su madre atendió mi llamado. Abrió la puerta y me mostró su asombro junto con su inquietud.

¡Jean Paul! No, mi hija no está... Salí... con unas amigas. Acaso regrese tarde.



Entiendo. Debo avisarle, pero fue imprevista la oportunidad de poder verla. Telefonaré mañana.

Una vez, al conocernos, te conté la historia de mis desencuentros de amor... serás el último. Ya no podré amar otra vez.

Si fueras menos trágico podrías entender. Soy joven, Jean Paul. Me dejaste sola mucho tiempo.





Inexorable, su punto de vista se irguió ante mí, como un inocente crimen. Pero había matado mi amor. Lo último que dijo antes de irse para siempre de mi vida, cobró sentido mucho después; ahora...

No pudiste con tu genio de detective. De-
biste haberme investigado antes de em-
pezar a quererme, asegurarte que era yo
la que necesitabas.

Sí, debí hacerlo. Como lo hice ahora, que
recopilé el pasado de la mujer que hubiera
sido capaz de amar, para brindárselo a su
hermana sobreviviente y vacía.

Monique me saluda. Me hace sen-
tar. Escucha el relato de un ayer. Sus
ojos parecen viajar al encuentro de
circunstancias que pudo compartir con
Agatha.

Ah, señor Debrisse.
Regresó usted pronto.
Mademoiselle lo
aguarda arriba.

Y eso es todo, señorita Vog-
gan. Su hermana fue una
buena mujer que amó sin
egoísmos, hasta el renuncia-
miento. Pero el amor le negó
su recompensa.

Sí, se la negó. Le daré un
cheque con sus honorarios,
señor Debrisse. Es el
momento de la verdad.

Me alarga el papel que acaba de firmar. Y
mis ojos se llenan de asombro cuando re-
corren las letras claras, legibles, que
forman un nombre...

¡Agatha Voggan! Entonces usted... es Aga-
tha. ¿Qué juego ha sido el suyo? ¿Qué
clase de burla?

Estaba enferma cuando se enteró de
mi paradero y fue a buscarme a Lan-
grés. Durante la semana que vivimos
juntas, me hizo contarle toda mi vida,
la que usted acaba de investigar... y
me contó la de ella.

Hay un pedazo de sol que se cuelga por la
ventana y traza una medalla de luz que
empieza a recorrer el piso, acercándose
a nosotros...

Ni juego ni burla. Sólo
cumplí la última voluntad
de mi hermana Monique;
ella fue quien murió una
semana después de traer-
me aquí.

El día que precedió
a su muerte me pi-
dió que hiciera es-
to: que lo llamara
a usted, haciéndome
pasar por ella y que
le encomendara la
tarea de recopilar mi
pasado.

La vida de Monique fue vacía, sí, pero no solitaria.
Disfruté de la fortuna que le dejó la tía que recogió
su orfandad. Pero tampoco encontré el amor. Es-
peré un año para cumplir su voluntad postrera. No
entiendo sus propósitos.



Entonces, Agatha me alarga una carta cerrada. La escribió Monique para mí, para que me fuera entregada en este momento de la verdad.



Marión era mi amiga. Ella me contó lo que pasó con ustedes, Jean Paul. Me contó la historia de sus desencuentros de amor, la que usted le hizo saber cuando se conocieron.



Acabo de recuperar a mi hermana Agatha. Se me ocurre pensar que la vida de ella y la suya se parecen en mucho. Ahora usted habrá investigado el pasado de una mujer que lo trajo a su casa con un engaño que tramé yo. Usted sabrá si es capaz de amar a esa mujer que necesita amor, el que usted puede darle.

Monique.

Recuerdo las palabras de Marión: "Debes haberme investigado antes de empezar a quererme, asegurarte que era yo la que necesitabas". Pensé que Marión sería mi último desencuentro de amor. Y acerté. Fue el último y el que me trajo a Agatha en forma extraña, definitiva. Y agradezco a Marión el haberle contado a Monique la historia de mi vida. Y a Monique el haber tenido esa idea insólita pero efectiva para juntarme a su hermana.



Entiendo todo. La fortuna de Monique Voggan pasó a manos de Agatha. Pero, acaso, su mejor herencia es la que incluyó en su última voluntad, que intentó reconciliarla con el amor.

Y bien, señor Debrisse, ¿aclarar algo esa carta de mi hermana?



Lo aclaro todo. Ya comprendí su intención.

Y Agatha aún no me entiende cuando, antes de irme, le digo:

Volveré mañana. Tenemos mucho que hablar' los dos. Hablar de Caryl, de André y de Leonard. Y de Solange, de Denisse y de Marión.



Sí, estoy muy sola aquí. Me gustaría hablar con usted. Conoce mi vida tanto como yo deseo conocer la suya.



Y al salir, el mayordomo cómplice de una última voluntad, me sonríe. El me verá volver todos los días; verá crecer un amor que nació en mí la primera vez que pisé esa casa. Por eso, me dice:

No lo olvide, señor Debrisse. Cuando venga mañana, pregunte por Agatha.

FIN

VAMOS A REÍR



-Estoy contento de haberme casado. ¡Por fin se han terminado las comidas de restaurante!

USTED TAMBIEN PUEDE SER DETECTIVE

Capacítese para la más
apasionante
y provechosa actividad.

En los Estados Unidos el 85%
de los crímenes y delitos son
descubiertos por detectives
particulares.

Infórmese sin compromiso
remitiendo el cupón a:

**PRIMERA ESCUELA
ARGENTINA
DE DETECTIVES**

DIAGONAL NORTE 825
10° Piso -BUENOS AIRES



CORRESPONDENCIA SIN MEMBRETE RESERVA ABSOLUTA

NOMBRE Y APELLIDO

Domicilio

Localidad Pcia.

29

INSTITUCION FUNDADA EN 1953



-¿ Por qué no probamos ahora con otro juego de platos?

historias de hombres y mujeres

Por CRISTÓBAL MARÍA PAZ

GORRIÓN... DEVUÉLVEME LAS MANOS CON QUE TE HICISTE LAS ALAS

DIBUJOS DE D. HAUPT

Escaneado por Esteban para Columberos.com

"Algunos adivinos privilegiados habían llegado a comprender el idioma de los pájaros y conversaban con ellos. Apolo-
nio lo había aprendido, comiéndose el corazón de un dragón!"



Melampo fue iniciado por dos serpientes a las cuales salvó del hacha de un leñador. Un día, durmiendo, las serpientes se le subieron hasta las orejas y estuvieron lamíendoselas blandamente.



"Cuando Melampo despertó, su oído había adquirido finura excepcional, y comprendía todas las voces del aire y todos los rumores. En una ocasión, oyó lo que se decían dos gu sanos que roían las vigas de una casa!"



Otoño. Pablo y Nora. Otoño. El jardine-
ro y "la niña mayor". Otoño. Ella
y él. Otoño. El aire tenía color cobre. Y
las hojas tenían color angustia. Otoño.
1920.



¿Puedo mirarla?

Nunca se lo prohibí.



Nunca le dije lo que acabo de decirle.

Yo sólo escuché una más de sus
historias; sus bellas historias de
pájaros.



Otoño. Las venas
eran ramas retor-
cidas y secas. Co-
bre. Los ojos y las
uñas eran de cobre.
La sangre en los
pulsos era cobre
machecado. El amor
era otoño.

Una palabra suya y todo será distinto. No habré
partido. Me quedaré aquí. Diga esa palabra.

Siempre resultó más difícil decir una palabra
que pronunciar un discurso.



¡Ya no somos muchachos!

Nunca más volveremos a ser muchachos. Sólo ellos, los jóvenes, tienen la torturante dicha de poder equivocarse.



Soy muy pobre ... pero, ¿por qué no se atreve a aceptar mi amor?

Nunca medí los sentimientos con la vara ingrata del dinero. Yo tampoco soy rica. Sólo apariencia. La mentira que quieren mantener viva mis hermanos.



Yo soy mucho más pobre que usted, porque no tengo a nadie que me espera. Sólo tengo sillones viejos, abanicos viejos, retratos de antepasados que hicieron el país, dicen...



Perdóname por atreverme a amarla.

Y yo le doy las gracias por atreverse a amarme.



Nora Figueroa Quintana (Soledad de Otoño Cobre), la "niña mayor", estrujó lentamente el pañuelo de encaje que tenía en las manos. Hubo un leve ruido de hojas secas que se deshacían entre los dedos...

... mientras subía hasta ellos un silencioso perito me celeste a lavanda silvestre. Gertrudis, la vieja ama de llaves, y confidente de Nora, se aproximó atravesando la larga galería que bordeaba la mansión de los Figueroa Quintana en San Benito de Palermo.



Pablo permanecía de pie. Pablo (Grito desgarrado de Otoño Cobre) tenía tomado entre sus gruesas y tremendas manos su sombrero de siempre "color tiempo".



¿Necesita algo, niña Nora?

No recuerdo haberte llamado.



Supuse que podría necesitar-me.



Te equivocaste. Esta vez no te llamé. Déjame sola, en el borde mismo de la cuna. Deja que me caiga, que me estrelle contra el suelo.

Gertrudis (Otoño bueno, pero sólo Otoño) se volvió de mala gana. Nora sabía muy bien que la anciana servidora o Luis, el mayordomo (Otoño agrio, pero Otoño bueno) los continuaban espiando escondidos detrás de las tupidas cortinas de cualquier ventana.



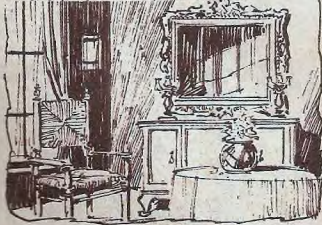
Nora Figueroa Quintana se había quedado soltera para poder permanecer junto al padre que la adoraba; y muerto éste, continuó soltera, para vigilar a los sobrinos que llenaban aquella casa...

... los hijos de sus hermanos. Nora era la única mujer entre los siete hijos de los Figueroa Quintana. Los demás eran varones que siempre estuvieron lejos de ella, en Europa o en las estancias...



... y también en Buenos Aires, pero salvando la "obligación" de visitar la vieja casona familiar, "el museo" como la llamaban las cuñadas, a quienes la finca de Palermo las "agobiaba" porque ahí se había detenido la vida. "Casa para niños... o para viejos", solían decir.

Casa para niños, porque hay muchas cosas que pueden entretenerlos. Casa para viejos porque el profundo amor filial empapaba cada objeto y cada ser que la habitaba.



Nora no quiso recordar. No quería hacer un balance de la vida que no había vivido, del tiempo que quedaba suspendido en el enorme vacío de su soledad. Tuvo miedo de vivir. De darse cuenta que vivía, de que tenía la obligación de aceptar su destino de mujer.



Pablo, por favor, cuéntame una de tus historias de pájaros.



Dicen que "el pico verde" guiaba la marcha de las colonias etruscas; los ejércitos antiguos avanzaban o retrocedían ateniéndose a la consigna de los cuervos y a la dirección de las cornejas.

"Un cuento musulmán dice que Salomón ordenó cierto día a los pájaros que sombreasen todos los caminos que conducían al Templo por él edificado, y los pájaros obedecieron."



"Aquellos que fueron al Templo desde los barrios más lejanos de la ciudad, marcharon bajo un palio de alas entrelazadas, como si anduviesen a la sombra de una frondosa selva."



¿Qué le ocurre a la "niña"? ¿Llora?

La "niña" no llora.

Tiene los ojos congestionados y se está conteniendo. ¡Nora, por Dios se lo pido, diga esa palabra!

Mañana es fin de mes. Con este salario usted completó los nueve mil pesos que necesitaba. Se acabaron sus historias de pájaros.

El mayordomo le pagará. Que tenga mucha suerte. Mi recuerdo a Loli Fingl. Seguro que habrá tejido un enorme mantel de handuty. Loli Fingl...

Ella lo está esperando en Asunción.

Ella ya no espera. Hace meses que no le escribo.

Una novia siempre espera.

Ella no sabe si estoy vivo o muerto.

Yo no sé si ella está viva o muerta. Una novia siempre espera. Un hombre siempre cumple la palabra dada. Las noches del Paraguay tienen forma de jazmín violeta.

¡Dígame esa palabra que está en su silencio y que yo necesito escuchar! Es una sola palabra.

... Adiós...

¡No es esa la palabra que yo espero!
¡Yo espero que diga: sí!

Yo espero que diga:
¡la mor!

Yo... yo debo decirle...
yo decirle...
adiós. ¡Adiós!

El otoño. El cansancio del otoño que es un pedazo de cobra en el tiempo. Los días que siempre serán cobre. Las horas que siempre serán otoño. Los minutos que siempre serán agonía oscura y ciega.

¡Lo amo, Gertrudis! ¡Lo amo y no puedo decir que lo amo!

¡Pobre mi niña!

¡Lo amo, desesperadamente! ¡Pero está Loli Fingl! Lo está esperando en Asunción, bordando handuty, con los ojos cansados de mirar siempre el fondo de la calle vacía, esperando un regreso que tarda en cumplirse.

Era un gorrión. Pablo era un gorrión, pero no tenía alas. Yo le hice un par de alas con mis manos para que pudiese volar alto y lejos y llegase de una vez y para siempre, al corazón herido de una novla que borda un mantel y una mantilla de Randuty.



Era el hombre que siempre había esperado: dulce, bueno; sin ninguna clase de fiera. Triste como un niño. Pablo Corderona, el amor que nunca será mi amor.



Pablo, el que nació en el otoño; el que llegó en el otoño; el que partió en el otoño con un "adiós" que era cinco cuchillos pequeños hirviendo la carne.



Pablo, el que contaba historias de pájaros y cuidaba las plantas del enorme jardín de la casona colonial de los Figueroa Quintana. Pablo que se hizo gorrión y se hizo cobre y se esforzó en el alma desesperadamente era morada de una muchacha que que era otoño. Nora otoño.

El principio. Un día cualquiera. Un hombre que llegó a la mansión a pedir trabajo.

Se llama Pablo Corderona. Es paraguayo.



¿Qué sabe hacer?

Es jardinero. Y justamente necesitamos uno. Dice que también sabe contar viejas historias de pájaros.



¿Cuánto piensa que debe ganar?

Nueve mil pesos.



¿Nueve mil pesos no le parece demasiado sueldo para un jardinero?

Yo no pretendo ganarlos en un mes, ni en un año. Trabajaré hasta acumular los nueve mil pesos y luego me iré.



Una emoción profunda conmovió a la mujer posturada que estaba latente en Nora Figueroa Quintana. Lázaro resucitaba. Ella ya tenía 35 años y él había cumplido los 37.



Pablo Corderona trabajaba siempre en silencio y se deslizaba por los senderos del jardín como temiendo que algún ruido pudiese lastimar a las rosas rojas o ensuciar a las rosas blancas que tanto quería la "señorita Nora", "la niña mayor".

Al anochecer se lo veía ir lentamente hacia los fondos de la enorme finca. Parecía concurrir a una cita puntual e invariablemente, aun en días de tormenta. Una tarde Nora descubrió aquel secreto del jardinero.



Del otro lado de la alta verja de hierro se reunía un grupo de niños, de aspecto muy huilide. Fabio repartía entre ellos manzanas y naranjas que acababa de sacar del huerto de la casa.



Atenas es una ciudad muy vieja y muy lejana. En Atenas, los niños de hace muchos años, cuando llegaba la primavera, iban de puerta en puerta cantando alegremente.



"La golondrina admite cualquier obsequio, aunque sea un pastelito pobre y pequeño. ¿Con las manos vacías de aquí saldremos? La golondrina llega bajo tu techo, y hoy, que a tu puerta llama, ábrela presto!"



¿Por qué siempre tiene que pedir perdón? Hasta que reúna sus nueve mil pesos nuestra casa será la suya. Yo quiero venir todas las tardes a escuchar sus historias de pájaros y habrá bizcochos y chocolates para los niños.



¡Niña Nora!

Luis, quiero escuchar qué es lo que les cuenta a los niños.



¡Mira cómo escuchan! ¡Tienen los ojos enormemente abiertos! ¡Y qué miradas, Dios mío! ¡Qué miradas más llenas de maravillas y de ángeles!



"Llegó la golondrina, bajó del cielo; nos trae la primavera y un año bueno; tiene alas negras y blanco el pecho. ¿No irás a tu despensa por pan y queso, por vinos bien maduros y agua con miel bien añeja?"



Luis, abra el portón. Que entren esos niños. Pueden ocupar la galería. Que Gertrudis haga preparar chocolate.

¡Perdón, señorita Nora!



Necesito esos nueve mil pesos para que Lolli Fingli, la muchacha a la que di palabra de matrimonio, no tenga que casarse con Rosendo Grenda, una mala persona que los extorsiona con una hipoteca.

Fue el comienzo. El encuentro de cada tarde. La ternura de las historias de pájaros. Los niños que se iban y ellos que se quedaban conversando o en silencio, esperando que el cielo y la tierra fueran definitivamente noche.

*Esteban/
Columberos/2019*



El padre de Loli tuvo que hipotecar su finca. Los negocios le anduvieron mal. Rosendo Grenda pide que le paguen o que Loli sea su esposa. Yo bajé a Buenos Aires porque aquí hay más trabajo y podré juntar el dinero más rápido.



Más tarde, cuando Pablo Corderona encontró la verdad de su amor, la confesión de aquella noche fue la barrera que separó al hombre y a la mujer; "al jardinero" y a "la niña mayor"; al dulce muchacho paraguayo y a la dulce muchacha argentina.

Ahora sé y lo siento que hay una diferencia entre querer y amar. A ella sólo la quiero: carlitos que se hacen desde chiquillos, ¿sabe? A usted la amo.



Viajero de otoño, hombre violeta con mirada de cobre y ojos de cobre llegó a Asunción vencido; llegó hasta la novia que esperaba y tejía flanduty.

Tu beso tiene un extraño sabor agrio, un sabor a fantasma, a olvido.

Traje el dinero. Vamos a pagarte a Rosendo Grenda. Que los viejos puedan dormir tranquilos esta noche.



Rosendo Grenda los recibió con hosquedad. No le importaba el dinero. Quería el amor de Loli. Entonces exigió además del pago de la deuda, el pago de cuantosos intereses.

¡No era lo tratado! ¡La palabra vale!

Iremos a la justicia. Se ha cumplido como se convino. No hay cinco centavos de más que pagar.



¡Yo te voy a dar!

¡No!



¡Nora! ¡No...! ¡Nora! ¡Nora!

¿Nora? El fantasma de tu boca tenía nombre: Nora.



Transcurrieron siete años, siete largos otoños. Muchas cosas ocurrieron entonces las siete plagas de Egipto. Un tormentoso amanecer de abril, un hombre manco del brazo izquierdo llegó a la vieja casona de los Figueroa Quintana, en San Benito de Palermo.

Todo estaba sumido en una media oscuridad. Se oía a tierra y a humedad. Casi no había muebles. El jardín y la huerta aparecían cubiertos de pastos malos. ¿Qué había ocurrido?



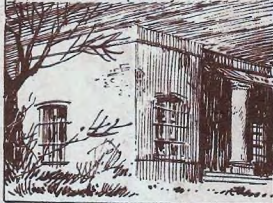
¿Quién anda ahí? ¿Quién ha entrado? ¿Eres tú, Gertrudis? Contéstame, por favor. La vela da poca luz.



Soy yo, "niña Nora".

Se cumplía el milagro del regreso. El gorrión había vuelto. Otra vez juntos, pero ahora era distinto. A Pablo le habían tenido que cortar el brazo que le hiriera Rosendo Grenda.

Los Figueroa Quintana habían caído en la más absoluta bancarrota. Maños negocios de los hermanos, despreocupación de todos; cada uno era un poco culpable de aquel destino inesperado y malo.



La pobreza alejó a todos. Se fueron los sobrinos. Se fueron también los amigos. El pobre Luis estuvo con nosotros hasta el último momento. Luego tuvo que ir a morir en un hospital. Me queda Gartrudis. Fui vendiendo muebles y cuadros para poder vivir.



Y te quedo yo también. ¿Ves cómo te tuteo? Loli comprendió qué nos ocurría. Me dio su mantilla de handtuty para que, si quieres, la uses el día de nuestra boda. Yo te quiero como siempre.

Yo te amo más que nunca.



El otoño trajo el amor, el milagro del amor que hizo del cobre oro y de la angustia y la tristeza, la esperanza y la alegría. Otoño. Nora y Pablo. Otoño. El jardinero y "la niña mayor". Otoño. El hombre, la mujer y el amor: primavera.

FIN

Esteban/Columberos/2019

DE BUEN HUMOR



-Cuando comenzó a probarse ese sombrero era de moda, señora.



-Siempre sufro la misma pesadilla, doctor. Veo que todas las tiendas están en liquidación y no puedo encontrar la billetera de mi marido.

EL JUICIO

Por **AUGUSTO PALADIÓN**

DIBUJOS DE **TAGGINO**

"Señor, nunca me des lo que te pida.
Me encanta lo imprevisible, lo que baja
de tus rubias estrellas..."

"...que la vida
me presente de golpe la baraja
contra la que he de jugar..."

"...quiero el asombro
de ir silencioso por mi calle oscura..."



"...sentir que me golpean en el hombro,
volverme, y ver la faz de la aventura."
Conrado Nalé Roxlo.

Eran exactamente las nueve de la noche cuando aquel hombre
venía caminando por la calle Aráoz hacia Córdoba. Y fue en la
esquina de Loyola donde comenzó aquello.

¿Señores...? ¿Qué desean?



Es usted Ismael Almendias, ¿verdad?

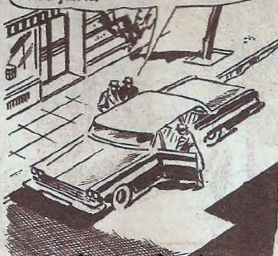
"Sí, lo soy -afirmó el hombre con cierto
imperceptible temblor en la voz.

Tiene que acompañarnos. Tenemos orden
de arresto contra usted.

Pero... ¿por qué?



Ya se enterará usted en la instrucción
de su juicio.



Quizá el arma que llevaba encima o quizá
el mismo imprevisible de todo aquello hizo
que el llamado Ismael Almendias se re-
cluyera en el silencio y no hiciera más
preguntas ni exigiera ver su orden de de-
tención.

(¡Si pudiera deshacerme de la pistola!)



El auto tomó por Warnes hacia Chacarita. Nadie hablaba mientras Ismael Almendías se debatía en marchas y contramarchas de conjeturas.



Nadie respondió a sus innumerables preguntas mentales.



El automóvil se había detenido junto al oscuro y asfixiante paredón del Cementerio de la Chacarita. La mirada del prisionero buscó en la vereda de enfrente el lugar a donde lo conducirían, pero uno de aquellos hombres lo tomó del brazo y lo condujo hacia... el paredón.



Sólo cuando Ismael estuvo a dos pasos de la alta pared, sus ojos vieron aquella pequeña y fugitiva puertita.



Había tanta confusión en su espíritu, que ni las palabras encontraba a mano.



El prisionero no podía conceptualizar aquello que veía. Ambiguamente pensó algo acerca de la escasez de edificios públicos.



¿Cómo se llama?

Ismael Almendías.



Bien, aquí está: chapa ANS 22.160.



Ante el silencioso asombro de Ismael, aquel hombre del mostador le colocó una pequeña chapa roja detrás de la solapa de su perramus.

Espera en la sala. Lo llamarán por su número.



Fue como lanzarse a un mar de conversaciones, murmullos, risas y lamentos. Caminó por entre esa gente y sintió que les era indiferente, que nadie había reparado en su arribo.

(Todos parecen estar encerrados en sí mismos. Hablan pero nadie los escucha.)



Pero no era así. Alguien había notado su presencia.

¿Es la primera vez que usted viene aquí?



Sí; ni siquiera sé por qué me han traído.

Eso dicen todos. Pero no se aflija porque ya se enterará usted cuando esté allí dentro.

¿Qué hay allí dentro?



-Están los jueces-repuso la mujer mientras ambos (todos los que estaban en la sala también) miraban la puerta negra que acababa de abrirse para dejar salir a un hombrecito de triste aspecto.



Un hombre salió de entre la multitud -que siguió charlando como si tal cosa- y subió la escalera hacia la puerta negra que se abrió a su paso.



¡Pobre! Ojalá sepa defenderse.

¡Cómo! ¿Uno se tiene que defender solo? ¿No se puede llamar a un abogado? ¿Qué clase de juicio es éste?



No, amigo; no haga usted comparaciones con otros juicios o con otros fueros. Aquí todo es distinto. Se ve que es la primera vez para usted.

Numero RX L 2, 342. ¡Pase!



-¿Y usted...?



Sí; yo ya he venido otra vez cuando... cuando iba a nacer mi primer hijo. Yo no quería tenerlo, ¿sabe? Y entonces me trajeron a juicio y... me juzgaron.

-¿Qué pasó entonces?

Oh, nada. Mi primer hijo ya tiene doce años. Sí, ya hace de aquello doce años y pico.



-¿Y ahora? ¿Por qué la trajeron esta vez?

Ya le dije que uno se enter de eso cuando está allí dentro.



-Número NSY 9705. ¡Pase!

Es mi turno. Quizá no vuelva a verlo a usted jamás, amigo, pero recuerde este consejo: no se deje tentar y espere el juicio sin rebeldías inútiles.

Ismael vio cómo aquella mujer subía la escalera con cierta amargura y, también, con cierta decisión.

("No se deje tentar y espere el juicio sin rebeldías inútiles.")

Se puso a caminar. Y mientras deambulaba por aquella sala inmensa, iba pensando en las palabras de aquella mujer sin poder encontrar el sentido.

(¿Qué me habrá querido decir?)

Caminando y pensando comprendió dos cosas: comprendió que cuanto más caminaba, más grande parecía aquella sala...

(Es de nunca acabar. Parece infinita.)

Y comprendió también que sería inútil tratar de informarse entre aquella gente que parecía tan ignorante y tan extranjera como él. De sus dos observaciones concluyó cuál sería su actitud:

Esperaré lo que tenga que venir sin preocuparme. Pensaré en cualquier cosa. Por ejemplo, en cuándo haré lo que pensaba hacer esta noche.)

Fue en aquella altura de su reflexión que se sobresaltó y su palidez natural se le hizo extensiva al alma.

(¡La pistola! ¡Si me encuentran la pistola estoy perdido!)

Comenzó a buscar un lugar en donde esconderla, en donde nadie la descubriera.

Quizá pueda envolverla en mi pañuelo y dejarla debajo de algún banco. ¡Pero todos están ocupados!

Llevaba como media hora de búsqueda cuando vio aquella puertita.

(Es como la del paredón. Quizá sea un baño y entonces...)

Alentado por su conjetura tomó decididamente el picaporte y empujó.

sin vacilación se introdujo en aquella vacía salita. Algo le golpeó en la sien.

("No se deje tentar...")

Pero su mente ahogó toda pusilanimidad. Aquella salita tenía otra puerta que se abría a un oscuro pasillo.

(Vamos. No pierdo nada.)



Casi gritó de alegría cuando descubrió la salida de aquel largo pasillo. Se acercó a ella sigilosamente, pero no había nadie. El camino a la libertad estaba expedito.

(¡El cementerio! ¿Cómo podré encontrar ahora la salida?)



Después de largo rato de caminata por entre los sepulcros, se detuvo a descansar. Tenía la angustiosa sensación de ser observado, de ser seguido, de ser guiado. Desechó de su espíritu toda sombra de temor y estaba pensando objetivamente en su situación, cuando vio aquel tenue resplandor que parecía emerger de una tumba.



Apoyando sus manos al borde del sepulcro, acercó su cabeza a la abertura aquella y miró. Miró y vio.

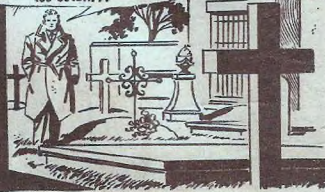


Mientras avanzaba por la oscuridad iba pensando que atrás dejaba la posibilidad de ser libre definitivamente, pues si él era inocente de cualquier culpa -como pensaba-, ¿por qué le temía a ese juicio que sólo podía sobreseerlo de cualquier cargo?



El vasto cementerio se extendía a la mirada de Ismael Almendías como un Sahara infranqueable, como un laberinto bordeado.

Bien; ningún temor es ahora posible. Los muertos, muertos están...



Se acercó con pasos decididos, con cierta dureza, con cierto desafío.



Aquello fue incomprensible, incomprensible, inexpresable. Lo único asible fue la reacción que aquella visión suscitara en Ismael Almendías: se echó a correr con toda la fuerza de su cuerpo y de su alma.



Corrió hasta creer que había agotado el mundo bajo sus pies. Fue entonces cuando se encontró con quien parecía ya esperar...

¡Aquí acaba su huida!



Y entonces, como quien se cobija bajo la firmeza protectora de un padre o de un amigo, Ismael se dejó tomar del brazo y conducir nuevamente a la gran sala de espera.



No se aleje porque pronto será su turno.

Cuando se quedó solo recordó las palabras de aquella mujer y les encontró sentido: "No se deje tentar y espere el juicio sin rebeldía inútil".



(Ella me advirtió que no huyera, pero yo no me di cuenta.)

Número ANS 22 160. ¡Pase!



Subía como demorando los escalones del patíbulo.

El hombrecillo lo condujo de la mano hacia un banqueto ubicado exactamente en medio de aquel recinto. Se sintió acorralado entre tan altos entarimados.

¿Quién es y de qué es convicto?



El fiscal se puso de pie para responder al juez:

Su nombre es Ismael Almendias: su cargo: homicidio inminente.



¿Cuál es su defensa, hijo?



Soy inocente. No se puede juzgar por las intenciones.

Escuchemos al fiscal -propuso otro de los jueces.

Señalaré los hechos más sobresalientes de la vida del reo para ilustrar a Ustia.



Bien; y tú, hijo, defiéndete si hay injusticia en los cargos.

"Ismael Almendias se casó con Marieta a los 23 años de ambos y tuvieron una niña. Cuando la niña cumplió cinco años, Marieta murió de pleuresía y llanto: a seis años de su matrimonio tuvo la certeza de que su amado esposo no la quería."



(Marieta, ¿es posible que yo me haya engañado durante tanto tiempo? ¿Que mi egoísmo haya sido tan ruin, tan ciego? ¿Es posible, Marieta, que haya amado a mi propia imagen en tus ojos?)



"Una vez viudo, Ismael quiso completar su libertad de movimientos; internó a su hija en un colegio en el cual aún está."

Papá, ya no soporto más esta tristeza de tenerle y perderle cada día. Es como si te me esfumaras. A veces creo que no te conozco, que somos tan extraños que un día nos cruzaremos en la vida y ni siquiera nos miraremos.



(Tienes razón, hija. También mi vida es un vacío. A veces me sorprende pensando en mí como si a nadie tuviera en el mundo, como si no fueras mi hija. En esos momentos tengo deseos de salir corriendo a buscarte, pero el mundo me tiene aferrado con sus garras.)



"Una vez lograda esa libertad exterior, Ismael se sumergió en el tráfico del mundo."



"Cada vez más se sumergía en el desfilfarro, en la inercia del azar, en la soledad."



"Hasta que llegó a no tener más dinero."

"Pagaré ese interés, pero necesito el doble de lo que le debo."



"Bien, bien. Fírmelo aquí."

"Llegó un momento en que no hubo más dinero para mí. Llegó un momento en que todos me exigieron la devolución de lo adeudado a mi vida o mi sangre. Llegó el momento en que tuve que tomar una extrema decisión ante la implacabilidad del prestamista."



"Su mente (en los últimos tiempos frecuentemente visitada por el alcohol) aceptó aquella salida liberadora."



"Pero su alma, ¿su alma aceptó esa... solución, hijo?"



El acusado callaba.

No le hable, Usía, al reo acerca del alma porque ya no tiene memoria de ella. El perdió su alma, sin quizá darse cuenta, en el tapete del póker o, quizá, en la firma de un pagaré."



"¡No, no es verdad! Ustedes no tienen derecho a sentenciarme por algo que aún no he hecho."



No, hijo; nadie te sentenciará sino tú mismo. En este Fuero la sentencia la dicta el mismo reo."

No entiendo. ¿A qué obedece toda esta farsa? ¿Por qué permitieron que yo huyera por aquella puerta si me tenían vigilado?"



Eso fue para testimonio de que nadie puede huir del juicio que le corresponde."

También ha tenido otro sentido, hijo, esa... escapada tuya. En ella se te ha concedido la visión de..."

"¡Oh, qué horrible aquello! ¡He visto en aquella tumba el mismo Infierno!"



¿Ya le recomendaste a tu familia leer: «Mi novia y Yo»?

Lo que usted ha visto, Ismael Almendias, fue su propia alma. ¡El juicio ha terminado!



Anonadado por las palabras del juez, Ismael no se dio cuenta de que el hombrecillo lo tomó nuevamente de la mano y lo condujo hacia afuera del recinto del Tribunal. Sólo cuando estuvo ubicado en el automóvil, tuvo conciencia de sí mismo.

¿Adónde vamos ahora?



No haga preguntas y tome, guárdese su "juguete".



Como el de ida, el viaje de vuelta fue silencioso y caviloso para Ismael. Pasaba y repasaba cada una de las palabras que había oído esa noche.

Ya llegamos. ¡Bájese nomás!



Se bajó tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta que el automóvil continuaba la marcha y lo dejaban a él en medio de la calle. Subió casi mecánicamente a la vereda y caminó hacia la esquina.



En la esquina comprobó que se encontraba en Aráoz y Jufré, es decir, a dos cuadras de Aráoz y Loyola, lugar en donde lo habían detenido. Como ya se estaba acostumbrando a no comprender, dejó pasar por alto aquella imprecisión.



Fue en el preciso momento en que miró su reloj pulsera cuando Ismael Almendias emergió de aquel aletargamiento.



¡Las nueve y cinco!

Ya había llegado a la calle Córdoba. Estaba a sólo una cuadra de su destino. Pero se apoyó en la pared de la esquina y se puso a reflexionar.



Ninguna conjetura satisfacía su espíritu. ¿Sería posible que él hubiera caminado dos cuadras durante cinco minutos en estado de somnolencia y hubiese soñado todo aquel disparate?

(Partiré de cero para no dejarme embucar; hoy es jueves primero de junio de mil novecientos...)



(... sesenta y siete y son las nueve y siete minutos de la noche y yo, Ismael Almendias, tengo algo que hacer en el café de la esquina de Córdoba y Canning.)



Unos pasos antes de llegar a la confitería Gamanara, Ismael dejó en el olvido toda conjetura, toda preocupación, toda distracción.



¡Allí está. Como siempre en su mesa del rincón.



La mano de Ismael buscó el arma mientras sus ojos no se separaban de la figura del prestamista que en ese momento hacía cuentas sobre una servilletita de papel.

(Vas a morir sacando intereses)



Ismael extendió su brazo armado y apuntó a la cabeza del usurero. Nadie había en la calle en aquel día lluvioso y frío. Para asegurar el primer disparo, se colocó junto a un árbol y se afirmó contra él.



Y fue entonces, en aquel preciso momento decisivo, en que algo le detuvo la mano, le detuvo el aliento, le detuvo el corazón.



Su mano había palpado aquello. Y ahora lo tenía frente a sus ojos sin poderlo creer.



Ismael tomó aquella pequeña chapa roja comprendiendo que era el signo innegable de la aventura que había tenido aquella noche en la Chacarita. Guardó su pistola y siguió caminando bajo la lluvia por la calle Córdoba.

(¿Aventura mental o real?)

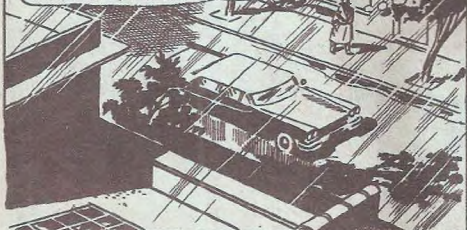


Al no poderse contestar a esa pregunta, Ismael Almendías supo que debía abandonar todo intento de comprender aquella realidad inabismable.

(Esta noche he revivido toda mi pasada vida. He comprobado los innumerables errores, pero también he entrevisto la posibilidad de redimirlos.)



(Esta noche he sido puesto ante el Tribunal de mi propia conciencia. Se ha celebrado el juicio y yo mismo, el reo, me he dictado la sentencia: ¡Culpable!)



(Desde ahora mi vida tiene un objeto y un sentido: cumplir la penalidad a que me sentenció mi conciencia: desandar lo mal andado en mi vida.)



FIN



EL NUEVO METODO

de TECNICO RELOJERO CRONOMETRISTA



GRATIS

El más moderno equipo de herramientas profesionales

**VENTA DE
FORNITU-
RAS a todos
los relojeros
del país.**

**AHORA ADOPTADO POR LA
1ra. ESCUELA SUIZA DE RELOJERIA**
1ra. en todo, avanzada de la educación
que le posibilita arreglar relojes desde
el primer momento y ganando dinero.

Visitenos o solicite informes lie-
nando hoy mismo este cupon.
No se arrepentirá!!

Sr. Director de la 1ra. Escuela Suiza de Relojeria Sarmiento 1175
Capital. Solicite folletos explicativos sin compromiso.

Nombre _____

Dirección _____

Localidad _____

F.C. _____

COLUMBA



**1ra. ESCUELA SUIZA
de RELOJERIA**

SARMIENTO 1175 Tel. 35-0264 Cap.

BUEN HUMOR



-Ha sufrido un desmayo. Es que
acaba de recibir una carta de
nuestro hijo que está en la ciu-
dad estudiando, y en ella no le
pide dinero.



-Si este perfume es tan efectivo
como usted dice, ¿por qué aún
permanece soltera?

JULIET JONES

SOFTRESS SHAMPOO

Por STAN DRAKE

Intervalo Album 199 - 11-1967



Eso, sostiene él, fue logrado haciéndolo todo él mismo: desde el mínimo detalle del embotellamiento, hasta la contratación de las modelos.

Usted le va a gustar. Son las otras modelos las que lo ponen furioso.

El señor Teague, mi querida señorita, es una abalancha humana. Consiguió convertir el champú Softress en el número uno del mundo.



¿Darme vuelta...?

¿En qué idioma tengo que hablar? ¡Dése vuelta!

En el negocio del champú, la parte de atrás es más importante que el frente. Está bien. Esta va a servir. Pero quiero que venga la otra modelo.



Ya se lo he dicho. Quiero una chica de algo más edad que ésta. No una anciana desvencijada, pero un poco más vieja. Usted puede irse, señorita.



Tiene que tener clase, dignidad... belleza. ¿Es que no hay en toda la profesión de modelo una sola mujer que tenga estas simples virtudes?



Siga buscando. A usted le dije que se fuera.

¡Juliet!

¡Juliet!

¿Qué quiere decir Juliet? ¿Tiene algo que ver con esta chica, señorita Paine?



La otra modelo a quien buscaba... la que es algo mayor que yo... y tiene dignidad... y tiene belleza... y... y... ¡Esa es Juliet!



¿Para qué agencia trabaja?



Para ninguna. Juliet es... es mi hermana.

¿Su hermana? ¿Y no es modelo profesional?



Es como usted la describió, señor Teague. ¡En serio! ¡Es perfecta!



Está bien. Mándela. Voy a verla.



Hum... Es... no será tan fácil.

¡No puedes hablar en serio, Eve! ¿Yo, modelo para un aviso de champú?



El señor Teague quiere un equipo de hermanas. Y, por la descripción que hizo, la que él necesita eres tú, Juliet. ¿De veras.



¡Célebres palabras! "Eres tú, Juliet".

¡Cállate...! No, Juliet. Estaba hablando con Skeets. ¡Tienes que venir, Juliet!



Por el modo como Eve me lo planteó, fue imposible decirle que no, papá. Insiste en que mi ida significará mucho para su propia carrera de modelo.



De modo que la hermana mayor se guarda su orgullo y se arroja en brazos del desastre.

¿Cuándo llega a la ciudad la hermana de esa modelo rubia?



Manana por la mañana estarán aquí las dos, señor Teague.

El señor Teague no habla... la-dra... Pero no dejes que te asuste, Juliet.



Ni lo he visto... y ya estoy temblando.

¿Lista, alteza?



Como siempre... a sus órdenes, señor Teague.

Esta es mi hermana, señor Teague.



¿Puede hacer algo con ella, princesa?

La estructura ósea es normal... ¡pero qué manera pateable de vestirse!



Y este peinado es una reliquia de la era victoriana. Pero ahora vivimos en el siglo XX.



¿Me sigue, por favor?



¡Juliet! ¡No te enojés!



Eso no significa nada. Esa es la forma en que tratan a las modelos.



¿Como si las modelos no fueran seres humanos?

¿Como si fueran robots... sin sentimientos... sin cerebro, sin...?

¡Cállate, Juliet! ¡Puede oírte!



Y ahora, transformaremos a esta aldeana en una visión.



¡Princesa!

Luego...

Es que todavía es de noche...



Está amaneciendo, hermana.

No soy una aldeana. Soy un ser humano. Y, si no es mucho pedirselo a una princesa...



...por favor, trátame como a un ser humano.



¡Y yo siempre creí que ser modelo era la jauja!



Las modelos somos personas madrugadoras. El maquillaje lleva mucho tiempo.



Es una profesión comparable solamente a la de los condenados a trabajos forzados.

No estoy segura de poder enfrentar a ese dragón a esta hora de la mañana.

Juliet... tú prometiste que...



Ha llegado diez segundos tarde. Por favor, desvístase.

¿Aquí...?



Juliet... eres tan ingenua!...

¿Cómo quieres que supiera que me ordenó desvestirme detrás de un biombo?



Llene el labio inferior de la más vieja. Es demasiado delgado.

¡Uuumpf!



La más vieja se llama Jones. ¿Podría recordar ese apellido plebeyo, princesa?



¿No está lista todavía?



Señor Teague, tengo que presentar una protesta. Esta, la más vieja, es insubrible.

No puedo, a pesar de todo mi arte, convertir en dama a una rústica.

¡Esto es el acabóse!



Lo siento, Eve. Creo que no estoy construida para esta clase de servidumbre. De modo que yo...



¡Espere!

Usted está construida en una forma que a mí me agrada. Aquí el que manda soy yo. ¿Se queda, señorita...?

Jones. Su Alteza también tiene dificultad en recordar el apellido.



Usted es nueva en este oficio, señorita Jones. ¿Lo ve? He recordado el apellido. El trabajo de modelo requiere un poco de adiestramiento. Póngase su ropa de calle y venga conmigo, por favor.



¿Adónde?

Al paraíso, señorita Jones.



El famoso atractivo de Hardy Teague, que él pone en acción solamente en las más especiales ocasiones... ¡y que siempre es eficaz!



Usted puede irse. No vale la pena trabajar con una loca por vez.



¿Adónde...?

¿Pregunta dónde está su hermana, señorita Jones?



Este, señorita Jones, en el paraíso.



¿De modo que éste es el paraíso, señor Teague?

En efecto, señorita Jones.



Es igual que... que una cabaña situada a millas de un teléfono.



Es eso exactamente. Especialmente en cuanto a los teléfonos, fíjese que no hay uno solo a la vista.

Sospecho que la arrancaron de la cama al amanecer... y no ha desayunado. ¿Cómo le gustan los huevos?

No muy fritos...,
Señor Teague...

¿Está... esa criatura...
con él... todavía?

¿Me va a preguntar por qué tengo este oasis en medio del loquero de mis negocios?

Sí.

Puro champú y poca diversión convertirían a Teague en un muchacho aburrido. De modo que, cuando tengo ganas de destrozarlo todo..., desisto de la idea y vengo acá a encerrarme en los bosques.

¿Leyó alguna vez a Thoreau? Dijo: "Cuando quiero recrearme, busco la floresta más profunda."

Si se refiere a la señorita Jones, sí.

¡Epa! El tiempo se ha acabado en el paraíso. ¡De vuelta a los negocios!

Señor Teague, es
toy curiosa...

¿Me hizo venir acá porque quiere que pose para su champú, o...?

¿O porque usted me gusta, es lo que iba a preguntarme?

Sí.

Es curioso que lo mencione. Eso mismo estaba preguntándole.

Danos los detalles sabrosos, Juliet. ¿Qué pasó cuando fuiste al paraíso con el divino Teague?

Nada.

¡Nada...! Entonces no habrá sido el paraíso, sino algo muy aburrido.

El único interés del señor Teague consistió en iniciar su campana para la publicidad del champú Softress. Nada más.

El señor Teague es muy terco. Quiere a Eve... y me quiere a mí... para su campaña publicitaria, de modo que...

Hay alguien a la puerta. Atenderé yo.



¿Quién es, Skeets?



¡Ni te lo vas a imaginar!



Me atreví a suponer que usted estaría libre esta noche, señorita Jones.



Bueno..., podría hacerme la melindrosa..., pero la triste verdad es que estoy totalmente libre.



Más tarde...

¿No sabe nada tu hermana acerca de los hombres? ¡Regla número uno: para conquistar a un hombre, hay que hacerlo sufrir primero!



Señor Teague...



Llámeme Hardy, Juliet.

Usted se ha pasado toda una hora sin tocar la comida. Lo único que ha hecho es estudiarme. ¿No tiene apetito...



...o yo se lo hice perder?

¿Bañamos?



He pedido un tango. ¿Sabe bailar?

Haré la prueba.



Tengo la ligera impresión de que no he sido invitada..., sino de que estoy siendo observada.

¿Qué hace mañana a las 8 de la mañana?





¿Quiere saber si estoy libre a esa hora?

Eso mismo.



Bueno... tengo que ir al estudio a las 9.

Olvédalo. Vaya a esta dirección y déles esta tarjeta.



¿Qué lugar es éste?

Ya lo sabrá. Bien, es hora de volver a casa. Necesito dormir bien.



No lo olvide, Juliet. Preséntese puntualmente en esta dirección.

Estaré allí.



¿Y bien...? ¿Estuvo Teague encantador?

Queremos todos los detalles deliciosos. ¡Detalles!



Aquí los tienen: una tarjeta comercial de Hardy Teague, con una dirección en ella. Tengo que estar ahí a las 8 de la mañana... puntualmente.



Avenida Adams 237... Eso queda en pleno centro... ¿Qué será?

Tal vez sea una joyería cara. Posiblemente, el señor Teague querrá sorprenderte con un brazalete de diamantes.



No, eso no queda en el distrito de las joyerías.



¿Pielés?

Tampoco, chica. No hay peleteros en esa zona... Pero, ¿qué será?



Tuve una pesadilla. Soné que Hardy Teague te ordenó estar en cierto lugar a las 8.

No fue una pesadilla, señorita...



...sino una orden.



(Esta es la dirección... Cuando encuentre la oficina 1050 sabré para qué he venido.)

(Merriam y Cía... Podría tratarse de cualquier cosa.)

Tengo una citación para las 8. No sé a quién tengo que ver, pero el señor Hardy Teague preparó la entrevista, y...

El doctor Merriam la verá en seguida.

¡El doctor Merriam!



Buenos días, señorita Jones. ¿Podemos empezar?

Yo... supongo que sí...

Se sentará a esa mesa y dispondrá esas piezas de madera en la forma que más le plazca.

¿Qué?

Este es el edificio en el cual está Juliet, Skeets. Pero aquí debe haber millones de oficinas.



El tiempo se ha acabado. Eso es todo.

He obedecido casi durante tres horas, doctor Merriam. He jugado con piezas de madera, llenado páginas en blanco, contestado a preguntas...

...hasta tener dolor de cabeza. Ahora, ¿me querría decir qué he estado haciendo durante todo este tiempo?



Los resultados son confidenciales, señorita Jones. Se los comunicaré al señor Teague. Buenos días.

¿No va a decirme qué pruebas me ha estado tomando?

Lo siento.

¿De modo que la señorita Jones tiene calificaciones altas, doctor Merriam? Mi instituto ha estado acertado nuevamente.)





Skeets podría tener razón. Hardy Teague puede haberte hecho tomar esas pruebas para asegurarse de que eres lista.



Entonces, podrá usar el slogan: "Las chicas listas usan el champú Softress".



¿Qué circunstancias, señor Hardy?

Estas pruebas, Juliet.



¿Quiere decirme para qué me fueron tomadas esas pruebas, por el amor de Dios?

¿Es que no se ha dado cuenta?



...y que usted va a utilizar el slogan: "Las chicas listas usan champú Softrees". ¿Es así...?



Entonces, no entiendo...

No le hice tomar las pruebas para usar el slogan, Juliet... sino para averiguar qué clase de esposa sería usted.



Egidio Esteban/2019





¿Cómo podría dejarlo tranquilo a Hardy Teague, princesa? No estoy interesada en él sino como empleador.



¡Pero el señor Teague está interesado en usted! ¡Y lo que el señor Teague quiere...



¡Ah, gracias por los detalles! ¿Adónde vas?



Sugiero que el que olvida su lugar es usted, señor Teague.



¿Dices que huyo del señor Teague porque le tengo miedo?

Bueno...

...no exactamente. Es sólo que un hombre como el señor Teague es tan... persuasivo... Una chica no sabrá qué hacer... cómo resistirlo.

¿Y crees que debo sentirme halagada por su propuesta matrimonial?

Veamos los hechos como son: él no es el más feo... ni el más pobre, ni el menos atractivo hombre del mundo, Juliet.

Actúa como si nada hubiese sucedido, Juliet. Como si Hardy Teague nunca te hubiera propuesto matrimonio.

Yo actuaré así, pero... ¿cómo va a reaccionar él?

Se dará cuenta de que no significa nada para ti.

Fruncirá el ceño... y pasará a la siguiente chica. Acuérdate de mí.

Parece fatigada, señorita Jones. ¿Ha dormido mal?

No precisamente, princesa.

El señor Teague quiere verla inmediatamente, señorita Jones.

Dígale al señor Teague que estoy ocupada.

No, no es a usted. Quiere ver a la señorita Eve Jones.

¿Quiere verme a mí?

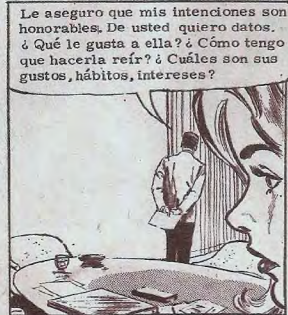
¿Está segura?

Segura. Y dijo: "inmediatamente".

Esa maniobra es rutinaria en el método Teague.

¿El método Teague?

El movimiento de flanco. Si no puede capturar el objetivo mediante un ataque frontal, ataca el flanco indefenso.



Todo lo que el mensaje decía era que estuviésemos en el yate para una serie de fotografías para la campaña publicitaria.



Probablemente, iremos a alta mar para evitar el telón de fondo de la ciudad.



¡Tal vez nos estén raptando, Juliet!

Romántico... pero totalmente impráctico, señorita Jones.



Un crucero de trabajo exclusivamente. Tranquílicese. Quiero que las modelos Softress personifiquen la tranquilidad. Cálmense, señoritas, a cuenta de Softress.



En la oficina dijeron que las fotos serían tomadas aproximadamente en una semana.



¡Ah! ¿Volveremos a tierra para el atardecer, capitán?

Yo diría que sí, señorita Jones. Pero no estoy muy seguro...



Tengo la sensación de que nos estamos moviendo.



Tu sensación es correcta. ¡Zarpamos, Juliet!

... de cuál atardecer.



En el reglamento de la Compañía Teague no figura ningún a disposición que impida que, mientras ustedes están empleadas en la empresa, no puedan gozar de un crucero en el yate de Teague.

¿Crucero?



¡Usted!



Juliet... la verdad... ¿estás enojada como lo aparentas?



¿La verdad...? No.



Hum... Ya me parecía.

Quiero que prepare exactamente el menú que le dejé escrito.

Bien, señor Teague.

¿Y consiguió esas flores?

Exactamente como usted las ordenó, señor.

Muy bien.

Propongo un brindis... por mí. Por mi asombroso buen gusto de invitar a bordo a dos de las más hermosas mujeres del mundo.

¿Cómo supo el señor Teague que las arvejas que a mí me gustan son las verdes? ¿Alguien pudo haberse lo dicho, Eve?

Me sacaría la verdad de a pedazos. Sí, él me lo preguntó. Además, sé que has disfrutado de la cena.

Bueno..., podría mentirte, pero tú eres muy lista.

Hermosa luna, ¿verdad?

Si fuera suspicaz, yo pensaría que toda esta perfección fue ordenada por usted.

No fue ordenada, precisamente...

...sino ansiosamente deseada.

Le rogué a Eve que me dijera qué sientes realmente acerca de mí.

Hardy...

¿Quién dijo nada acerca de ser justo? Lo único que sé es lo que yo quiero.

...no es justo preguntar a una mujer qué siente por un hombre, estando a bordo de un yate hermoso... con una luna fabulosa..., y con música suave.

Egidio Esteban/2019

Hardy... aquí todo es tan irreal, la vida no es un crucero de lujo bajo una luna romántica.



Tal vez tengas razón, Juliet.

Todo lo que necesitas es el yate. Yo lo tengo. En cuanto a la Luna, ya lo tengo todo arreglado. Simplemente viviremos nuestra vida siguiendo las cartas marinas.



¡Tú no me lastimarás, Hardy! ¡No permitiré que me lastimes!



¿Lastimarte? ¡Lo que quiero es amarte!

Juliet... ¿qué pasa? ¿Qué hizo él?

¿Hacer...? Nada... Y, sin embargo, lo hizo todo...



Preparé un magnífico escenario, y esperé a que yo declarara mis sentimientos.



Juliet... ¿podrías tú amar a un hombre como Hardy Teague?

No puedo contestar a esa pregunta... porque no sé qué clase de hombre es él.



¿Cuánto tiempo?



Dos semanas, princesa. Pero, si hay algún mensaje que quiera enviar al señor Teague, se lo haré llegar por radio.



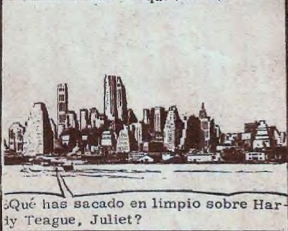
¡Mensaje!

Hardy Teague
PRIVATE

Ya le daré un mensaje... apenas haya tocado tierra.



Un crucero de una semana ha dado a Juliet mucho en qué pensar.



¿Qué has sacado en limpio sobre Hardy Teague, Juliet?

Es duro, agresivo... casi cruel...



...pero también es intuitivo... comprensivo... paciente... y... y...



...y te sientes subyugada por él.

Quiero que sepas que, cualquiera sea tu decisión, los días pasados han sido maravillosos para mí. Y te haré una promesa.



¿Promesa?



No descansaré una semana hasta haberte obligado a capitular. Usaré todas las tretas y artimañas para conquistarte.

Porque eres muy importante para mí. Y lo que es importante para Hardy Teague, Hardy Teague lo consigue. De modo que ponte en guardia.



¡De vuelta al dulce hogar! Yo contestaré a la puerta, Juliet.



¡Está bien, está bien!



¡Oh, es usted!



¿Está su hermana aquí?

Quiero hablar con ella en privado. ¿No se opone?

¿Oponerme...? Bueno, creo que no, princesa.



No se moleste. No tardaré. ¿Le propuso Hardy Teague matrimonio?

¿Qué...?



¡Vamos, señorita Jones! A usted le han hecho el tratamiento Teague patentado: yate, plenilunio, un estudio de Chopin y una promesa de amor eterno.



Y bien, ¿cuál fue su respuesta?



¿Qué derecho tiene a hacerme preguntas personales, princesa?

Legalmente, ninguno.



Pero normalmente, todo el derecho del mundo. ¿O usted cree que la ex esposa de un hombre no tiene ningún derecho?



¡Ex esposa!

¿Quiere decirme que usted es...?

Quiero decirle que soy la ex
señora de Hardy Teague.

Es decir que usted, como ex esposa
de Hardy Teague, me está advirtiendo...

...de que no debe mezclarse
con él. Es mi propiedad priva-
da.

El señor Teague pertenece a una especie
de club de créditos matrimoniales. Y él
puede permitirle el lujo de pagar los fa-
bulosos costos de los alimentos que sus
caprichos le cuestan.

Supongo que la princesa
te dijo lo de mis
anteriores matrimo-
nios.

Sí.

¿O es que no le han dado a probar
ese exquisito bocado de la chismo-
graffia oficinesca?

No..., yo no sabía nada...

Es raro. Es el tema favorito
en la empresa Teague.

¿Se va, princesa?

No, señorita Jones. Y siéntese. El
próximo golpe la va a dejar real-
mente tambaleante.

Además de mí, hay otras tres
ex esposas de Hardy Teague.

Pero no estoy conforme con la pensión
de alimentos ni con el título de ex es-
posa. Exijo un partido de desquite...,
y la próxima vez no fracasaré. De mo-
do que hágase humo, señorita.

¡Ah! ¡Interrumpo?

En realidad, no. La prin-
cesa estaba por salir.

En vista de eso, lo que te diré podrá
parecerte absurdo... pero esos otros
matrimonios no significaron nada pa-
ra mí, Juliet.

¿Se va ahora,
señor Teague?

¿Es que hay alguien perfecto, Juliet? ¿Acaso tú lo eres?

Nunca dije que lo fuera, señor Teague.



He cometido errores. Todos los cometemos. Sólo que... bueno... yo los cometí más a menudo que otros hombres.

¡Errores!



Estuvo casado cuatro veces, y habla del matrimonio como si fuera una especie de juego. Nunca entenderé eso. ¡Nunca!



¿Qué ha pasado aquí, Juliet?



Me marcho, Eve. Soy cobarde y lo admito. No estoy preparada para la clase de juego que se está en estas ciudades monstruosas.

Voy para buscar las cosas simples: honestidad, respeto... y reverencia hacia la institución del matrimonio.



¡Cuatro veces! Una de ellas, con la princesa.



Y eso no es todo. La princesa me informó que aún quiere otra oportunidad con el señor Teague.



¡Cáspita!

¿De modo que Hardy Teague ha estado casado cuatro veces?



Juliet huye espantada de Hardy Teague... y de la punzante incertidumbre sobre sus sentimientos hacia él.



(¿Huir? Pero, ¿de qué? ¿De Hardy Teague... o de mí misma?)



¡Todo es tan normal aquí! Como si Devon fuera mi mundo privado..., donde hay paz..., seguridad...



¡Hijita! ¿Por qué no me avisaste que venías? Te hubiera ido a esperar.



Fue una decisión repentina, papá. ¡Si estaré contenta de volver a casa!

Ah! ¿Tienes compañía, papito?

Me olvidé totalmente. Un amigo tuyo está adentro, hijita.

¡Ejem!



Hola, Juliet.

No tuve tiempo de hablarle a tu padre sobre lo nuestro.



¿Decirle qué cosa nuestra?

Que quiero casarme contigo, por supuesto. Me pareció que a él podía interesarle saberlo.



Le propuse casamiento a su hija, señor Jones. Y creo que me hubiera ido mejor si ella no se hubiese enterado de que estuve casado antes.



Cuatro veces.



Exactamente, Su hija cree que no merezco confianza, que soy voluble y superficial, y pésimo como inversión matrimonial. ¿Algún comentario, señor?

¿También tú quieres mi opinión, hijita?

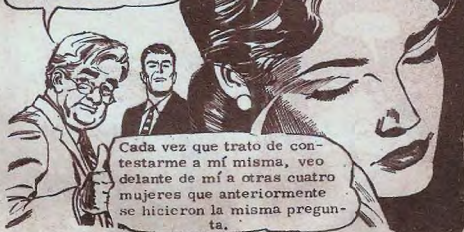
Sí.



Antes de intentar siquiera contestar a la pregunta de si mi hija debería casarse con un hombre que ha estado casado unas cuantas veces antes, quiero saber...



¿Tú lo amas, hijita?



Cada vez que trato de contestarme a mí misma, veo delante de mí a otras cuatro mujeres que anteriormente se hicieron la misma pregunta.

Me sigo preguntando cuánto querían sus ex esposas al señor Teague... y cuánto las quería él...



Cuando les propuse matrimonio, las quería mucho, Juliet.



Entonces, ¿por qué nuestro matrimonio habría de ser diferente? ¿Por qué habría de ser yo una esposa... y no un número, igual que las otras?



Un llamado de emergencia interrumpe la conversación.



¡Les dije a esos idiotas que quería la página de frente a la contratapa! ¿Qué significa eso de que no me la pueden dar?

¡Díales que he gastado tres millones por año en sus publicaciones, y que esa cantidad merece respeto! ¡Tú, trae lápiz y un papel! ¡Pronto!



¡No! ¡No! ¡Escribe tú! ¡Yo voy a dictar!

Sí, Hardy.



-A Ediciones Horstman... O consigo la página que pedí, o Softress no vuelve a anunciar nunca más en ninguna revista de ustedes, ¿entendido?

¡Bueno no te quedes ahí sentada! ¡Vete a la oficina telegráfica! ¡Rápido!



Sí...



GRATIS!

¡Recibirá las primeras lecciones! Señale el curso que le interesa.

Enseñamos por correo desde 1915:

• **CONTABILIDAD MODERNA** (con Balance mensual, Réditos e Inventario al día) para ser: Tenedor de Libros, Jefe de Contabilidad, Secretario, Empleado de Comercio o de Banco, Administrador, Gerente, Jefe de Ventas, Rematador o abrir una oficina para llevar contabilidades.

- **IMPUESTO A LOS REDITOS, etc.**
- **DIBUJANTE**
- **MECÁNICO ELECTRICISTA DE AUTOS**
- **CONSTRUCTOR**
- **CORTADOR SASTRE**
- **CORTE Y CONFECCION Y ALTA COSTURA**

Festejando nuestras BODAS DE ORO, con cada curso valiosos y prácticos obsequios.

Envíe su nombre y dirección a:

ESCUELAS AMERICANAS

Av. Montes de Oca 636 - Buenos Aires

Fundador PATRICIO RYAN
Contador Público Nacional

Nombre:
Calle y N°:
Localidad: Prov.
Curso que le interesa:

Yo enviaré el telegrama, Juliet.

Ah... gracias, papá.

¿No hay nadie en esa oficina, que tenga sentido común? ¿Son todos tan negados... tan cobardes...? ¿Dónde está la iniciativa que quiero, y por la cual pago fortunas?

¡Sí, señor Teague!

-¡No puedo abandonar el boliche por un segundo sin que la desintegración lo amenace!
¡Y tú, ponte a calentar el café!

¡Café, Hardy!

¿Eh...? Ah, sí. Y bien, ¿por dónde iba?

Estabas proponiéndome matrimonio, justo antes de que te llamaran; me decías que todo sería diferente esta vez. Que soy tu verdadero amor.

Eso mismo. Correcto.

Sólo que estabas equivocado, Hardy. No soy tu verdadero amor. Hay alguien más.

¿Quién?

-Tus cuatro matrimonios anteriores se deshicieron porque había alguien que se interponía. El mismo alguien que destruirá nuestro matrimonio.

Tú estarás chanceándote. Yo nunca miro a otra mujer... mientras estoy casado.

¡Mírala, Hardy! ¡Estás si tiado por ella! ¡Es más importante en tu vida, que cualquier mujer ordinaria, normal, más importante de lo que cualquier mujer podría esperar ser!

O me he vuelto repentinamente estúpido, Juliet, o estás hablando tonterías.

¿Quién es esa mujer misteriosa de quien hablas? ¿La que se interpone entre tú y yo?

¡Hardy Teague! ¡Creo que realmente no lo sabes!

¡Claro que no lo sé! ¡Por eso te lo pregunto!

¡Estás consumido por tu empresa! ¡Tú la comes, la duermes, la respiras! ¡Cualquier otra cosa en la vida... incluida una esposa...

No me vengas con el cuento de "estás casado con tu negocio", amiguita. Desde luego que me interesa mi empresa. Me paga las cuentas del almacén.

¡Te interesa!

... es lastre para ti, ¡Oh, Hardy! ¿No te das cuenta de que tengo razón?

Mis otros matrimonios fracasaron porque me casé con mujeres que no eran para mí. Tú eres mi elección correcta.

No hay ninguna mujer indicada para ti, Hardy. Interponerse entre el champú Softress y tú...

SEA Vd. UN PROFESIONAL CURSOS GRATUITOS Y EMPLEO

EN SU PROPIA CASA, A PERSONAS DE AMBOS SEXOS, DEL PAÍS Y DEL EXTERIOR

ENSEÑANZA TÉCNICA - Cursos de:
Ingeniero en Electrónica
Ingeniero en Radio y Televisión
Ingeniero Mecánico en Automóviles
Ingeniero en Motores a Expl. y Diesel
Matemáticas Superiores para Radio y TV
Técnico en TV - Servicemen en TV
Químico Industrial - Explosivos y Pirotecnia
ENSEÑANZA COMERCIAL - Cursos de:
Organizador y Director de Empresas
Director Comercial - Contabilidad
Réditos e Impuestos Generales.

En pocos días sea Martillero Público (con licencia prof. legalmente otorgada)

Dibujante profesional - Historiador

Periodismo y 10 cursos más.

Única Institución en el Mundo que se compromete por escrito a emplear a sus diplomados superiores, si éstos así lo desean.

Inscripciones anuales limitadas

Pida informes, citando el Curso que le interesa.

UNITED TECHNICAL INSTITUTIONS

Dep. de INFORMES

CASILLA DE CORREO CENTRAL N° 5099
BUENOS AIRES

Nombre

Calle y N°

Localidad

Provincia

... sería como ponerse en medio del león y su cena.

¿Lo estoy, Hardy? ¿Abandonarías tu empresa por mí?

¡Abandonarla! ¡Señorita Jones! Esa es una pregunta indecorosa... ¡y tú lo sabes!

Equivocada... Absolutamente equivocada.



ALÉGRESE



-¡Qué viaje de bodas vamos a hacer! ¡Natación, golf, caza y pesca!



-¿Y, querida...? ¿Qué opinas de mis nuevos zapatos elevadores?



Aprenda RADIO y TELEVISION

Profesión del presente y del futuro...

Más de un millón de televisores y siete millones de receptores de radio, necesitan periódicamente los servicios de **TECNICOS EXPERTOS**. Fábricas, Industrias, Compañías Aéreas y Marítimas, Policía y Fuerzas Armadas, requieren también personal técnico bien preparado!

Ahora también en la Argentina...

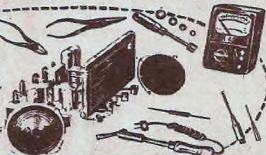
el sistema más moderno experimentado en EUROPA y E.E.U.U., adoptado ya por el **INSTITUTO PANAMERICANO DE TELEVISION**. Un método **SENCILLO, RAPIDO Y FACIL** para aprender Radio, TV y Electrónica **SIN EXPERIENCIA ANTERIOR** y **CON SOLO SABER LEER Y ESCRIBIR**!

GAÑE DINERO MIENTRAS APRENDE

Complementando su aprendizaje, Ud. recibe desde el comienzo una serie de "Manuales de Trabajos Prácticos", para ganar mucho dinero en sus ratos libres. Guiado por nuestros famosos Cursos por Correo, Ud. aprenderá en su propia casa y en poco tiempo, será un **verdadero TECNICO EN RADIO, TELEVISION Y ELECTRONICA**.

GRATIS

Usted recibirá durante el Curso **SETE GRANDES REMESAS DE MATERIALES PARA PRACTICAR**, junto con un completo equipo de herramientas y un valioso Tester radio-combinado estereofónico, quedando todo de su propiedad.



INSTITUTO PANAMERICANO de TELEVISION



TACUARI 237 9º piso Bs. As.

INSTITUTO PANAMERICANO DE TELEVISION Tacuari 237 Buenos Aires, SOLICITO FOLLETO GRATIS SIN COMPROMISO

Nombre
Dirección
Ciudad o Pueblo
Prov. P.C.N. Edad

GRATIS!

PIDA FOLLETO HOY MISMO

LA NONNA SIMONA

Por **ANTONIO ROSSO**

DIBUJOS DE JOHN LAWRENCE

Intercalo Album 116 - 11/1967

Allá, donde el campo se arrinconaba junto a un riacho ya seco, las cabras unían sus lamentos, martirizadas por la sed. La sequía, que ya llevaba...



... penosa duración, agrietaba la tierra, calentando las piedras. Giuseppe Romoli, luego de observar una vez más el rehén que habían tenido que...



... llevarse en su huida luego de asaltar el banco "financiero" de Palermo, señaló a Piero Fallani, el más sanguinario de sus secuaces:

Nos ha sido de mucha utilidad, pero ya no lo necesitamos, ¿comprendes, Piero?



La noche, roja y seca, parecía lavada por el fuego. Las cabras, seducidas por cruel espejismo, lamían los rayos de luna que resbalaban por las rocas.



El pecho del joven e inocente cajero del banco mostraba una cruel herida. El comandante Dino Capocchia, jefe de carabinieri, dijo en tono bajo, dolorido:

Dios se apiade de tu alma, giovane.



Dos días después, reforzados sus efectivos, el comandante Capocchia iniciaba la "cacería".

¡Aquí terminan las huellas, comandante!



Contemplando el extenso malezal, que sólo el filo de un hacha gigantesca podía atravesar, el jefe del grupo dijo con desaliento:

¡Será duro..., pero tendremos que internarnos en él!



Con bastante pólvora, balas para fusiles, bien aprovisionados de víveres, Giuseppe Romoli y su gente descansaban confiados en el interior del malezal. Pero con esa confianza, los mafiosos cometían el grave error de subestimar en demasía el valor, la audacia y la fuerza de voluntad del comandante Capocchia.



¡Entrégate preso, Romoli! ¡Estás cercado!

¡Entrégate preso, Romoli!



Piero Fallani, Arnaldo Masaccio y Fiorentino Sassetta escaparon a tiempo.



Cósmo Boccioni...



...y Stefano Mazzuoli, al intentar seguirlos, cayeron bajo las balas policiales.



Giuseppe Romoli, luchando como fiera enfurecida, pugnaba por sacarse de encima a los carabinieri que lo apresaban:



¡Los voy a scoiare vivos!

¡Bandito maledetto!

¡Ahhhh!



La nonna Simona, luego de arropar a Alessia, su única nieta, le dio el beso de las buenas noches.

Dormite tranquila, mia bambina... la nonna Simona cuidará de ti.



El silencio era un puñal de acero enrojecido transitando la noche. Pasos. La nonna Simona se alerta. Golpes en la puerta. Tensión en el rostro de la anciana. Interrogante:

¡El comandante Dino Capocchia! ¡Abra!



Ha pedido ver a su hija antes de que lo tras-laden a la ciudad.



Alotada, la anciana se hace a un lado. -¿ Por qué Giuseppe está es-pasado? ¿Qué pecado ha cometido para cargar cadenas? Tal vez el síg-nore comandante quiera explicarme, porque...

¡Ha matado a un inocente; ha robado; es un criminal y tiene que pagar!



¿ Crimen? ¿ Este hombre hable de crí-menes y señala a Giuseppe? ¡ No... eso es mentira! ¡ Giuseppe no es un criminal! El no...



¡ Un hombre capaz de matar friamente a un inocente muchacho tiene temblor de labios cuando besa la frente de una criatura.)



Y esta pobre anciana, ignorante de todo, que cree inocente a su Giuseppe. Pobres tierras bajas, caldo de cultivo de tanta miseria y barbarie.)



Todo está madurando; la llanura y el bosque, el aire seco y el canto de los pájaros, en la vaina con filigranas de rojo y oro del amanecer, donde la noche, silenciosa, comienza a tender sus sombras.

(Giuseppe no es un criminal. No lo es...)



Tiempo después, un juez, luego de observar por breves segundos el rostro desafiante, cínico, del reo, dice con voz grave, firme:

Cadena perpetua.



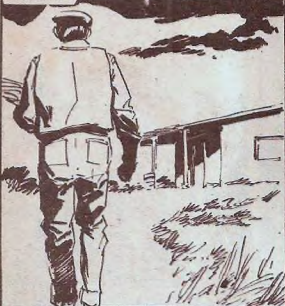
Cuando Giuseppe Romoli, ya condenado, abandona la sala, muestra serenidad, suficiencia en el rostro.



Piero, Arnoldo y Fiorentino, los cómplices que lograron huir, ya buscarán la forma de liberarlo.



Almo Bredo colabora con un litro diario de leche; Alessandro Veronesi y su esposa María "arriman" harina, aceite, azúcar, un poco...



...de leña; en esa forma, con la ayuda de los pladosos vecinos, la nonna Simona y la pequeña Alessia "sobreviven". La mujer agradece:

Quando regrese mi Giuseppino sabrá pagarles todo lo que hacen por nosotras dos, amigos míos.



¿Está enferma la mente de la nonna Simona? No. Ella está segura que el único hijo que le queda de los cinco que ha tenido regresará a su lado.



Está claro que él no ha matado a nadie. Si fuese culpable de haber derramado sangre en la región, ya hubiese pagado la víctima a manos de parientes o amigos su crimen.



Es la justicia que ella conoce -por haberla sufrido en carne propia- desde que era una bambina que correteaba por las calles miserables de la aldea. Mata... y te matarán. Esa era la ley de las tierras bajas. Así había muerto su esposo y tres de sus cinco hijos.



(Si Giuseppino tuviese sus manos manchadas de sangre, ya sería una cruz en el campo santo. El es inocente. El volverá. La ley de nuestra tierra es...)



Al cumplirse los primeros dos meses de condena de Giuseppe Romoli...



Luego de ajustar el paquete entre los pilares del edificio de correos de la ciudad de Palermo...



... las tres misteriosas figuras se pierden nuevamente en la profundidad oscura de la calle.



Minutos después...



La opinión se alarma. Al atentado al correo central, le siguen el incendio del museo municipal -terribles pérdidas artísticas- y la voladura de una de las...



... fuentes de la plaza principal de la ciudad. ¿Obra de anarquistas? ¿De un loco? La prensa hace conjeturas... y el público comienza a ser ganado por el pánico.



¡Nadie está a salvo de volar por los aires cuando menos lo sospecha!



¿Qué hace la policía?

Gracias a Dios que hasta ahora no hubo víctimas; ¿pero quiénes asegura que más adelante...



... las habrá, y en cantidad, si no acceden a dejar en libertad a Giuseppe Romoli? No dejen de lado esta advertencia, pues lo lamentarán."



Luego de dar término a la lectura de la carta que minutos antes había llegado a sus manos, el rostro del jefe de policía de la ciudad de Palermo adquirió una expresión de estupor.

¡Pero esto es increíble! ¡Una extorsión propia de mentes criminales!



-Los de la banda de Romoli que huyeron del malezal lo son, señor jefe... y de la peor "especie".

¿Qué hacemos? ¿Nos rendimos a esa petición?



¡Nunca! ¡Daríamos por sentado que con un poco de "estruendo", se nos puede intimidar!



¡Pero esa carta da un plazo para liberar a Romoli!

Antes de que se cumpla, el comandante Capocchia y sus hombres pondrán entre rejas a esos mafiosos.



Devorada por una repentina fiebre, Alessia, la hija de Giuseppe Romoli yacía en el lecho. La nonna Simona, entrecruzando sus manos, sollozaba. El temblor de sus labios apenas le dejaba materializar el rezo.



Mumo Bredo y Alessandro Verones, los buenos vecinos, luego de meditada consulta, resolvieron:

Mañana trasladaremos a la niña a Palermo, nonna Simona.

Allí gestionaremos su internación en el hospital de niños. Ese lugar tiene los mejores especialistas, v...



Piero Fallani, Arnoldo Masaccio y Fiorentino Sasseta aguardaban, seguros, confiados, la liberación de Giuseppe Romoli.

Creo que no tendremos necesidad de "apurar" las cosas.



Yo no estoy seguro de haber logrado intimidarlos.

Si aún no están "ablondados", ya sabes tú lo que hemos planeado para que acepten liberar a Giuseppe.



El rostro de Arnoldo Masaccio se ensombreció:



Tu idea no me gusta, Fiorentino. Habría muchas víctimas inocentes. ¡Más seríamos perdonados por eso!

No me importa el perdón de nadie. Yo lo que quiero es liberar a Giuseppe.



Florentino tiene razón, Arnoldo, Giuseppe, sólo libre, nos indicará en qué parte del malezal ocultó la "ganancia" de los últimos golpes que hemos dado.

Yo preferiría "escarbar" con mis uñas todo el malezal, antes de dar ese paso.



Terminemos esta discusión. Si en el plazo de diez días, que hemos fijado en la carta, no ponen en libertad a Giuseppe, haremos saltar el edificio ya señalado.

La nonna Simona, fijos sus ojos en Alessia, no prestaba atención al diálogo que sostenían Mumo Bredo y Alessandro Verones con uno de los médicos del hospital de niños de la ciudad de Palermo.



Es una infección intestinal de mucho cuidado.



Pero la niña sanará, ¿verdad, doctor?

Con la ayuda de Dios y el cuidado que nosotros le prodigaremos, no hay por qué dudarlo, amigos. La anciana es la nonna, ¿verdad?



Sí. Ella se quedará junto a la criatura. Nosotros regresaremos el sábado.

Somos gente de pocos recursos, pero si hay algún gasto extra...



Vayan tranquilos, amigos. La niña tendrá todo lo que necesite.

Más tarde, inclinándose sobre la nonna Simona, el buen médico señaló:

No hay por qué alarmarse, nonna. La niña sanará.



Padre nuestro que estás en los Cielos...



Tres... cuatro... cinco días. Alessia ya se ha recuperado. La serenidad ha ganado nuevamente los gastados rasgos de la nonna Simona.

Esta tarde vas a portarte bien. Yo voy a ver a tu padre, ¿comprendes?



Sí, nonna. ¿Cuándo vendrá él a mi lado?

Pronto, mia bambina..., pronto.



Cuando Giuseppe Romoli leyó el mensaje que sus compinches le habían hecho llegar clandestinamente a la cárcel, respondió:

¡Que lo hagan esta misma tarde! Que no esperen a que se cumpla el plazo. Con lo hecho hasta ahora, "ellos" no cederán. Sólo un "golpe" de esta naturaleza puede llegar...



"... a impresionarlos."

Pero sabes tú que mandas a una segura muerte a...



¡No me importa lo que otros "paguen" por mi libertad! No soy hombre para ahogarme entre estas cuatro paredes.

Por la tarde, Giuseppe Romoli fue notificado de la visita de su madre.

¿Quiere verla?



Minutos después...

¡Mamma! ¿Por qué ha hecho un viaje tan largo? ¿Cómo está Alessia?



Ahora bien, hijo mío.

¿Ahora? ¿Es que acaso estubo enferma?

Si. Pero Bredo y Verones, que ni un sólo día han dejado de ayudarnos, me ayudaron a traerla aquí, a Palermo.



¿Dónde está la niña ahora?

Internada en el hospital de niños.



Una maza pareció golpear la frente de Giuseppe Romoli, mientras cera líquida se derramaba por su rostro:

¿Hospital de niños?

Si. Allí la han...



Procurando no alarmar al guardia que estaba en un rincón de la habitación, Giuseppe atrajo a su madre para ordenarle, desesperado;

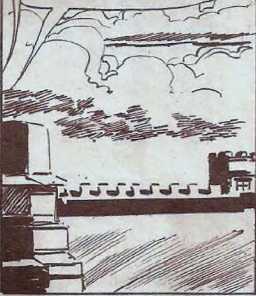
¡Saque a la niña rápido de allí! ¡Rápido!



Pero, ¿por qué? ¡Allí!

¡No pierda tiempo! ¡En menos de unos minutos ese hospital volará por los aires!

¿Qué estás diciendo, Giuseppe?



¡Mis hombres colocarán una bomba de gran poder en una de sus salas! Con ello, estamos tratando de presionar a las autoridades para que me liberen. No pierda tiempo.



La nonna, aturdida, observó a su hijo. Parecía que era la "primera vez" que lo miraba. Luego, con pasos rápidos, a pesar de su edad, abandonó el lugar.



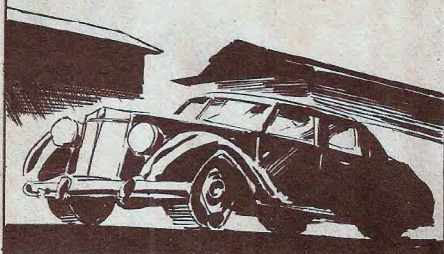
Piero Fallani, Arnoldo Masaccio y Fiorentino Sassetta, notificados de la orden impartida por Giuseppe, se prepararon a efectuar el terrible atentado.



Luego de guardar en una caja de cartón el temible artefacto explosivo, se encaminaron hacia un viejo Fiat que Piero había robado hacía dos días.



Durante el viaje hacia el hospital de niños, ninguna duda, remordimiento, ganaba sus mentes -salvo una aprensión lejana, remota de Arnoldo Masaccio,



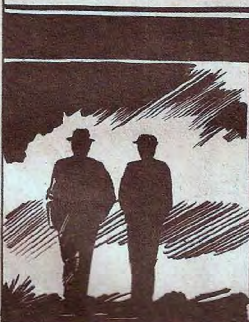
A media cuadra del sitio, Piero ordenó detener el vehículo. Luego, girando hacia Arnoldo, señaló:



Quando nosotros entremos en el hospital, arrima el coche y déjalo con el motor en marcha frente a la puerta principal.



Menos nerviosos, Piero y Fiorentino se habían dado cuenta de que el sitio se mostraba extrañamente solitario.



Antes de ganar el sendero que llevaba a la entrada principal...

¡Quíetos!



Piero y Fiorentino, ante la presencia de los carabineros, quedaron por unos instantes como atontados. Luego:

¡Bellacos!



El primero en caer fue Piero. Fiorentino, doblado su cuerpo, dejó caer la caja de explosivos y...





Alarmado por los primeros disparos, Arnoldo aceleró a fondo el coche, pero la onda explosiva de la bomba le hizo perder el dominio del mismo, y...



Más tarde, al observar el saldo dejado por la acción: tres mafiosos muertos -eso era lo de menos-, todos los vidrios del frente del hospital rotos, y algunas heridas leves en sus hombres...



...alcanzados por esquirlas de la bomba, el comandante Capocchia agradeció a Dios haber "pagado tan poco precio".

Si esos hombres hubieran podido penetrar en el sitio...



Minutos después, frente a la nonna Simona, que tenía abrazada contra su pecho a Alessia, el comandante manifestaba:

Nuestro agradecimiento, señora. Si usted no nos hubiera avisado de los planes de esos asesinos...



Phandonando a la niña, la nonna Simona se acercó al comandante:

¿Cuándo lo matan a Giuseppe?

El no morirá, señora. Su condena es de cadena perpetua.



Sorprendiendo al comandante, la nonna musita:

Hacen mal: quien derramó sangre, tiene que pagar con la suya.



¿Cuándo vendrá papito, nonna?



Tu padre ha muerto, figlia mia... ha muerto. Es la ley de las tierras bajas. Quien sangre derramó...



FIN

otra vez Deborah

Por **ARMANDO FERNÁNDEZ**

DIBUJOS DE FERNÁNDEZ

Intervalo Álbum 166 11/1967

Mary Ann, la que nunca pidió nada. La que fue una sombra a mi lado y que con el correr del tiempo se convirtió en mi esposa. La que siempre vivió una dicha prestada. ¿Por qué las cosas tuvieron que ser así?



Afuera de las casillas de verano silbaba el viento. Yo fumo. Consumo el tabaco y las ideas. Mi mente es un bullicio febril de ellas. A veces los hombres no deberíamos tener mente ni ideas.



Mary Ann duerme a mi lado. Puedo sentir la curva de su pecho bajando y subiendo en acompasada respiración. No puedo evitar pensar en ella.

(Pero tampoco puedo evitar pensar en la otra. Duerme, querida. Yo no puedo hacerlo...)



Porque yo sé que en la casilla de enfrente otro cuerpo también respira. Otros labios muy rojos también fuman. Deborah, el mundo es un pañuelo. Hace unas horas acabo de enfrentarme con el ayer.

El cigarrillo es una lumbré agonizante. Lo aplasto sobre el cenicero. Mary Ann se revuelve en el lecho.



El sólo pensarlo me acosa, me hiere, me molesta. "Deborah", tú estás allí!, vuelvo a repetirme.

(Deborah... otra vez tú, Deborah...)



Me paseo por la habitación. Busqué en el bolsillo de la "robe" el naquite de cigarrillos. Estaba vacío. Recién acababa de fumar el último. Estrujé el naquite con la diestra. Afuera el viento silbaba.



Mary Ann duerme. Fue hasta la puerta y la abrió. El aire frío me azotó el rostro. Las luces de las otras casillas estaban apagadas.

(Pero ella está despierta. No puede dormir.)



¿Cómo comenzó todo esto? ¿Cómo fue para que llegara a este estado de ansiedad? Fue hace tres años. Tres largos años. El primer recuerdo me llevó a una noche.



Otra distinta de ésta. Una Luna plateada flotando sobre la línea del oscuro horizonte, derrochando su brillo sobre las aguas de la playa. El cuerpo perfecto de Deborah corría en la arena.



Ella y yo. Yo que la alcanzaba y abrazaba. Yo que me complacía en revolver sus cabellos renegridos.



Yo que comprendía lo difícil que todo sería sin ella y Deborah que reía con un ligero tono de burla en la modulación.



¡Te quiero! ¡Cásate conmigo!



¿Casarnos? ¡No seas ridículo!

¡Oh, suelta! ¡Suelta!

Ridículo. Esa palabra sintetizaba el poder que ella ejercía sobre mí. Con una palabra, un gesto, me dejaba fuera de sitio. Me hacía sentir torpe, hasta casi bruto.

Perdona, no quise decir eso. Es demasiado temprano todavía. Trata de entenderlo.

Entiendo, claro. Quieres más horizontes que Littleville, ¿no?



Porque estábamos en la playa de Littleville. El pequeño pueblo natal de la vieja iglesia, la estación del ferrocarril y sus cuarenta o cincuenta casas.

He leído tanto sobre la ciudad, sus avenidas, su lujo. ¡Quiero conocerla! ¡Estoy harta de este pueblucho!



La primera Deborah que conocí. La casi chiquilina anhelante de sueños juveniles.

Cuando me recibía de abogado, la conocerás si tanto te gusta. Sé sensata, Deborah.



Aquella fue la primera barrera que se alzó entre nosotros. Una barrera un tanto absurda.

¡No quiero envejecer como mi madre, planchando ropa y cuidando niños! ¡Quiero ver gente, vivir lejos de este páramo! ¡Enténdelo!



Y como siempre un abrazo mío lograba la reconciliación. Después, regresamos a casa entre reproches y mimos. Sí, esa fue la primera Deborah que conocí.



¿Quizá cuando aquella compañía llegó a Littleville? ¿Cuando actuaban en el tablado de la vieja casona reacondicionada como improvisado teatro?

Vuelvo a mí hoy de viento burión y luz en su casilla. Hace un poco de frío. El verano se va. No deben quedar muchos turistas por ahí. ¡Ah, reflexiones tontas que hago tratando de evadir los pensamientos! ¿Cuándo comenzó el cambio? Porque hubo un cambio.

Son muy buenos, querida.

¡Me gustaría ser como ellos!



¿C tal vez al verte hablan-
do con Mike Kahyoe, el galán
de la compañía?

Una chica como tú sería sen-
sación allá, linda.

¿De verás, Mike?
¿Lo dices en serio?

Vi brillar tus ojos con aquel fuego
que nunca había llegado a compren-
der. De pronto una puerta se abrió
para tus secretas ambiciones.

¡Oh, Jim! Te presento a Mike.

Encantado. Hablaba con
la señorita sobre su por-
venir.

La puerta que yo luché por ce-
rrar en nuestras discusiones
de enamorados.

¡No hagas eso, Deborah! ¿Qué
pensarán tus padres?

Estoy resuelta a irme, Jim.
No me detendrán. Soy ma-
yor de edad; tengo derecho
a vivir. ¡Esto es vegetal!

La pregunta me estaba que-
mando los labios.

¿Y yo? ¿Tú? Debes esperar.
¡Por favor, no hagas
cuestiones ahora! Te
escribiré desde allí. No
te olvidaré, te lo juro.

"No hagas cuestiones ahora. "Aquella frase te
reflejaba de cuerpo entero. No querías nada; no
te importaba nada con tal de satisfacer esa hamb-
re de mundo y de gente.

Si te vas, será el adiós.

No quiero pensar en que eres
capaz de todo por un triunfo.

¡Qué escena conmovedora!
El novio de pueblo trata de
apartar a la chica del mal
camino. ¡Ja, ja, ja!

Tu risa me hirió profundo. Fue
la primera gran burla. Después
el ruido de tus taquitos sobre la
vereda se fue haciendo lejano.
El tren que pasaba por la vieja
estación te llevó de mi vida. Que-
dé solo, impactado por tu ausen-
cia. Los días se hicieron más
grises. Pasó un año, dos. La ca-
rrera de abogacía me absorbió
un poco. Progresaba rápidamen-
te. Pero algo que faltaba en mi
interior me hacía sentir hueco,
vacio. ¿Eras tú, Deborah? La
pregunta cobraba nuevo vigor
en mí. Se hacía obsesiva.

Casi a los tres años fui a la
ciudad. La gran jungla de a-
cero y cemento. Los rasca-
cielos que hervían de acti-
vidad cual monstruosos col-
menares me observaron con
curiosidad.

Y a la semana de haber conse-
guido empleo, un cartel de tea-
tro en una gran avenida hizo
que volviera a ver tu rostro.

(¡Deborah!)

Alcé los ojos hacía las marquesinas. En la noche
tu nombre en letras doradas titilaba en ella. Tu
carrera había sido meteórica.

(Deborah Miller, la revelación del
año...)

Aquella vieja ansiedad se apoderó de mí. Compré una entrada para la función nocturna y una vez en primera fila aguardé hasta ver levantarse el telón. La sala bullía en comentarios.



Y después te ví. Jugando en la escena algún drama ajeno a tu sentir. Diciendo palabras que sonaban extrañamente huecas en mis oídos. Tú también me viste. Fue inevitable.

(Veo que progresas, Deborah.)



Porque después del primer acto un hombre se acercó a mi lado y me habló por lo bajo.

La señorita Miller lo espera en su camarín.



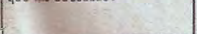
Otra vez tú, Deborah. Por segunda vez te cruzabas en mi camino. Por segunda vez me atraías como clavo al imán. Yo sabía que no podría resistirme.

Dígame que irá.

Bien, señor.



Ya no podía concentrarme en la obra. Mis ojos se llenaban de tu silueta. Te veía yendo y viniendo con una naturalidad asombrosa. Te veía llorando, besando o mintiendo. Desde luego que en Littleville había subestimado tu habilidad para fingir. También lo nuestro podría haber sido intrascendente para ti. ¿Entonces por qué me buscabas?



¿Pero quién había buscado a quién? Entré cuando te quitabas el maquillaje para mostrarte tal cual eras. Fresca, lozana, pero ya había cierta madurez en tu mirada, en la curva de tus labios. Eras la segunda Deborah.



Te incorporaste de frente al espejo. Yo me hundí en la negrura abismal de tus ojos. La cercana presencia hacía vibrar mi piel, temblar levemente mis manos.

¡Jim! ¡Jim cuerdo!



Y por supuesto traté de dar a mi voz una entonación casual, no exenta de cierta indiferencia.

Has progresado mucho. Advierto que ya eres figura de primera línea.

No hablemos de mí. Quiero saber algo tuyo. ¿Qué ha sido de tu vida en este tiempo?



Pues... estudio y trabajo. Pura rutina. No hay mucho que contar. Littleville sigue como siempre. Supongo que tus padres están orgullosos de ti.



No lo creo. Escribirías cartas sin obtener respuesta. Están enojados. Tú también debes estarlo, Jim.

¿Yo? No, Deborah. Sólo dejé que siguieras tu camino.



¿No me perdonas que haya tratado de superarme? ¿Por qué todos están contra mí? Ahora soy una gran actriz. Diarios y revistas hablan de mí. ¿Lo sabes?



Los viejos sueños de la pequeña Deborah se cumplen. Me alegro. Adiós. Debo retirarme.



Entonces, cuando tu mano frágil aferró mi brazo, comprendí que aquello era volver a empezar.

No, Jim. Ya no te irás.

Déjame. ¡Por favor...!

Sabía lo que venía... y lo temía. Lo temía y lo deseaba.

Estoy sola, Jim. He pasado noches de triunfo, rodeada de gente que realmente no comprendo. Reían y bailaban conmigo pero seguía sintiéndome sola. No volverás a separarte de mí... nunca más.

Tu aliento cálido me bañaba el rostro, me quemaba la piel, ¡Cómo deseaba estar a mil kilómetros de ti en ese momento!

Nunca más...

Eras el fuego que me consumía. El fuego al que voluntariamente me arrojaría una y otra vez.

Después vinieron días felices. Días en que, yo al volante de tu convertible y contigo a mi lado, veíamos desfilas de la cinta de asfalto como una exhalación. Días en que tu mano oprimía muy fuerte la mía.

Abrigué la esperanza de que tu sed de mundo y de gente se hubiera saciado. ¡Te mostrabas tan feliz! Cenábamos y bailábamos en la media luz de los mejores centros nocturnos.

Es curioso...

¿Qué es lo curioso?

Muchas veces hicimos esto mismo en el pequeño club social de Littleville. Aquí es distinto, entre fastuosidad y gente culta.

En Littleville también eramos cultos... y más puros.

Los tiempos cambian.

No empuñes la velada con tus máximas paternales. No las soporto.

No hagas caso. Sólo comprendo que te quiero, Deborah.

Entonces la ira que afloraba a tus pupilas se diluía lentamente. Sonreías. ¡Qué hermosa podías ser al sonreír!

No discutamos eso. Estás conmigo y es lo que importa.

Hablemos concretamente sobre nosotros. Debemos hacerlo, querida.

Y hablamos. Lo recuerdo bien. Era una tarde otoñal con melancolía de hojas amarillentas.

Quiero que seas mi esposa. Decídelo hoy o mañana..., pero que sea pronto.

¿Hoy o mañana? ¿Por qué no ahora?

Y en tus ojos brillaron dos estrellas.

¡Sí, Jim. ¡Deborah!

Hago una pausa en los recuerdos. El viento silba y la luz sigue encendida en tu cabaña. ¿Qué esperas, Deborah? ¿Acaso a mí?

(Mary Ann sigue durmiendo...)

Mary Ann, la dócil. La mansa, la que entregó todo su amor sin pedir nada. Sabiendo, teniendo la certeza que sólo ocupaba el lugar de otra en mí. ¿Cómo pudo resignarse a eso?

La respuesta era simple. Me amaba. Su lucha es silenciosa. No hay otro modo de combatir a un fantasma. ¡Oh Deborah, no debiste aparecer otra vez en mi vida!

Porque todo era dicha en nosotros. De pronto, un maldito día cualquiera apareció otro Mike Kayhoe. Otro vendedor de ilusiones.

¡Sí, señorita Miller. Usted tiene un gran futuro en la pantalla grande.

Por obra y gracia del señor Smith, un director de tantos en Hollywood, tus secreas ambiciones renacían. Comenzó nuevamente la separación, lenta. Casi inadvertida al principio.

No podré verte hoy, querido. Tengo ensayo.

Comprendí dos cosas: no tenía derecho a sacrificar tu carrera ni a soportar el estar aferrado a un amor que era la cola de un cometa.

¿Cómo llegaste al "set"? Estoy ocupada. ¿Qué querías decirme?

Miré a la gente que pululaba a tu alrededor. Técnicos, cameramen, actores. No era mi mundo. Nunca estaríamos verdaderamente juntos pues no estaba dispuesto a compartirte con nada.

Sólo adiós, Deborah.

Hubo un arresto de sorpresa pero se diluyó enseguida. Esalló la furia.

¡No te necesito! ¡Vete! ¡Triunfaré sola! ¡Ya lo verás!

Lo creo y lo deseo. Adiós.

Nunca hice reproches ni gusté que me los hicieran. La separación fue simple. Pareció que al menos nadie la había sentido, pero en mi interior algo se desgajaba.

Mary Ann apareció cuatro meses más tarde. Era rubia y de ojos tiernos. Siempre admiré la mansedumbre en la mujer. Lo que tú nunca tuviste, Deborah.

Fue un idilio como tantos. ¿Tal vez una costumbre o un afán de cicatrizar la herida? No sé. Una noche me dijo:

¿Quién es ese fantasma que te atormenta, Jim?

Imposible mentirle. Le narré todo. Cuando concluí había más ternura en su mirada. Más ternura en su voz.

Yo te haré olvidarlo. Sólo así estaré lograda como mujer.

¿Lo consiguió? Dos años más tarde era mi esposa. El otro, el recuerdo lejano, estaba adormecido. En nuestra vida marital nos comprendíamos perfectamente.

¿Adónde iremos este verano, querido?

A la playa, por supuesto. Días de sol resbalando en la piel; la sal del mar endulciendo los cabellos. Felicidad, calma, tranquilidad.

Quiero darte niños, Jim. Yo sola no he bastado contra ese recuerdo.

No digas eso, linda. Habrá niños pero no por eso.

No sabes mentir. A veces observo tus ojos. Miran cosas que sólo tú puedes ver. No me atrevo a preguntarte qué cosas son. Temo, nada más.

¿Qué temes?

No sé. Es algo vago. Creo tener una dicha duradera y quizá sólo sea un castillo de naipes. Pero cuando tu mirada se hace real, me siento feliz, Jim.

Ven a mis brazos, chiquitina romántica.

Y entonces te vi. Avanzando por la playa. Rectamente hacia nosotros. No sentí emoción al ceñir el lalle de Mary Ann.

¿Qué sucede?

Otra vez aquella vieja sensación al verte. El recuerdo adormecido que despertaba ante tu presencia. Nuestras miradas se cruzaron.

¿Qué tienes, Jim?

Algo cruzó por las pupilas de Mary Ann al observarte. Quizá la extraordinaria intuición femenina le griaba que allí estaba su rival invisible.

Nada. Vamos a la casilla.

Pasaron los días de verano pleno. Huyeron los soles que quemaban la piel. Las casillas de alquiler se fueron despoblando y tú seguías enfrente. Mil veces te había visto en playas. No cambiábamos nada más que furtivas miradas. No había palabras entre nosotros. ¿Sería posible que ese fuera el motivo por el cual no regresaba con Mary Ann a mi hogar?



No sabía qué podía haberle sucedido. ¿Habías fracasado en el cine y la soledad era aún más tremenda? Sólo me importaba el sentirte cerca. Tan cerca como todas las tentaciones.

(No debo ir... No debo...)

Y ahora concluían los recuerdos. Esa luz en tu casilla me enervaba. Esperabas. Tú también esperabas.

(Le pediré un cigarrillo. Será un buen pretexto...)

Y entonces cuando mis pies iniciaban el camino de su casilla, una voz me sobresaltó.

¿Vas a verla, Jim?

¡Mary Ann!

Nunca pude mentir. Aunque tratara de hilvanar alguna cosa, mis ojos me delataban.

No estaba dormida. Comprendo tu estado. Yo no te detendré. Háblale. Quizá allí esté tu felicidad... a su lado.

¿Cómo puedes decirme eso?

¿Cómo? Del mismo modo que soporté estos años. A mí dote. No quiero tenerla conmigo sólo por apariencias. Ve. Si allí está lo que buscas, no regreses. No habrá reproches, Jim.





el paraguas de papel y la lluvia en las manos

Por PEDRO M. MAZZINO

DIBUJOS DE CAROVINI

Intervalo Album 166 - 11/1967

Si no te apuras perderemos el avión, Aldemar. Todavía debes cerrar las valijas y terminar de vestirme.



El sémico protaba del piano gastado, donde los dedos largos y oscuros de Francisco se movían febriles, increíbles...



¡Más movimiento! ¡Deben causar vértigo esos paraguas!

Y se iba el profesor. Pero Francisco todavía les recordaba a todos la coreografía que había inventado.

Casi conseguimos un milagro cuando la dirección del colegio nos autorizó el cuadro de samba. ¡Tiene que ser el mejor!



...o será, pero déjanos descansar ahora. Además...

Nunca conoceré esa parte de tu misterio. La lluvia parece exaltarte, alejarte de todas las cosas.

(De todas las cosas no...)



Giraban los paraguas multicolores en las manos de las chicas y muchachos de su curso, terminado una semana antes y alargado aún en esos ensayos para la fiesta anual del Colegio de San Salvador.



¡No puedo más! Abandono por hoy, Francisco. ¿Cuánto hace que bailamos?

Las nubes violáceas se detuvieron sobre el patio ancho donde se alzaba el escenario. Y la lluvia descargó su amenaza.

¡No hay más remedio! ¡Todo el mundo a su casa!



Llueve ahora; el tiempo es una lágrima grande. Y la lluvia dibuja paraguas en la ventana del hombre que mira la calle ajena de la ciudad que no siente suya.

Y Aldemar Soares entra a su cuarto donde las valijas se le antojan monstruos voraces de fauces abiertos. Y cuando ve el paraguas plegado vuelve a irse de su ahora, a la primera lluvia, a una ciudad que siempre sintió suya...

(Las fiestas de San Salvador...)



Fragoso, el profesor de música responsable de la representación que se concretaría el sábado siguiente, miró su reloj...

¡Cuatro largas horas, Aldemar! Francisco es incansable, pero ustedes deben retirarse ya. ¡Continuaremos mañana!



Francisco era el guía del grupo. Detrás de sus pasos ágiles de mestizo apuesto, y alto, se fueron los otros. Georgina se quedó junto a Aldemar.

Nunca guardan nada. Si dejamos estas cosas aquí, el agua y el viento las destruirán.

¿Me ayudas, Aldemar?



Era rubia Georgina. Y tenía ojos azules, parecidos al mar que acariciaba la ciudad que le gustaba. la bahía, misteriosa y romántica, fatal y bella.



¿Crees que tendremos éxito con el samba? Es un poco audaz. Pero Francisco contagia entusiasmo.

-Lo lleva en la sangre. Sus antepasados debieron bailar en las primeras macumbas de Bahía.

¿Te importa eso, Aldemar? ¿Crees que es distinto a nosotros porque su piel...?



No creo nada. Sólo dije que heredó el ritmo de sus abuelos. ¿Qué sucede contigo, Georgina? Sabes que estimo a Francisco como al mejor de mis amigos.

No me hagas caso. Debe ser esta lluvia que me puso de mal genio. ¡Nos vamos a empapar ahora, en la calle!



Es verdad, no trajimos con qué cubrirnos.

Fue entonces cuando a ella se le ocurrió. Tomó uno de los paraguas que usaría en la representación...

¡Es de papel, pero nos servirá lo mismo! ¿Te animas?

¿Por qué no?



La geografía de las calles bahianas se transformaba en la lluvia. Era una hermosa sensación la tibieza del aire húmedo y la frescura del agua.

Estoy pensando hasta dónde aguantará el papel del paraguas.



¡Hasta ahora, nada más!



La lluvia mojó el cabello rubio de Georgina. Y su risa brotó, sonora, cristalina, como si el agua que bajaba de su frente formara una cascada luminosa entre sus dientes blanquísimos.



¿No es maravilloso mojarse?

Me parecía inseguro un paraguas de papel... ¡Arruinaremos nuestra ropa!

El sol y la plancha harán olvidar la mojadura. ¡Desde niña me gustó la lluvia!



Me gustaba juntar el agua entre mis manos e... intentar devolverla al cielo.



¡Estás loca!



¡Llega el ómnibus! Ven, lo tomaremos antes de deshacer-nos como un terrón de azúcar.



La lluvia le gustaba a Georgina. Y a él también empezó a gustarle. Empezó a gustarle todo lo que podía acercarlo a ella. Antes. Ahora era distinta la lluvia.

¿No vas abrir el paraguas, Aldemar? Me empaparía antes de lle-gar al auto.



Sí, lo abro. Claro que lo abro. No es de papel. Evitará que nos mojemos en la llu-via.



¿De papel? ¿Qué cosas dices, que-rido? No hay dudas; te ponen extra-nos los días como éste.



A mí me molestan. Espero que el avión no demore la salida. Me disgustan los contratiempos.



A todos los compañeros de su curso les disgustó el contra-tiempo. Sobre todo a Francisco, cuando el sábado la fiesta se ahogó en lluvia.



¡Maldito tiempo! Ya no habrá samba, ni repre-sentación. ¡Linda mane-ra de despedirnos del co-legio!

Francisco era como el cielo de Bahía: de un instante a otro pasaba de la tormenta al sol. Corrió al escenario y volvió empa-pado, trayendo los paraguas.

¡Todo el mundo a mi casa ahora! ¡Bailare-mos allí! No vamos a dejar de despedirnos sin fiesta, ¿no?



Era alegre la fami-lia que simbolizaba, acaso, a la ciudad crecida en negro, blanco y marrón. Su padre negro, senta-do frente a la caja de un tamboril, creó el clima que debió llenar los ojos al pú-blico que la lluvia es-pantara del San Sai-lvador.



Cualquiera pensaría que te dejará un mal recuerdo todo el tiempo que estudiamos en él, Francisco.

No es eso, Georgina. ¡Confíaba tanto en lo que habíamos ensayado!



Y los paraguas cumplieron su cometido. Girando vertiginosos en las manos inex-peratas pero activas del grupo juvenil que dejaba el colegio para entrar en la vida.

¡Bravo, Georgina! Sabes hacerlo muy bien.



¡Es que en esta casa se respira samba, Francisco!

Y el samba sonó hasta la noche. Cuando ya la lluvia había cesado y las estrellas señalaban el camino del regreso que Aldemar compartió con la chica rubia de los ojos azules parecidos al mar.



No nos veremos todos los días ahora, Georgina.

¿Lo quieres así? ¡Vivimos en la misma ciudad!

Fasaré aquí el verano. Podemos encontrarnos en la playa.

Sí, en la playa. ¡Será mi último verano de holganza! Mi padre me pondrá a trabajar con él el próximo año.



No se dijeron nada más. Siguieron caminando envueltos en el aire salobre que llegaba de un mar que no veían pero intuían presente. Y el verano fuerte de Bahía los vio correr sobre la misma arena, hundirse juntos en el agua tibia, blanca de espuma y de sal.



Las playas de Bahía, Aldemar las sentía vivir bajo los pies desnudos. Y sentía su amor cuando Georgina, al borde de la espuma y la arena, levantaba mar entre sus manos claras.



¡No podría vivir en otro lado, Aldemar! La vida se me escurriría así, como el agua... si alguna vez me fuera de Bahía.

Desde el edificio del balneario llegaba un samba de Dorival Caymi. Triste, melancólico, pero que no resultaba ajeno a la dicha del sol en el tiempo joven que germinalaba esperanzas.



Yo tampoco podríairme de aquí, nunca... Por ti.

¿Por mí? ¿Es una declaración de amor?

Es una verdad. Quiero tus manos en las mías. Estas manos que una vez juntaron lluvia cuando un paraguas de papel me pareció refugio inseguro.



Hablaba del mar y de las noches bahianas, el samba de Caymi. De nostalgias sentidas por alguien que había dejado su ciudad natal y no encontraba la paz en ningún lado. ¡Qué lejos estaba Aldemar, entonces, de saber que Caymi había escrito para él! Para él ahora...

Pasajero del vuelo a Bahía favor de abordar el avión.



Tenemos suerte, llegaremos a horario. Tu padre no tendrá que esperar más de la cuenta, Aldemar.



Y en verdad nos espera ansioso. Hace casi un año que no nos ve.

El jet despega bajo la lluvia. Y las luces de Río de Janeiro se dibujan después como un rosario roto al borde de un mar que debe ser igual al otro, pero es distinto.



Distinto al que sacudía las barcas de los pescadores en los muelles de Bahía, cuando él y Georgina llenaban las noches que siguieron, en el tiempo que marcó un camino de amor para transitarlo, juntos.



Mis padres quieren conocerte, Aldemar. No hacen más que preguntarme quién es cómo es el hombre que amo.

Yo también quiero conocerlos. Quiero saber cómo son los que fueron capaces de crearte así, hermosa, clara, luminosa y frágil.



Un negro, echado sobre un cajón, rasgaba una guitarra. Cay mi otra vez, riendo y llorando en un samba que pintaba a Bahía. Se quedaron mirándolo en silencio. Y el negro los vio. Y varió su tema, para entonar una canción que hablaba de un amor sin después ni ayer.

"Ahora aquí, bahiana aquí... eu penso em ti, te tenho a ti... e nada mais..."



Gracias. Tenga esto.

No, señor. No canté para recibir dinero. Me gusta cantar. La hubiese cantado al mar, a la noche, si ustedes no hubiesen estado.



¿No entiendes a la gente de tu ciudad, Aldemar?

Sólo quise agradecerle... de la manera que me pareció más conveniente. Estos negros...



Algo molestó a Georgina. El recordó otra vez, cuando habló del ritmo de Francisco y ella preguntó: "¿Crees que es distinto porque su piel...?"

No tengo prejuicios raciales, querida. Si le dije negro es porque era negro y no sabía su nombre. ¿Está claro ahora?

Sí, está claro. El domingo conocerás a mis padres.



El señor Tabares era alto, delgado, rubio como Georgina. Su mujer no. Era bonita y dulce, pero mestiza. El pelo rizado enmarcaba su cara buena y Aldemar no pudo evitar su nerviosidad al saludar.



Por suerte mi hija salió a su padre. Yo la quería así, como él.

Supongo que a Georgina no le importa ser... como es. ¿Le importó a usted, señor Tabares, que su esposa fuera de piel oscura?

Por supuesto que no. Entiendo que hay gente que tiene reparos en el color de la piel. Yo no los tengo.



Después, cuando dejaron la casa y Georgina lo acompañó hasta la calle, le pregunta surgió inevitable.

¿De verdad no te importa que mi madre...?

Voy a casarme contigo alguna vez. ¡Y tú eres como me gustas! ¡Y ojalá un día, cuando tengas la edad de tu madre, tuvieras también su bondad y su dulzura!



Ella lo besó entonces. Y un temor vago, secreto, se desvaneció en su mente enamorada que dudaba y ya no dudó. Aldemar progresaba junto a su padre, que vela en él al continuador de su esfuerzo al frente de una importante industria de Bahía.



Es mi regalo de cumpleaños, Aldemar.

¿Lo merezco, papá?

Con todos estos años que trabajas junto a mí, merecerías mucho más, hijo. Tienes veinticinco años. ¿Pensaste ya en formar tu hogar?



Terminó de contestarle su pregunta cuando, días después, Georgina bajó con él del auto nuevo y entraron juntos a la casa.

Es Georgina, la madre de tus futuros nietos, papá.



¡Espléndida! En realidad has elegido lo mejor, Aldemar.

Era sincera la alegría de su padre. El lo conocía a Javier Soares: le gustaba lo mejor. Por eso a una sombra empañó su dicha cuando Georgina propuso...

Mi padre hará una reunión para presentarnos a la familia. Quiero que traigas al tuyo también.



Será el próximo sábado. Le quedaban dos días para decidirse, para decirle a Javier Soares que debía conocer al señor Tabares y a su mujer mestiza.



(Le disgustará, lo conozco. Hablaré de lo que prefiero no oírle decir.)

La camarera del avión corta sus recuerdos. Le ofrece un vaso de whisky, y Aldemar lo rechaza.

Debiste beberlo. Acaso te calmará los nervios. ¿Es por lo que deberás decir a tu padre, en Bahía?



Es por lo que no debo decirle.

Entonces se lo diré yo. Tiene que saberlo, Aldemar. Acostumbrarse a una verdad que nos dolía, que nos duele, pero es inevitable. ¿Se lo dirás?



Aquella vez, no había tenido necesidad de decirle lo que temía. Porque entonces, cuando debió hacerle saber lo de la invitación, cuando debió prevenirlo que conocería a una madre mestiza, de piel oscura, el destino se anticipó.

Desear verlo, señor Soares.



Javier Soares regresó malhumorado a su casa. ¡Esa mujer era el demonio! ¿De dónde había sacado tanta habilidad? Lo que su esposo no había conseguido, ella acababa de lograrlo: pagar un precio más bajo que el corriente por la maquinaria que él producía.



¿Pasa algo malo, papá?

Al despacho su tuoso de su padre entró una mujer que lo impresionó mal porque no era blanca.

Esperaba al señor Tabares...



Soy su esposa. El está enfermo.

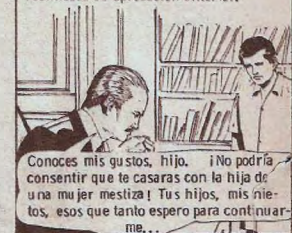
Un contratiempo en mis negocios. A propósito: Georgina se apellida Tabares. ¿No? ¿Su padre posee una empresa de...?



Yo estoy muy al tanto de sus negocios. Podemos tratar juntos la venta de esa maquinaria para la empresa de mi marido. El precio, sobre todo...



Cuando Aldemar dijo sí, su padre empezó a decir no. Se anticipaba a una invitación, rectificaba su aprobación anterior.



Conoces mis gustos, hijo. ¡No podría consentir que te casaras con la hija de una mujer mestiza! Tus hijos, mis nietos, esos que tanto espero para continuar-me...

Georgina es blanca, como su padre, papá.

¡Pero sus hijos pueden ser negros!
¡Tus hijos, Aldemar! ¡Negros! Lo
siento; ya no quiero saber nada de
tu novia.



Hubo de ir solo a la reunión. Y se mostró
amargo. Tanto que Georgina lo advirtió.

¿Pasa algo malo? ¿Acaso tu padre no
vino por...?



Estaba cansado. Sus negocios lo absor-
ben demasiado.

Mi madre lo conoció, de todos modos. Mi
padre ya lo conocía. ¿Sabes una cosa,
Aldemar? Mi madre aprendió a conocer
a la gente cuando supo que su piel no
era todo lo blanca que a la gente
prefiere.



Cuando le mencionó a tu padre lo nuestro, él fingió igno-
rarlo. Es más, dijo que le extrañaba que tú... te fijaras
en su hija. Mamá no tiene nada contra tí. Ella comprende,
pero...



Si tengo que luchar por tu amor, lo haré aunque sea con-
tra mi padre.

No me gustaría que lucharas contra nadie. Me gustaría que
tu padre fuese comprensivo como mi madre.



Javier Soares no se arriesgaría. El no era
de los que se ponen debajo de un paraguas
de papel cuando llueve. Soslayó hablar con
Aldemar de todo lo que se llamara Georgina.
Y un día habló de algo que puso a Aldemar
en la alternativa.

Pienso abrir una sucursal allí. Bahía le va
quedando chica a mi industria... que es la
tuya. Estarás tres meses, haciendo contac-
tos.



¿A Río de Janeiro? ¿Es necesario
que viaje, papá?

Sí, es necesario.



¿Sabías que Georgina trabaja allí, ahora? la vi junto al con-
tador de su padre. Se daban un trato muy amistoso. Ah, él
es mestizo. Hacían buena pareja, a pesar de todo.

Tres meses largos, lejos de Georgina, del
mar que debía ser igual y era distinto, por-
que besaba otras playas. Cuando pasaron,
volvió y esa vez Javier Soares le habló, qui-
so hablarle de Georgina...



Por cuestión de negocios estuve en las
oficinas de la empresa de Tabares.

No sintió celos. Sabía que su padre exageraría cualquier circunstan-
cia que presuiera a su favor en ese intento de alejarlo de ella. Pero
antes que nada, decidió verla allí, en las oficinas de la compañía Ta-
bares.

¿La señorita Georgina?
Sí, está con el conta-
dor. Le avisaré.



Entra, Aldemar. Te daremos una sorpresa.



¡Francisco! No sabía que...



¿Que Georgina se apiadó de un contador recién recibido? Pues sí. Le habló a su padre y me consiguió empleo aquí.

Estaba cambiado Francisco. Asentado. Crecido. El ímpetu de sus años de estudiante no se volcaba ahora al samba vertiginoso de unos paraguas girando al compás de su piano. Trabajaba con fervor para abrirse un camino. Georgina se lo dijo después, cuando el auto se deslizaba frente a la playa que espejaba en la noche.



Mi padre lo estima. Lleva sus cosas a la perfección. Y lo necesitaba. Pasa un mal momento en su empresa. Yo misma tuve que colaborar con él.



Dejarás de hacerlo ahora. Quiero casarme contigo, Georgina. Pronto. Antes de que deba instalarme en Río cuando esté al frente de la sucursal que abrirá mi padre.



¿Irnos de Bahía? Dijiste que nunca...

La industria de mi padre es mía también. Me necesita y la necesito. Ahora, Georgina. Te acostumbrarás a estar lejos de aquí.



Ella miró el mar, oscuro en la noche mansa y tibia. "La vida se me escurriría así, como el agua..." El recordó sus palabras, cuando las manos claras, lujosas, juntaban el agua de sal y espuma, a la orilla del mar que, más allá, era azul como sus ojos.

Además... No puedo abandonar a mi padre ahora. Ahora no.



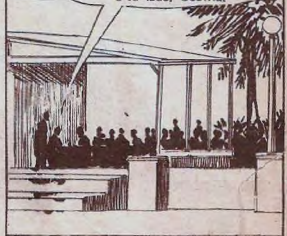
Y la dejó, trazando un lapso de espera, un después que se postergó en esporádicas visitas cada cuatro o cinco meses. Y fue él, Aldemar, quien se acostumbró a estar lejos. Primero absorbió en un trabajo agotador e imprescindible. Después en lo que empezó por ser una compañía que llenó sus horas de ausencia.



Te ves triste, Aldemar. ¿Debo pensar que sólo estás conmigo para conquistar la simpatía de la única arquitecta que se arriesgó a dirigir las obras de tu planta industrial?



No estoy triste; estoy cansado. Y no me creas tan interesado. Me siento a gusto a tu lado, Cecilia.



Cecilia era rubia, clara, de ojos verdes parecidos a esa parte del mar. Y un día entró a su despacho imprevisiblemente. El acababa de escribir una de las espaciadas cartas a Georgina...



Sin saber por qué quiso esconder el sobre. Y lo ubicó sobre la pila de los otros que debía retirar su secretaria para echar al correo.

Suponía que no eras tú quien ensobrababa la correspondencia, Aldemar.



Bueno... debí hacerlo con esta carta. Es para mi padre. Personal.

Después, cuando la carta pasó a la secretaria, el sobre cayó dentro del cesto de papeles. Nadie lo vio allí. Y Georgina quedó sin respuesta a su última carta. Porque fue la última. Porque Javier Soares llegó días más tarde y conoció a Cecilia. Y supo que sus padres eran como ella, rubios, claros.



Hermosa joven tu arquitecta, Aldemar. ¿Notaste los ojos con que te mira? Ahora entiendo por qué se animó a dirigir una obra tan ardua como la nuestra.



El amor tiene muchas pruebas y la peor es la ausencia. Nunca supe cuándo, pero se acostumbró a tenerla cerca; a sus ojos verdes; a su compañía por la ciudad que, de pronto, dejó de parecerle ajena. Y otra vez Javier Soares debió bajar a Río, para asistir a la boda de su hijo.



¡Por tu felicidad, Aldemar! ¡Por los nietos hermosos que van a darme los dos!



Los nietos. Los hijos de Aldemar Soares. Ellos, acaso, fueron los que hicieron que la ciudad se le volviese ajena. Y ahora Javier Soares va a recibir a su hijo y a la esposa de su hijo.

Ahí está tu padre, Aldemar.



No hables todavía. Espera a que estemos en casa, Cecilia.

¡Bienvenidos! Llenarán mi soledad por unas semanas. ¡Merecían estas vacaciones! ¿Todo en orden?



Todo en orden, papá. Se te va fuerte.

Lo está. Hasta que en la casa no pudo contener la pregunta. Y la lanza directa e inevitable...

¿Para cuándo los nietos? ¡Ya me canso de esperarlos! No me digan que están muy ocupados trabajando todo el día.



Todavía nada, papá. Seguiremos esperando. Si Dios no nos los manda aún...

¿Aún? ¡Hace diez años que se casaron! Diez años que aguardo un telegrama de Río, urgente: "Papá, serás abuelo". Diez años que...



...que pueden ser veinte, o treinta, don Javier. Aldemar quiere ocultárselo, pero yo seré franca. Transmitiré la verdad que dijo mi médico: imposible.



¿Imposible? ¡No! ¿Por qué? Sólo tuve un hijo, nada más que un hijo.

Y deberás quedarte con él, papá. Ya no esperes lo que sabemos que no vendrá. Lo siento.



No se conforma Javier Soares. Nunca se conformó a las contrariedades. Le duele la desesperanza. Su paraguas, que no era de papel, se le ha roto en la lluvia. Y se moja las manos que no quiso mojarse. Y casi se enoja con los dos, porque está enojado consigo mismo.



Y Aldemar no dice nada. Calla. Acaso recuerda, pero calla. Hasta que su padre se le acerca días después, con una carta abierta.

Llegó hace poco. Es del colegio de San Salvador, donde estudiaste. Te invitan a la fiesta de fin de curso, como todos los años.



No iré.

¿Por qué no, Aldemar? Podemos ir juntos. Me gustará acompañarte al sitio donde pasaste parte de tu vida.



Y van. En la tarde que amenaza lluvia. Pero que aunque concrete su amenaza no enturbiará la fiesta que, ahora, se llena de luces en el salón cerrado del colegio actualizado.



Está muy bonito esto. ¿Tú representaste alguna vez?

Nunca. Iba a integrar un número el último año, pero la lluvia arruinó la fiesta. ¿Nos sentamos?

Sí, pero... alguien te llama, Aldemar.



¡Qué viejo se ve Fragoso! Pero activo. Este año también le tocó organizar la representación al profesor de música.

¡No cambiaste, Aldemar! Me parece verte con aquel grupo de los paraguas. ¿Sabes? Desde aquel fracaso todos los años repetimos el número. ¡Lo verás!



Y lo ve. Giran vertiginosamente los paraguas de papel, mientras el samba mueve los pies del público que llena el salón. El debió estar sobre el escenario una vez, cuando otro hubiese sido el público del patio ancho que se techó de lluvia.



Cuando todo termina, se confunden con la gente que deja la sala. Lluve afuera y todos se agolpan en el hall ancho del colegio de San Salvador. Esperan que los autos de los padres que recogerán a la familia se detengan en la calle.



Dejamos el auto de tu padre lejos, Aldemar. Te mojarás.

Entonces alguien lo empuja y se da vuelta para disculparse. Y él la reconoce a través del tiempo y la ausencia.



¡Georgina!
¡Aldemar! ¿Qué haces aquí?
¿Cómo...?



Dice no, y acerca a Cecilia. Y las presenta. Junta lo que no fue con lo que sí pudo ser. El ayer con el después. Y Cecilia se inclina hacia las cabecitas rubias y besa las mejillas rosadas y calientes por el encierro en el salón repleto.



¡Son dos criaturas hermosas! Se le parecen, señora.



¿Te imaginas a tu padre con tres nietos? ¡Hasta el negrito lo hubiese enloquecido de alegría!

No contesta las preguntas del asombro. Baja los ojos y mira a dos niños que se apiñan a la falda de Georgina para no perderse. Uno lleva todavía el uniforme de los alumnos primarios que estuvieron en la fiesta. Los dos son rubios, claros, de ojos azules.



¿Tuyos?
Míos.

Entonces Georgina, sin resentimientos, con naturalidad, con esa mansedumbre de su madre mestiza que entendía a la gente que la miraba distinto, dice...



¡Y todavía no conocen al más simpático de la familia!



¡Ahí está, mamá! Papá quiso llevarlo con él a buscar el auto.



¡Tres hijos, querido! Tres hijos que nosotros no tendremos nunca.

No pude con la tradición. La mayor estaba aquí. El otro aún es muy pequeño. ¡Cuántos años sin vernos, Aldemar! ¿Tú tienes hijos?



Y Aldemar, y Cecilia, fijan sus ojos en el hombre que abre la portezuela bajo la lluvia y hace un gesto a su mujer para que vaya.



¡Francisco!
Sí, se alegrará de saberlo en Bahía. Ven a visitarnos, Aldemar. Vivimos en...



Busca el auto. Aldemar. Y cuando su mujer sube, la abraza y la besa. Porque ella ama los niños que nunca tendrá, porque ella no tiene la culpa de lo que no fue. De lo que no puede ser. Y se alejan, por las calles de Bahía que cambian su geografía en los días de lluvia.



En alguna parte, suena una música que se cuele en el auto. Un samba de Dorival Caymi que habla de añoranzas, de un amor resignado a la soledad, frente al mar. Y Aldemar piensa en los paraguas de papel y en las manos secas de su padre. Y dice:

Sí, Cecilia, hasta el negrito...

FIN

sólo quise
interrumpir
su soledad



SUMARIO

puente
del rey

por **Héctor Pedro Blomberg**

Era una anciana humilde, totalmente vestida de negro. La llamaban "la solitaria del puente". Nadie en la Ciudad de los Reyes se acordaba desde cuándo la estaban viendo así, silenciosa e implorante.

yo fui
feliz aquí

adaptación de **Pedro Mazzino**

Afuera está el mar, rugiendo como siempre. Está el viento del invierno, helado como siempre. Y los medanos y esas matas amarillentas y secas que se tuercen con el viento.

historias de
hombres y mujeres

por **Cristóbal M. Paz**

Hay algo que nos traen los días: el dolor de ser sencillamente un hombre o una mujer enfrentando al mundo; la angustia extraña de no conformarse con uno mismo.

policia
del mar

por **Leo Sassi**

El condado británico de Middlessex vivía un tiempo de esplendor luego de haber quedado atrás el duro régimen de Cromwell y sus partidarios.

doña
perfecta

por **Benito Pérez Galdós**

Estamos en la antigua y muy tradicional ciudad de Orbijosa, en la España del último tercio del siglo pasado. Y en una de sus casas más representativas: la de Doña Perfecta.

sólo quise
interrumpir
su soledad

por **Pier Michele**

Hay que ondular en la nieve para disminuir la velocidad del descenso. Hazel se lo había dicho muchas veces. Pero, ¿quién hace las cosas bien por primera vez?

seis años
después

por **Francina Siquier**

En ese momento Patricia, ya lejos, se había dado vuelta para saludarlo de nuevo con una sonrisa que no devolvió.

máxima
condena

por **Frank Forder**

Alan Page enfrentó al jurado. Sabía cuál sería el veredicto, pero no lo importaba: ya estaba muerto por dentro.

susana
en el viento

por **Robin Wood**

Había poca gente en el local. En una mesa cercana un grupo de jóvenes lo estudiaba con curiosidad.

no debiste
odiarme, jacqueline

por **Pitt Marber**

Creía que nada le hubiera pasado si lo hubiese sabido antes. ¡Y era la única que podía ayudarlo!

el
martin fierro

por **José Hernández**

(Para coleccionar).

en el PROXIMO NUMERO de intervalo **ALBUM**



puente
del rey



yo fui
feliz aqui

intervalo
ALBUM

**ALBUM DE OBRAS
GRAFICAS COMPLETAS**

DIRECTORES

RAMON COLUMBA (h), CLAUDIO COLUMBA (h)

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL N° 900.906



EDITOR RESPONSABLE

COLUMBA

S.A.C.E.I.I.F.A.

SARMIENTO 1889 - BS. AIRES - T.E. 45-1145

ADHERIDA AL INST. VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta Capital: Distribuidora Impulso S. C. - Avda. Cruz 817

Venta Interior y Exterior: B. Bertran - Independencia 1253

ALMANAQUE CRIOLLO

¡EH BÁRBARO! ¿QUÉ QUIERE HACER? ¡DETÉNGASE!



Consejos broche-
rianos del Pbro.
Julio Triviño.



José Gabriel Brochero
el Cura gaucho



La vida es un don de Dios
y se debe respetar;
nada la puede anular
aunque en la disgracia esté
DEBE SIEMPRE TENER FE
EN QUE DIOS LO VA A AYUDAR.

1967 NOVIEMBRE 1967

| D | L | M | M | J | V | S |
|----|----|----|----|----|----|----|
| | | | 1 | 2 | 3 | 4 |
| 5 | 6 | 7 | 8 | 9 | 10 | 11 |
| 12 | 13 | 14 | 15 | 16 | 17 | 18 |
| 19 | 20 | 21 | 22 | 23 | 24 | 25 |
| 26 | 27 | 28 | 29 | 30 | | |

1967 DICIEMBRE 1967

| D | L | M | M | J | V | S |
|----|----|----|----|----|----|-----|
| | | | | | | 1 2 |
| 3 | 4 | 5 | 6 | 7 | 8 | 9 |
| 10 | 11 | 12 | 13 | 14 | 15 | 16 |
| 17 | 18 | 19 | 20 | 21 | 22 | 23 |
| 24 | 25 | 26 | 27 | 28 | 29 | 30 |

COMPRE

intervalo

ALBUM

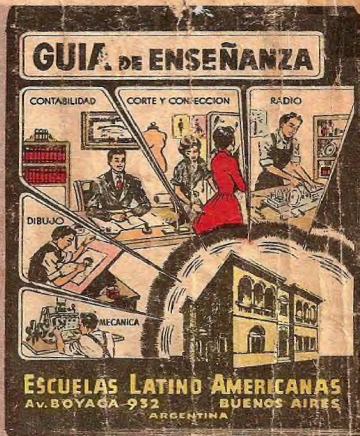
TODOS LOS MESES

Egidio Esteban/2019

ASEGURE SU FUTURO

dando este primer
paso DECISIVO

PIDA ESTE LIBRO
GRATIS



Su Futuro depende de lo que Ud. SARE DECIDASE A ESTUDIAR uno de nuestros cursos - De el PRIMER PASO, enviando el cupon y recibira GRATIS el Libro "GUIA DE ENSEÑANZA" con los programas de los 50 cursos que enseñamos por correspondencia desde 1922 En su Casa y en sus ratos libres puede Ud estudiar facilmente el curso de su agrado y recibir su **DIPLOMA**. Enseñanza moderna, exacta y práctica, pagadera en cómodas cuotas mensuales - Cursos Comerciales, Farmacológicos, Dibujos, Mecánicos, Radio y Televisión, Industriales, Ingles, Química, etc.



ENVIE EL
CLIPON
HOY MISMO

SUCURSALES
Soc. Rosario Entre 100 2211
Rosario S. P. ARGENTINA
SUCURSALES EN: Uruguay - Chile
Brasil - Perú - Ecuador - Colombia
Venezuela - Ecuador

OBSEQUIOS

1) Docciano Castellano - 2) Janderia
de Estudantes - 3) Gornet de Estudantes

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
Av. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

ESCUELAS LATINO AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORRESPONDENCIA
Av. BOYACA 932 Buenos Aires

Si desea entender gratis el libro "Guía de Enseñanza"

NOMBRE _____
DOMICILIO _____
LOCALIDAD _____
CARGO QUE LE INTERESA _____
A. INT. 186